AUTOR MÁS VENDIDO DEL *WALL STREET JOURNAL*

L.T. RYAN

UN THRILLER DE JACK NOBLE

MUERTE EN GRECIA



MUERTE EN GRECIA

UN THRILLER DE JACK NOBLE

LIBRO 5

L.T. RYAN



LIQUID MIND MEDIA

Copyright © 2014, 2025 por L.T. Ryan. Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede copiarse ni reproducirse en ningún formato, por ningún medio, electrónico o de otro tipo, sin el consentimiento previo del propietario de los derechos de autor y del editor de este libro. Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o utilizados de manera ficticia. Para información contactar:

contact@ltryan.com

http://LTRyan.com

https://www.facebook.com/JackNobleBooks

ÍNDICE

The Jack Noble Series

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Las Retribuciones de Noble: Capítulo 1
Las Retribuciones de Noble: Capítulo 2
Also by L.T. Ryan
Acerca del Autor

THE JACK NOBLE SERIES

El Recluta
El Primer Engaño (Precuela)
Los Comienzos de Noble (Jack Noble #1)
Distancia Mortal (Jack Noble #2)
Línea Borrosa (Jack Noble #3)
Las intenciones de Nobel (Jack Noble #4)
Muerte en Grecia (Jack Noble #5)
Las Retribuciones de Noble (Jack Noble #6)
La Traición de Noble (Jack Noble #7)
Nunca vuelvas a casa (Jack Noble #8)
El Juicio de Noble (Jack Noble #9)
Nunca Ruegues por Misericordia (Jack Noble #10)
Fecha Final (Jack Noble #11)
Fin del Juego (Jack Noble #12)
El Ultimatum de Noble (Jack Noble #13)
La Leyenda de Noble (Jack Noble #14)
La Venganza de Noble (Jack Noble #15)

Reciba una copia gratuita de El Recluta. Visita:
https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all

CAPÍTULO 1

PALAIOCHÓRA, GRECIA

Los ancianos se aglomeraban en la terraza de azulejos blancos. Se reunían en el café una vez por semana para su torneo de backgammon. Hacían apuestas. Hablaban basura. Guiñaban los ojos a las camareras. Traían su propio café a escondidas. Unos minutos después de su llegada, el aroma a tostado oscuro invadía el contiguo mar de Libia.

Esta fue la primera vez que logré permanecer de pie el tiempo suficiente para ver la ronda inicial de partidos. Pasé mis primeras dos semanas en Palaiochóra acostado boca arriba, recuperándome de mis heridas. Un pulmón colapsado. Bazo magullado. Pequeñas fracturas en la mandíbula, el cúbito derecho y ambas tibias. Varias costillas rotas además de huesos rotos en mi mano izquierda.

La mayoría de las heridas las había sufrido durante una desagradable pelea el ruso de dos metros de altura que tuve como compañero de celda en el infierno llamado Delfín Negro. Los guardias de ese hermoso lugar tuvieron la amabilidad de hacer el resto del daño.

Luego estaba la manera en que escapé. No fue obra mía. Pero, maldita sea, los efectos persistieron.

Durante el último mes el dolor físico había disminuido. Aunque todavía no era yo mismo. Me fatigaba rápidamente. Mis fuerzas estaban agotadas. Mi agudeza mental no estaba ni cerca de la agudeza a la que estaba acostumbrado. Supuse que estos eran los efectos secundarios de lo que sea que el ruso, Alik, me había dado para enviarme a ese sueño profundo. Era difícil estar enojado con él. Sólo había hecho lo que Frank Skinner le había ordenado que hiciera. Y había logrado sacarme de esa prisión de mierda.

Sentencia de vida y muerte cumplida.

La mitad de los viejos celebraron cuando concluyó el último partido de la primera ronda. Se pararon con los pies separados, las manos en alto y aplaudiendo, mientras los perdedores sacaban billetes de sus billeteras y se los entregaban a los vencedores. La siguiente parada para los ancianos fue adentro del café, para reponer sus reservas de alimentos y cafeína antes de que comenzara la siguiente ronda.

Así que entré primero al café para llegar antes que ellos al mostrador.

Isadora Georgiou estaba detrás de la vitrina de cristal que albergaba una selección de bocadillos para el desayuno a esa hora del día. Sus dedos bailaron juguetonamente a lo largo de la tapa de acero inoxidable. Se metió un mechón de pelo oscuro y rizado detrás de la oreja. Sus

labios carnosos se abrieron en una sonrisa cuando me vio acercarme. Un delantal impecable, ceñido a la cintura, suelto alrededor de sus senos y colgando de sus caderas, cubría sus jeans y camiseta roja descolorida. Ella era el tipo de mujer que lucía hermosa sin rastro de maquillaje. No había ni siquiera una arruga en su rostro.

—Te ves bien hoy, Jack—. Si el terciopelo tenía un tono, era su voz.

Los ancianos se pusieron en fila detrás de mí. Su charla se redujo a un zumbido.

—Aunque no tan guapo como estos caballeros—, le dije.

Ella se encogió de hombros exageradamente con las manos hacia arriba y los labios fruncidos. —Cierto. Pero tú no tienes la culpa. No es culpa tuya no haber nacido griego.

Un par de viejos se rieron de los comentarios. Uno dijo algo que no pude entender. Presumiblemente, el comentario había sido inapropiado, porque Isadora lo reprendió y lo despidió con un gesto con su mano.

—Sí, estos hombres—. Ella agitó las manos en el aire fingiendo exasperación. Sonriendo, se volvió hacia mí. —Sé lo que quieres, Jack. Te lo traeré después de que me ocupe de ellos.

Me retiré a una mesa y observé cómo Isadora y su tío, Esau Rokos, manejaban la prisa. Esau era dueño del lugar. Durante un tiempo, en los años 80, dividió su tiempo entre Estados Unidos y Grecia, dirigiendo una cadena de restaurantes griegos en Virginia, cerca de Washington D.C. Este café, según explicó, era su retiro. Juntos, Esau e Isadora sirvieron café, bocadillos, unas cuantas raciones de huevos y cordero. Uno a uno, los ancianos regresaron apresuradamente a la terraza para comer y reanudar el juego.

Diez minutos más tarde, Isadora me llevó un plato humeante y una taza de café fresco. Olía tan bien que pude saborearlo antes de que ella lo dejara sobre la mesa. Me preguntó si necesitaba algo más y luego hizo una pausa en la oficina administrativa. La vi cruzar la habitación, balanceando ligeramente sus caderas mientras se alejaba de mí. Mientras su trasero me hipnotizaba, me di cuenta de lo agradecido que estaba de que los eventos en el Delfín Negro no me hubieran robado mi apreciación por la forma femenina.

La puerta se cerró detrás de ella y volví mi atención a la comida en la mesa. Me envolvió el olor a huevos fritos en mantequilla y a cordero salteado. La devoré.

El pequeño pueblo me había gustado. Me relajó. Un poco tranquilo para mi gusto. Pero la gente era amigable. Todos parecían conocerse. Los olores y sonidos del mar estaban siempre presentes. Me recordó un poco a donde crecí.

Alik y yo no estábamos seguros de cuánto tiempo tendríamos que permanecer en Grecia. Lo único que Frank había dicho era que nos quedáramos quietos. Él enviaría a buscarme cuando me necesitara. No habría ningún aviso previo. Hasta entonces, Alik me cuidó y yo observé a Isadora, a los ancianos y a los demás que frecuentaban el café.

Tómate tu tiempo, Frank, pensé. *No hay prisa*.

—Realmente te ves mejor—. Isadora pasó junto a mí y se detuvo al otro lado de la mesa. No la había notado acercarse. ¿Estaba perdiendo mis habilidades o la comida era tan buena? Su perfume la siguió. Olía a lavanda. Conocía el olor porque mi madre cultivaba la hierba por docenas y en varias variedades. No podía entrar a la casa sin olerla. Isadora cruzó los brazos sobre el respaldo de la silla y se inclinó hacia mí. Las patas de la silla rasparon las baldosas. —Casi parece como si pudieras lanzar una pelota. Eso es lo que les gusta hacer a ustedes, los estadounidenses, ¿no? Fútbol, béisbol y esas cosas.

—Algo como eso—. Apuré el resto del café de mi taza y comencé a levantarme. —De todos modos, volver a la vida es más difícil de lo que muestran en las películas.

Ella me miró extrañada, luego extendió la mano y envolvió su delgada mano alrededor de mi

brazo. Su toque se sintió frío.

—Puedo tomar eso por ti—, dijo.

—Necesito el ejercicio—, dije.

—Hombre testarudo—, dijo.

Ella le guiñó un ojo, sonrió y se volvió hacia el mostrador. Esperé un par de segundos y luego seguí su perfume atenuado. Debió haberse vuelto a aplicar el perfume mientras estaba en la oficina porque no me había dado cuenta antes. O tal vez había tenido demasiada hambre y solo se filtró el olor a comida. De cualquier manera, no podía culpar a la señora por querer oler tan bien como lucía.

Mirándola alrededor del mostrador, presté poca atención al tintineo cuando se abrió la puerta principal y a las suelas duras golpeando las baldosas detrás de mí. Pero la persona se detuvo demasiado cerca. Miré y vi a un hombre de mi edad, con una nariz ancha en medio de una cara cubierta de barba incipiente. Estaba vestido con pantalones negros, una camisa blanca y gafas de sol oscuras.

Su hombro golpeó el centro de mi espalda. Su codo y antebrazo encontraron el punto sensible en mis costillas. No sé si puso su pierna delante de la mía o si tropecé conmigo mismo. Pero caí.

Duro.

Primero a la vitrina, luego al suelo.

La taza se estrelló contra las baldosas y se partió en pedazos. Fragmentos de cerámica volaron en todas direcciones. Varios me golpearon en la cara. Sentí que me habían hecho una pequeña herida.

—Apártate de mí maldito camino—, dijo el tipo, con un acento profundo y marcado.

Isadora se giró con los brazos abiertos. Se inclinó sobre el mostrador y me miró. —¿Estás bien?

Asentí mientras plantaba mis manos en el suelo y levantaba mi torso. El tipo había pasado por mi lado. Entró a la oficina. Un minuto más tarde regresó y volvió a pasar junto a mí hacia la puerta principal.

Isadora saltó sobre el mostrador y se dirigió hacia la puerta principal, lanzando un torrente de palabras que no entendí.

El hombre abrió la puerta de una patada. Las campanas tintinearon fuertemente. Mantuvo la puerta abierta con el brazo derecho y miró por encima del hombro izquierdo.

Él dijo: —*Psolapothiki*.

No estaba seguro de la traducción literal, pero sabía que él le había dicho el equivalente a *puta*. El insulto la detuvo. Ella me miró. Su rostro se ensombreció y se volvió hacia el frente del café nuevamente. Apuntó con un dedo extendido al chico y luego se lanzó hacia él.

—¡Isa! — La voz de Esau llenó el café. Su ralo cabello blanco estaba despeinado. Una mejilla estaba más roja que la otra. La sangre manchó la comisura de su boca. —Para.

El chico de la puerta se rio entre dientes, dijo algo que no entendí y se fue.

CAPÍTULO 2

Que la gente al azar intentara sacar lo mejor de mí no era nada nuevo. Parecía suceder donde quiera que fuera. Quizás fue mi aspecto. La confianza que exudaba. Siempre hay alguien que quiere acabar con el perro alfa. Pero la mayor parte del tiempo iba a algún lugar por una razón. Una misión. Un trabajo. Lo que sea.

Ese no fue el caso en Grecia. Aparte de Frank y Alik, nadie sabía que estaba aquí. Demonios, nadie más sabía que estaba vivo. Frank incluso había ocultado la información a sus superiores en Washington, D.C.

Entonces, ¿por qué este tipo me había atacado? A juzgar por la mirada de Esau, que ahora estaba desplomado sobre el mostrador, supuse que había estado en el camino. Él era el objetivo. No yo.

Hice una mueca de dolor mientras me ponía de pie. Sentí como si el tipo me hubiera golpeado con un bate en lugar de con el codo. Las malditas costillas ya casi se habían curado.

Isadora miró fijamente la puerta principal como si esperara que se abriera de golpe en cualquier momento. Su ira no se había desvanecido. Parecía más enojada ahora que antes de que su tío le gritara. Después de unos segundos, se dio vuelta y caminó hacia mí. La ira en su rostro se disipó. Sus ojos y labios se suavizaron. Ella alcanzó y puso su mano sobre mi codo. Su toque no fue tan frío como antes.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—¿Yo? — Ella se detuvo y me miró de arriba a abajo. Extendió la mano y tocó mi mejilla con su dedo carmesí. —Tú eres el que recibió una paliza.

Me encogí de hombros y señalé con la barbilla a su tío. —No creas que me llevé la peor parte.

—Tío—, dijo, rozando su pecho contra el mío mientras pasaba a un lado. Mechones de su cabello se me enredaron y permanecieron por un segundo, antes de ser retirados. —¿Qué está sucediendo? ¿Qué te hizo?

Esau rechazó sus intentos de ayudar.

—Deja de ser tan terco, viejo tonto—. Ella le pasó el brazo alrededor de su espalda y lo sentó en una silla.

Esau hizo una mueca mientras se recostaba en su asiento. Un pequeño hilo de sangre goteaba desde su labio hasta su barbilla. Lo secó con una servilleta y luego miró la mancha roja como si fuera una vieja amiga que casi había olvidado que existía.

Isadora se había escondido detrás del mostrador. Llenó una bolsa con hielo y la envolvió con una toalla. Se la llevó a Esau. Él la sostuvo contra su mejilla, cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué pasó? — pregunté.

Levantó el párpado derecho y me miró por un momento. —No sé a qué te refieres.

—¿Me vas a decir que te pegaste con la puerta?

Esau cerró los ojos y no dijo nada. Una exhalación entrecortada se escapó de su boca. Me llegó un aliento caliente y estancado.

—¿Quién era ese tipo? — pregunté. —No recuerdo haberlo visto aquí antes. Pensé que había visto la mayor parte de la ciudad en un momento u otro.

—Él no era nadie—, dijo Esau.

—Eres un mentiroso horrible, viejo.

Murmuró algo en griego, se inclinó hacia adelante y dejó la servilleta manchada de sangre sobre la mesa. —Dejé que tú y tu amigo ruso se quedaran aquí. No hice preguntas, aunque es obvio que les pasó algo. ¿Por qué no puedes darme el mismo respeto?

Levanté las manos en señal de rendición. —Solo intento ser de ayuda, Esau. Eso es todo.

—Bueno, no necesito tu ayuda—. Se puso de pie y tropezó hacia la oficina.

Miré hacia Isadora. Observó a su tío retirarse. Esperé un momento a que se cerrara la puerta de la oficina y luego me acerqué a ella.

—¿Que está pasando aquí? — pregunté.

Ella suspiró. —Mi tío…, él esta... no estoy segura de cómo decirlo.

—¿En problemas?

Ella me estudió por un momento, tal vez decidiendo hasta dónde dejarme saber. Inhaló bruscamente. —Creo que deberías honrar su solicitud y dejar de hacer preguntas.

—Mira, sólo digo que si necesitas ayuda…

Ella se alejó de mí y fingió estar ocupada.

Entendí la indirecta y salí a la terraza donde todavía se reunían los ancianos. Si no fuera por un par de miradas curiosas, habría pensado que habían ignorado todo el incidente. ¿Estaban preocupados por Esau? ¿Avergonzados de verme derribado? ¿Avergonzados porque no hicieron nada para ayudar? Asentí a aquellos que miraban en mi dirección, luego pasé y me apoyé en la barandilla. Las olas llegaban hasta un metro de altura y golpeaban la costa. La niebla salina cubría la pared debajo de mí con una fina niebla. La brisa constante secó el sudor que me cubría la cara y los brazos.

Después de unos minutos de contemplar el mar, volví a entrar al café y me senté contra la pared del fondo. Isadora me ignoró. Me daba igual. Mi ritmo cardíaco apenas había bajado desde que me tiraron al suelo. Una señal segura de que ya había tomado suficiente café.

La mayoría de los viejos también vinieron. Habían superado otra ronda de partidos. Si bien algunos resultaron ganadores, otros se quedaron sin su presupuesto semanal de juego. Tomaron un refrigerio, una bebida o una taza y se sentaron en varias mesas. La charla se elevó y llenó el café. Quitó el frío del lugar. Me sentí normal otra vez. O, al menos, parecía normal.

La puerta principal se abrió, creando un túnel de viento de brisa salada. Las servilletas se levantaron de las mesas y giraron en espiral hacia la puerta.

Alik entró. Le hizo un gesto con la cabeza a Isadora y luego caminó hacia mí. Si Esau era un mal mentiroso, entonces yo era aún peor ocultando el hecho de que algo había sucedido.

—¿Qué está sucediendo? — preguntó Alik.

—No mucho—, dije.

—Tienes un corte en la cara.

Me había olvidado de la taza destrozada. Quizás eso era lo que miraban los chicos del patio. Quizás no se habían dado cuenta de que algo había sucedido.

No era probable.

—Me tropecé—, dije.

—Te tropezaste, ¿eh? — Alik tamborileó con las yemas de los dedos sobre la mesa. — ¿Crees que esto es un juego?

—¿Un juego? ¿Qué?

—Tienes que permanecer invisible, Jack. Puede que no entiendas el poder que ejerce Ivanov, pero yo sí. Tiene títeres por todas partes en Moscú. Si descubre que estás aquí, este lugar estará plagado de sus hombres. Ambos sufriremos. Por lo menos, hasta que Frank pueda sacarnos de aquí, no debes meterte en problemas.

—Jesucristo—, dije. —Me atropelló alguien que salía apresuradamente de aquí. Eso es todo. No comencé nada. No dije nada. Me dieron un codazo en el costado y mi cara se plantó en el suelo. Mi taza se hizo añicos. Por eso estoy sangrando.

Deslizó una servilleta sobre la mesa. —Está bien, bueno, considera esas otras cosas como un recordatorio.

—Créeme, hombre. Solo quiero irme a casa. Cuanto antes suceda, mejor. Por muy bonito que sea este lugar, mi corazón da un vuelco cada vez que se abre esa puerta.

Alik asintió como si sintiera lo mismo.

Luego ambos nos giramos cuando la puerta se abrió de nuevo.

CAPÍTULO 3

Cuatro hombres que nunca había visto entraron al café. Un quinto tipo los siguió. Lo reconocí. Había estado allí hace unos minutos.

—Mierda—, dije.

—¿Qué? — preguntó Alik.

—Ese es el tipo que me derribó.

Alik asintió. No digas nada. Entrecerró los ojos y estudió a los chicos.

—Y golpeó a Esau—, dije.

—Estos muchachos son nuevos en la ciudad—, dijo Alik. —Algunos de los lugareños dijeron que son un problema. Delincuentes.

—Y quieren algo de Esau.

Los cinco hombres estaban cerca de la puerta. Eran copias al carbón el uno del otro. Sus miradas recorrieron la habitación. Evaluando el lugar. A su alrededor, los viejos se levantaron, dejaron caer el dinero sobre las mesas y se fueron. Se quedaron mirando al suelo mientras pasaban junto al grupo en la salida.

Me pregunté qué diablos estaba pasando.

Alik me lanzó una mirada como diciendo: déjalo en paz.

Y lo hice.

Al menos lo intenté.

Los hombres se reunieron alrededor de la mesa más cercana al mostrador. Eran ruidosos. Uno de ellos arrojó los platos sobrantes a la vitrina como si fueran discos y astilló el cristal, dejando una grieta que se extendió de arriba a abajo. También se burlaron de Isadora. No estaba seguro de lo que dijeron, pero escuché el nombre de Esau mencionado una o dos veces.

Isadora parecía asustada. Ella no tenía escapatoria. Así se dirigiera a la puerta delantera o trasera, la iban a interceptar. ¿Guardaba Esau un arma detrás del mostrador? Con suerte, ella fue lo suficientemente inteligente como para no usarla si él lo hacía. Nada bueno saldría de apuntar con un arma a este grupo.

Me levanté, llamando la atención de los hombres. Me vieron cruzar la habitación hacia el mostrador. Mantuve una fila de mesas entre ellos y yo. No tenía sentido darles una oportunidad fácil.

En la pared detrás de Isadora, colgaba un dispensador de toallas de papel de acero inoxidable. Me posicioné para poder usarlo como espejo. Me dio una vista del grupo que se había sentado cerca.

Ella forzó una sonrisa. Se frotó las palmas y se tiró de los dedos uno a la vez. Había miedo detrás de sus ojos. Sabía por qué los hombres estaban allí y eso la asustaba.

—¿Está todo bien? — le pregunté a ella.

Ella asintió, tensa y concisa. Sus labios se estrecharon. No podía decir si ella estaba tratando de consolarme o si buscaba que yo lo hiciera por ella.

—¿Qué tal otra taza de café? — dije.

Se giró y agarró una taza. La llenó. Echó un terrón de azúcar y le echó un poco de leche.

Detrás de mí, el tipo que me había golpeado antes se levantó. La sonrisa engreída plasmada en su rostro indicaba que no me tenía respeto. Le dio unas palmaditas en el hombro a uno de los otros y me señaló con la barbilla, como diciendo, mira lo que le hago a este tipo a continuación.

Isadora dejó la taza sobre el mostrador. Su mirada viajó hacia mi izquierda. Agarré el mango. Mi nudillo presionó contra la cerámica caliente. Estudié el espejo improvisado, esperando hasta que el tipo estuviera a medio metro detrás de mí. Él se detuvo. Me volví, con la taza extendida, lista para cubrirlo con café bien caliente.

La amplia sonrisa del chico reveló dientes manchados de amarillo. Su aliento apestaba a queso mohoso. Tenía barba de cinco días. La mitad era blanca. El pelo de su cabeza era negro intenso.

—¿Tenemos algún problema? — pregunté.

Levantó los brazos y se encogió de hombros. Seguí sonriendo. Su aliento caliente continuó asaltando mi rostro. Unos segundos más tarde, dio medio paso hacia atrás, girando sus hombros paralelos a la puerta, dándome espacio para salir sin entrar contacto cuando pasaba de regreso a la mesa.

Pero ¿por qué aceptar eso?

Opté por devolverle el favor de jugar a los bolos conmigo. Aseguré la taza con ambas manos y golpeé mi hombro derecho contra el torso del tipo. Probablemente no le hizo daño. Sin embargo, envió una ola de dolor a través de mis costillas.

El chico retrocedió un par de pasos y se rio. —¿Eso es todo lo que tienes, estúpido americano?

Me dirigí a la mesa y no miré atrás. Alik se sentó allí, sacudiendo la cabeza. Algo suave me golpeó y cayó al suelo sin apenas ruido. Alik miró la servilleta arrugada y luego a mí.

—¿Qué parte de permanecer invisible no entiendes? — dijo. —Se supone que eres un fantasma. Mantente al margen.

Me posicioné para vigilar a los cinco hombres. Sus voces se alzaron. Los que estaban frente a mí se quedaron mirando. Los que estaban sentados de espaldas a mí lanzaban miradas por encima del hombro. Logré captar el nombre del tipo que me derribó antes. Michael. Él asintió cuando uno de su grupo lo dijo. Sus acciones antes y ahora indicaron que no habían venido aquí por mí, sino que me había convertido en parte de sus planes. Un obstáculo, tal vez. Quizás un punto focal.

Miré a Alik. —¿Es eso lo que te dice tu instinto? ¿Ignorar lo que está pasando aquí?

Él no dijo nada. No haría contacto visual. Se quedó sentado con los brazos cruzados, sacudiendo la cabeza.

—Sabes muy bien que estos tipos están a punto de extorsionar a ese viejo. Ese tipo de actividad nunca se detiene, hombre. ¿Y qué crees que pasará después? Vivimos aquí ahora. Esto llegará hasta nosotros.

—Eso no te importa.

—Quizás no lo haga. La verdad es que prefiero evitar que eso suceda. Me contentaría con subirme a un avión y regresar a Nueva York ahora mismo. Pero eso no puede ser. O ¿sí?

—Jack, ¿alguna vez pasaste tiempo con, ¿cómo los llamarías, gente del campo, campesinos sureños o gente del tipo granjero?

—Seguro.

—Está bien, esta gente de esta ciudad tiene ese tipo de mentalidad. Entonces, verás, lo que ellos consideran criminales puede no ser lo que nosotros pensamos. La corrupción corre descontrolada en este país. Estos hombres podrían ser parte del gobierno. Puede que estén aquí trabajando de forma paralela, pero te puedo asegurar que, si alguien se interpone en su camino, podrían hacerle la vida un infierno.

Me incliné hacia un lado y observé a los hombres. ¿Podrían ser agentes del gobierno o algún tipo de trabajo gubernamental? Seguro. Demonios, la mayoría de la gente no podía detectar a los tipos que hacían el trabajo sucio en Estados Unidos. Pero había algo que faltaba. Los agentes del gobierno no serían tan descaradamente estúpidos en público. Harían el trabajo sucio entre bastidores. La intimidación funcionaba. Pero estos tipos la estaban usando abiertamente.

—Sabes que ese no es el caso—, dije. —Estos tipos son matones. Tal vez organizados, pero matones de todos modos.

—A veces, no hay mucha diferencia entre tipos como nosotros y tipos como ellos.

Tres de los hombres se levantaron y se fueron, entre ellos Michael, el tipo que me había dejado en el suelo antes. Su ausencia ayudó a aliviar la tensión en el café. Estábamos en terreno llano. O algo parecido. Supuse que los hombres estaban armados, pero no lo había confirmado.

—¿Crees que deberíamos irnos? — preguntó Alik.

—Al diablo que no—, dije.

—Parece que se van.

—Aún quedan dos aquí. No me levantaré hasta que se hayan ido.

—¿Y si se quedan toda la noche?

—Entonces nosotros también.

—Maldita sea, Jack.

Las sombras en el suelo se hicieron más densas cuando el sol salió por las ventanas. Me levanté una vez. Fui al mostrador y dejé mi plato. Los hombres de la mesa me ignoraron.

Poco después regresaron los tres hombres. La mesa volvió a estar llena de actividad.

E Isadora tenía toda su atención.

CAPÍTULO 4

Se turnaron para ir al mostrador, golpear el acero inoxidable y gritarle a Isadora. Alik tradujo, pero con todas las voces, risas y ruidos, tuvo problemas en dar una transcripción completa. Se quedó atrás y se limitó a decir palabras clave.

¿Dónde está Esau?

Dinero.

¿Dónde está el maldito dinero?

¿Dónde lo esconde?

El intercambio pintó una imagen del hombre que solo había mostrado bondad. Se había encontrado en problemas con estos tipos por una deuda. Pero ¿por qué? Parecía que Esau tenía todo lo que necesitaba aquí. Por supuesto, no siempre fue así. Los demonios son excelentes para esconderse.

—Estos tipos son matones—, dijo Alik. —¿Qué pasa si el hombre o quien sea para quien trabaja es copropietario del café? Están aquí para cobrar su parte.

—O tal vez están tratando de cobrar un impuesto—, dije. —Son coleccionistas de la mafia local.

Alik se encogió de hombros. —No parece que sea asunto nuestro.

—¿Estás bromeando? ¿Realmente te faltan las agallas para levantarte y defenderla?

—No. Lo que me falta es la capacidad de desobedecer una orden directa.

—Sí, bueno, esa es mi especialidad.

Miré la mesa en busca del fino cuchillo de sierra. No estaba allí. Lo dejé en el mostrador. La única arma que tenía eran mis puños. En muchos casos eso sería suficiente. Pero en mi condición actual, no tanto.

Isadora miró en mi dirección. Debió haber notado que estaba a punto de hacer algo por la forma en que me senté, preparado para atacar. Ella sacudió la cabeza en un ligero movimiento hacia cada lado. No tuvo que decir nada. Vi la súplica en sus ojos. No quería ser responsable de que me golpearan por ayudar. Al mismo tiempo necesitaba mi ayuda antes de que los hombres se salieran de control.

Uno de los hombres se levantó de la mesa. Caminó hasta la puerta principal y la bloqueó. Los otros cuatro asaltaron el mostrador juntos y le gritaron a Isadora desde el otro lado. Ella devolvió el grito.

Alik dijo: —Irá a verlo más tarde.

—¿Qué? — pregunté.

—Eso es lo que ella les está diciendo. Esau irá a verlo más tarde.

—¿A quién?

—¿Cómo podría saberlo?

Michael se acercó al mostrador y agarró un mechón del cabello de Isadora. Él tiró de ella hacia adelante, plantando su rostro en la parte superior de la vitrina. Ella gritó de dolor. Le levantó la cabeza. La sangre goteaba de su nariz.

Alik me golpeó mientras me levantaba. Él falló. Crucé la habitación furioso, ignorando el ardor en mis costillas.

Un tipo se giró para interceptarme, pero perdió el equilibrio cuando esquivé su avance. Un toque fue todo lo que hizo falta para redirigirlo hacia uno de sus asociados. Chocaron y tropezaron con una silla.

Un tercer hombre logró interponerse entre Michael y yo. Puso su mano sobre mi hombro izquierdo. Extendí la mano derecha. Agarré su muñeca. Torcí su brazo hacia atrás en un ángulo antinatural. Cayó de rodillas y le clavé el pie en el estómago.

Miré hacia arriba y vi a Michael frente a mí. Soltó el cabello de Isadora y se lanzó hacia adelante, agitando su puño en mi dirección. No pude evitar el golpe, pero logré deslizarme lo suficiente hacia la derecha para que impactara en mi oreja. Contraataqué con un gancho de derecha a su costado. Se levantó y se inclinó en la otra dirección. Eché mi brazo hacia atrás para asestar el golpe de gracia. Alguien lo interceptó. Me dio la vuelta. Mis rodillas fueron golpeadas en un lado y caí al suelo.

Dos cuerpos chocaron con la vitrina. Alik debió haber cruzado volando la habitación y chocado con el tipo que me había derribado.

Me lancé contra las rodillas de alguien. Algo se rompió cuando se hizo de lado y terminó derribando a dos tipos.

Alik y yo podíamos ganar cinco contra dos en algunas situaciones. Esta no era una de ellas. Todavía estaba demasiado débil y fatigado, y Michael me había vuelto a lesionar las costillas. Además de eso, estos hombres parecían entrenados. Nuestra mejor esperanza era prolongar la lucha hasta que el miedo a que llegara ayuda se apoderara de nosotros.

Parecía como si no hubiera ninguna posibilidad de que eso sucediera.

Me encontré detenido y luego inmovilizado contra el mostrador por dos hombres. Michael se paró frente a mí. La sangre brotó de su labio partido. Pasó su lengua por la herida y luego me escupió saliva teñida de carmesí. Luché contra los brazos que me inmovilizaban, pero no llegué a ninguna parte.

Los otros dos chicos sujetaron a Alik contra el suelo. Le pusieron los brazos detrás de la espalda y lo arrastraron por la habitación.

Detrás del mostrador, gritó Isadora. —Déjalos en paz. No tienen nada que ver con esto.

El tipo frente a mí dijo: —Entonces deberían haber mantenido sus estúpidas narices americanas fuera de esto.

Me reí. Me dolió muchísimo hacerlo.

—¿Que es tan gracioso? — preguntó el hombre.

—Es ruso, idiota.

Michael levantó la mano sobre su pecho como si fuera a darme un revés.

Esau salió de la escalera y pasó por delante de su oficina. —¿Que está pasando aquí? Dejen en paz a estos hombres.

Los cinco hombres miraron al viejo. Liberaron a Alik. Michael retrocedió un par de pasos y asintió con la cabeza a los dos hombres que me sostenían. Me soltaron los brazos. Ayudé a Alik a ponerse de pie. Isadora fue con su tío. Alik y yo nos posicionamos entre ellos y los cinco hombres.

Uno de los hombres salió del café. Las campanas tintinearon cuando la puerta se abrió y se

cerró. La respiración entrecortada llenó la habitación. Miradas enojadas revolotearon entre nosotros.

¿Por qué los chicos habían detenido su ataque? Nos tenían atrapados. Podrían habernos llevado afuera y arrojarnos por encima de la barandilla a la orilla rocosa. Podrían habernos sacado a rastras del café, metido en el maletero de su coche, sacarnos de la ciudad y ejecutarnos. Pero se detuvieron cuando apareció Esau. Él era importante. Éramos una distracción.

La puerta se abrió de nuevo. El tipo que se había ido regresó y un sexto hombre lo seguía. Parecía diferente a los demás. Menos griego. También vestía mejor, con un traje oscuro y zapatos caros. Aunque parecía de esos hombres que vivían para luchar y extorsionar a los clientes de su jefe, este tipo era tranquilo y calculador. No necesitaba estar en un grupo para manejarse solo, pero usaba el poder de los hombres para hacer su voluntad. Sin embargo, él no era el jefe. El jefe no mostraría su rostro en un lugar tan público durante un evento como este. Me imaginé que este tipo sólo intervenía cuando era necesario.

Y esta era una de esas ocasiones.

Pasó junto a sus hombres y se detuvo frente a mí. Era unos centímetros más alto, pero no tan ancho de hombros. Su barba de color marrón claro estaba recortada tal vez a unos cinco milímetros. Se quedó allí por un momento, mirándome fijamente. Luego se hizo a un lado y continuó. Miré hacia atrás. Lo vi golpear a Esau en el pecho.

—Vamos—. Miró a sus hombres y les hizo un gesto circular con el dedo. Se retiraron a la puerta principal, bloqueándola para la entrada y salida, mientras Esau y el tipo desaparecían en la oficina.

Isadora se retiró detrás del mostrador por un segundo y luego se acercó a mí. Ella me ofreció una toalla mojada. La usé para limpiarme la cara. No estaba seguro de si la sangre que absorbió me pertenecía.

La tensión llenó el café. Olía a café, a pastelería y a sudor. Las olas retumbantes y el viento persistente aullaban por la habitación. Tres de los hombres se levantaron las camisas y colocaron sus manos sobre las armas escondidas. ¿Por qué no las habían usado? ¿Ni siquiera para una amenaza? Alguien les había dicho que no lo hicieran, sin importar la situación. Dudaba que hubieran esperado el tipo de resistencia que encontraron.

Isadora regresó al lado ocupado del mostrador. Caminó por un tramo de metro y medio, sin apartar la mirada de la pared que la separaba de su tío.

Me esforcé por escuchar la conversación en la oficina. No se oía nada. No habría importado si lo hubiera hecho, ya que probablemente hablaban en griego.

Pasaron quince minutos. Los hombres que estaban en la puerta se turnaron para salir. Cada vez que se abría la puerta percibía el olor a tabaco chamuscado.

Cuando el tipo finalmente salió de la oficina, tomó un camino que se dirigió directo hacia mí. Sus duras suelas golpearon las baldosas, lenta y deliberadamente. Deslizó sus manos dentro de sus bolsillos. Se detuvo a un metro de mí. Su mirada fue desde mis pies hasta mis ojos.

No había señales de miedo en él. Podía arreglárselas solo y lo sabía. Peor aún, él sabía que yo lo sabía. Tenía una experiencia que de alguna manera era paralela a la mía. Era más que un delincuente común. Tenía formación y experiencia militar y gubernamental.

Me miró fijamente como si considerara cómo ocuparse de mí. Si él se hacía a un lado, yo ganaba. Eso fue inaceptable.

Lo mismo me pasó a mí. No estaba dispuesto a cederle terreno al hombre. Pero la adrenalina había desaparecido. Me dolían muchísimo las costillas. Los nudillos se sentían hinchados. Me dolían los lugares donde me habían dado puñetazos y patadas.

Esau salió de su oficina. Se llevó un paño manchado de sangre a la nariz. Se secó la cara y luego se guardó el paño en el bolsillo. Caminaba como un hombre con una vértebra fuera de lugar. Espalda arqueada, hombros echados hacia atrás, pies arrastrándose por el suelo. Pasó al hombre que tenía delante.

—Suficiente, Chris—, le dijo al hombre. —Salgan. Tú y todos tus bastardos.

Chris volvió la cabeza hacia el anciano, pero siguió mirándome. —Doce horas, Esau. Eso es todo lo que se te está dando.

CAPÍTULO 5

Los hombres que estaban en la puerta salieron en fila, uno a la vez. Miraron a la izquierda, giraron a la derecha y desaparecieron de la vista. Chris fue el último en irse. Se detuvo en la puerta abierta y miró hacia atrás. Su mirada viajó lentamente por la habitación hasta encontrarse con la mía. No intercambiamos palabras, pero su intención era clara. Intimidación. Me miró fijamente como si estuviera diciendo, *volveré para tratar contigo más tarde*.

Dijo algo en griego, luego hizo un gesto con la mano y dejó que la puerta se cerrara.

Esau lo siguió. Apoyó todo su peso en la puerta para acelerar su cierre. La cerradura se cerró con un ruido sordo.

—¿Qué dijo? — pregunté a Alik.

Alik se encogió de hombros. —No tenía sentido para mí. ¿Quizás algún tipo de código que sólo Esau entendería?

Isadora se acercó a su tío y le rodeó el cuello con los brazos. Ella contuvo los sollozos. Él le dio unas palmaditas en la espalda y la calmó en tonos apagados.

—Lo siento—, nos dijo. —Lamento que ustedes dos se hayan mezclado en esto. No es lo que parecía.

Isadora miró al suelo.

—¿Entonces que es? — pregunté.

Esau suspiró mientras se alejaba de su sobrina. Le hizo un gesto para que se sentara. Giró un asiento hasta que quedó frente a la ventana y se desplomó sobre ella.

—Es algo que se remonta a mucho tiempo atrás—, afirmó. —Y no te concierne. De ahora en adelante, si ves a esos hombres, te levantas y te vas. No hay que meterse con ellos. ¿Entiendes?

—¿Entender? — dije. —No soy tu maldito hijo, Esau. No puedes ignorarme así.

—¿Qué tal si los echo a ustedes dos, entonces? ¿Eh? — Las mejillas de Esau ardieron rojas. —¿Qué pasa si notifico a alguien del gobierno que ustedes dos se esconden aquí? ¿Qué pasa entonces?

—¿Nos estás amenazando? — preguntó Alik.

Isadora se levantó y se colocó entre nosotros y su tío. —No, no lo está. Simplemente está enojado. Frustrado. Se está desquitando con ustedes dos cuando debería estar pensando en otras cosas. ¿No es así, tío?

Esau asumió la postura de un hombre derrotado. —Sí, sólo estoy tratando de hacer lo correcto aquí. Por favor, evita a esos hombres—. Caminó hacia Isadora y le tocó el codo con la mano. La condujo a nuestro lado sin que ninguno de los dos hiciera contacto visual. Esau hizo pasar a su sobrina a su oficina y cerró la puerta.

El aire dentro del café se quedó en silencio. El sonido de las olas disminuyó. Las puertas delantera, trasera, de la oficina y de la escalera estaban cerradas. El ventilador se apagó. El

perfume de Isadora persistió, mezclándose con el sudor, el café y los bocadillos rancios.

—Vamos arriba—, dijo Alik.

Mientras caminábamos hacia las escaleras, Esau salió de su oficina. Se detuvo, nos miró y luego continuó hasta la puerta de la terraza. Abrió la cerradura y regresó.

—Reabriremos alrededor de las cinco. Por favor, déjennos en paz hasta entonces.

CAPÍTULO 6

Me lavé, me puse unos pantalones cortos limpios y una camiseta blanca. Caminé hacia la sala de estar y me desplomé en una silla de frente al mar. Un aire cálido y cargado de sal me invadió. Coloqué una bolsa de hielo contra mis costillas y la sostuve con el brazo. El contraste entre el lugar donde la bolsa presionaba mi carne y el resto de mi cuerpo era como blanco y negro.

Alik estaba de pie en la cocina sosteniendo un vaso de vidrio lleno de un líquido transparente. Miró, asintió y cogió otro vaso. Cogió una botella que tenía una etiqueta roja, blanca y azul y llenó el vaso con ouzo.

—Un poco temprano, ¿no crees? — dije.

—Ayudará a aliviar el dolor—, dijo. —Además, no tenemos que acabarnos toda la botella.

—Podríamos evitar problemas si lo hiciéramos.

Alik se rio y se sentó en el sofá, una cosa de tela verde que parecía pertenecer a los años setenta.

Él dijo: —Conociéndote, terminaríamos deportados.

Dije: —Entonces mi vida podrá volver a la normalidad.

—Pensé que esto era normal para ti. Quedarse atrapado en los problemas de otras personas. Que te pateen el trasero.

—Lo que sea—. Tomé un sorbo de ouzo e hice una mueca cuando el licor se deslizó por mi garganta reseca. Bajó. El calor de mi estómago se irradió hacia afuera. —Si no estuviera en tan mala forma, ninguno de esos tipos habría tenido ninguna posibilidad.

—¿Cómo es eso? — Alik se reclinó con ambos brazos extendidos sobre el respaldo del sofá. —¿Qué pasa con ese sexto hombre?

—Tú también lo viste, ¿eh?

El asintió.

—No sé qué pensar de él—, dije. —Diferente a los demás, seguro. ¿Ves cómo todos se pusieron tensos cuando él entró?

Alik asintió y permaneció en silencio.

—Y no mostró ningún miedo—, dije. —Obviamente él es de otro lugar. La forma en que actuó me dice que sus antecedentes están más alineados con los nuestros.

—Podría haber sido porque tenía cinco hombres con él. Tres de los cuales estaban armados.

—¿Qué tan temprano te diste cuenta de eso?

—Antes que tú lo hicieras—. Levantó su vaso y lo inclinó hacia mí. —Antes de saltar para ayudarte.

—Gracias por eso.

—No fue para tu beneficio, Jack. Algo te pasa, estoy marcado para morir en tres continentes

en lugar de solo uno.

Terminamos nuestras bebidas en silencio. El viento amainó. La luz del sol entraba por las ventanas. El calor de sus rayos me calentó, arrullándome con una falsa sensación de seguridad. Finalmente, me obligó a quedarme dormido. Miré mi reloj y determiné que había dormido durante media hora cuando Alik me despertó.

—¿Qué crees que hizo? — preguntó Alik.

Miré al hombre. Tenía el pelo mojado y se había cambiado de ropa. Su vaso estaba nuevamente lleno hasta el borde.

—¿Quién? — pregunté.

—Esau—, dijo. —¿Quién más?

—No sé. ¿El presidente? ¿Iványov? Supongo que podría ser cualquiera.

—Sabelotodo—, dijo. —De todos modos, no puedo evitar preguntarme qué hizo para provocar esto.

—Realmente no conocemos al tipo. ¿Tu contacto te dijo algo sobre él?

Alik negó con la cabeza. —Todo lo que obtuve fue un nombre y una dirección, junto con la promesa de que el hombre estaría de nuestro lado, así que no te preocupes.

—¿Acaso tú…?

—¿Qué?

—¿Te preocupaste?

—Por supuesto que me preocupé—. Alik se levantó y caminó hacia la ventana, bloqueando mi vista al mar. —Te saqué del Delfín Negro. Todavía no sé cómo logré cruzar la frontera y salir de Rusia contigo. Pensé que ambos éramos hombres muertos en el cruce.

—Estaba demasiado débil para moverme cuando quitaron la tapa del ataúd de pino. Malditos párpados ni siquiera se cerraron cuando el sol me dio en la cara.

Alik se rio. —Hijo de puta.

—Lo que sea.

—Entonces, ¿qué crees que hizo?

—¿Esau?

Alik suspiró y se llevó el vaso a la frente. —Sí, Esaú.

—Ya los escuchaste decir algo sobre dinero, así que supongo que tiene una deuda o un impuesto.

—Bueno, eso es lo que pensamos antes, ¿verdad? Supongo que mi pregunta es ¿sobre qué?

—Es difícil saber cuándo el tipo no nos dice nada.

—Es un hombre orgulloso.

—Eso es obvio.

Regresó al sofá y dijo: —Y creo que debemos respetar sus deseos y mantenernos al margen de esto.

—¿Tienes miedo?

Alik se inclinó hacia adelante, con los brazos cruzados sobre las rodillas y la bebida sostenida con ambas manos. Miró el ouzo claro. Sin levantar la vista, dijo: —Sí, Jack, tengo miedo. No conocemos a estos hombres. No sabemos qué hizo Esau para involucrarse con ellos. No conocemos sus conexiones. Piensa por un momento. Sigue los hilos de la red a medida que avanzan desde el centro. ¿Cuáles son algunas posibilidades reales aquí?

—Complicas demasiado las cosas—, dije. —Lo único que sé es que hay un anciano ahí abajo al que están acosando. Tenemos la capacidad de detenerlo.

—Sufres una maldición, amigo mío—. Me señaló con un dedo desde dos metros de distancia.

—Y sería mejor que hicieras lo que te dicen en lugar de seguir tus instintos todo el tiempo.

—Pasé años haciendo lo que me decían. Me valió un precio por mi cabeza puesto por el tipo cuyas órdenes seguí.

Alik se levantó y se dirigió arrastrando los pies a la cocina. Miré por la ventana y vi pasar un camión cisterna a lo lejos. Cuando Alik regresó, se paró frente a mí con las manos vacías y sin el tercer trago que esperaba que sostuviera.

Él dijo: —Me voy por un tiempo.

Pregunté: —¿A dónde?

—Voy a conseguir comida para unos días. Creo que será mejor que nos quedemos aquí en el apartamento en lugar de aventurarnos a bajar a la cafetería. Descartó mi argumento antes de que tuviera la oportunidad de exponerlo. —Al menos hasta que sepamos que este lío ha pasado. No puedo evitar pensar que *nosotros* y por nosotros me refiero a *ti*, hoy empeoramos las cosas para Esau e Isadora.

Se deslizó fuera de la vista. La puerta se abrió con un crujido y se cerró con un ruido sordo. La cerradura hizo un sonido de clic cuando la cerró con la llave. Solo en el apartamento, vigilaba el mar y reflexionaba sobre sus palabras. Todo el tiempo, Alik, Isadora y Esau me habían dicho que me mantuviera al margen. ¿Qué hice? Salté de cabeza. ¿Fue por falta de acción? ¿Sentía que necesitaba involucrarme en algo? ¿O podría atribuir esto a mi naturaleza obstinada? A veces parecía que prefería usar mi cabeza como bolsa de boxeo que para el pensamiento lógico.

Quería evitar las preguntas, no afrontarlas. La situación con Ivanov en el Delfín Negro me había hecho sentir susceptible por primera vez desde que era niño. Sentí como si hubiera perdido un poco de mis habilidades. No tenía la capacidad de respaldarlo.

La escena en el café sólo ayudó a solidificar esos pensamientos.

Entonces quizás Alik tenía razón. Fuera lo que fuese, Esau se lo había buscado. No huyó ni se escondió de los hombres. No llamó a la policía. No aceptó mi oferta de ayuda. E Isadora tampoco. A pesar de lo joven, hermosa y amable que había sido, aquí también tenía una opción. Y ella decidió hacerlo sola.

Después de varios minutos debatiendo el tema, decidí dar marcha atrás. Al menos un rato.

Acerqué una silla a la ventana. El viento arreció. Olas blancas se acercaron en líneas escalonadas desde una distancia de noventa metros. Golpearon la orilla rocosa y sonaron como un trueno. La espuma se elevó en el aire, se elevó el viento y me salpicó la cara. Había una frescura en la brisa que se perdía dentro de la habitación cerrada.

Así que salí del apartamento y bajé las escaleras camino a la terraza.

Isadora se detuvo cuando entré al café. Tenía el pelo recogido. Sostenía una escoba en ángulo, con las cerdas a unos centímetros del suelo. Las sillas estaban colocadas boca abajo sobre las mesas. Café filtrado. El cartel de la puerta principal estaba volteado y se leía abierto al revés.

—¿Qué está sucediendo? — le pregunté a ella.

—Decidimos permanecer cerrados por hoy—, dijo.

—¿Te preocupa que esos hombres regresen?

Ella sonrió débilmente. —No, no creo que los veamos al menos durante unos días.

—Entonces, ¿por qué cerrar?

—En un pueblo pequeño como este, la noticia se corre rápidamente. Nadie vendrá esta noche.

—¿Miedo?

—Lástima—. Se pasó el palo de la escoba por el cuerpo. —Nadie se acercó para ayudar. Al

menos, nadie local.

—Son inteligentes.

—Tienes razón, lo son. Deberías haber escuchado a Alik, Jack. A mí y a mi tío también. No quieres ser parte de esto. Ni siquiera es tu batalla. No le debes nada a mi tío.

—Seguro lo haré. Me puso aquí a pesar de las posibles ramificaciones. Además, los hombres se estaban poniendo duros contigo. Tuve que intervenir.

—Nadie me puso la mano encima—. Agarró la escoba con ambas manos y se encogió de hombros. —Y puedo cuidar de mí misma.

—Estaban cerca.

—Puedo cuidar de mí misma—, dijo de nuevo, con un atisbo de fuerza detrás de sus palabras.

Levanté las manos en señal de retirada. —Bueno, no tienes que preocuparte. Decidí que la próxima vez que vea que algo está pasando, simplemente me iré.

—Lo lamento—. Dejó la escoba contra una mesa y cruzó la habitación hacia mí. A pesar del largo día, se veía y olía tan bien como esa mañana. Se puso de puntillas, envolvió sus brazos alrededor de mi cuello y presionó contra mí. Sus pechos se entrelazaron con mi pecho. Sus caderas tocaron las mías. Sus suaves labios rozaron mi mejilla y luego mi oreja. Sus palabras eran calientes contra mi piel. —Gracias. Se agradecen tus acciones, aunque equivocadas.

Ella se apartó de mí y se retiró detrás del mostrador.

Me di la vuelta y salí a la terraza. Su olor permaneció en mí. Tonos de rojo, naranja y violeta coloreaban el horizonte. No me había dado cuenta de que era tan tarde. El que viento soplaba desde el mar me envolvió, refrescó mi piel y bajó un poco la humedad.

La puerta de la terraza se abrió. Me volví y vi a Isadora parada allí. Resistí la tentación de ir hacia ella, deseando en cambio que ella viniera hacia mí.

Se aclaró la garganta y habló por encima de las olas y el viento. —Ya casi termino aquí. ¿Puedes cerrar la terraza con llave antes de volver arriba?

—¿Puedo acompañarte a casa?

Levantó la mirada y suspiró. —¿Siempre eres buen samaritano?

Crucé la terraza y me detuve a unos metros de donde quería. —Me sentiría mejor después de todo lo que pasó hoy.

Se volvió hacia el comedor de la cafetería. Me puse delante de la puerta móvil y la seguí de cerca.

—Bien—, dijo ella. —Pero será mejor que nos vayamos para que no estés caminando solo en la oscuridad por las malas calles de Palaiochóra.

CAPÍTULO 7

Los edificios a ambos lados de la calle eran de dos o tres pisos, de arenisca y blancos. Un extraño callejón se ubicaba entre ellos, permitiendo que los anaranjados rayos de sol atravesaran la carretera. Mientras caminábamos por esos lugares, el cabello de Isadora brillaba como hilo dorado. Había unas cuantas personas mayores sentadas en bancos y el murmullo de su charla llenaba la calle. El aire era fresco, aunque húmedo, y olía a carne chamuscada.

Isadora dijo que vivía con Esau, a unos tres kilómetros del café. No hablamos los primeros minutos. Luego me contó un poco sobre su educación y yo a ella un poco sobre la mía. A medio camino de la casa de su tío, me contó la historia de cómo había llegado a la ciudad.

—Cuando la hermana de mi madre, Eleni, enfermó, mi madre me pidió que viniera a este pueblo para ayudar con el negocio de mis tíos. Eso fue un gran problema. Sólo me faltaban dos semestres en la universidad cuando Eleni se enfermó demasiado para trabajar en el café.

—Y ella terminó falleciendo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Pero no antes de que vinieras?

—Correcto.

—¿Renunciaste a todo?

Ella asintió. —Eso fue hace cuatro años.

—¿No pudo conseguir a alguien más desde entonces?

Ella se encogió de hombros. —No necesariamente funciona así.

—¿Qué quieres decir?

—Es un negocio familiar.

—Pero estabas cerca de terminar tu carrera.

Isadora miró al suelo y juntó las manos detrás de la espalda. —Mi hermana tomó mi lugar.

—¿Qué quieres decir?

—Mis padres sólo podían permitirse el lujo de que una de nosotras asistiera a la universidad. En lugar de que ella se tomara un año libre para venir aquí y yo pudiera regresar y terminar, mis padres la enviaron a estudiar.

—¿Por qué no vino ella a ayudar al café?

—Yo sabía cómo administrar el lugar.

—Vamos—, dije. —No es una ciencia exacta.

—No, no lo es. Pero tratar con mi tío es otra historia. Y mi hermana no es como yo. Ella no tiene el mismo tipo de, ¿cómo dirías, ética de trabajo? Creo que, si hubiera venido aquí, habría arruinado el negocio. Especialmente considerando el estado mental del tío Esau desde que falleció mi tía. No me malinterpretes. Ha mejorado. Pero él siempre parece distraído, como si

estuviera pensando en ella sin parar. Realmente me rompe el corazón.

—¿Eso es todo? ¿Renuncias a tu futuro y estás de acuerdo con ello?

—¿Quién dijo que estoy bien? Lo acepto. Y sé que mi hermana pequeña pronto terminará sus estudios y yo podré regresar. No me rendiré. ¿Nunca te has preocupado tanto por alguien que renunciaste a cosas que significaban mucho para ti?

No dije nada.

Sus manos cayeron a sus costados, su derecha rozando mi izquierda. Ella miró hacia arriba. —Tienes la costumbre de opinar sobre todo, ¿no?

—No todo—, dije. —Tiendo a evitar ciertos temas.

—¿Sí?, ¿cuáles?

Me encogí de hombros. —El waterpolo femenino, por ejemplo.

Ella sonrió ante el comentario y me dio un codazo.

—Sólo estoy haciendo preguntas—, dije. —No puedo parar.

—No me importa, supongo—. Ella se detuvo. —¿Por qué me miras así?

—Me recuerdas a alguien en casa.

—¿Alguien especial?

—A veces.

—¿Cómo es ella?

—De carácter fuerte y testaruda. En realidad, se parece mucho a ti.

Isadora me empujó y sus manos presionaron mis costillas. Intenté enmascarar el dolor. No funcionó.

—Aún no estás curado, ¿verdad? — Sus manos permanecieron, pero se abrieron y presionaron suavemente mi pecho.

—Ya casi. No ayudó, que ellos me golpearan donde las costillas se habían roto.

Ella me miró bajo la luz tenue. —Entonces has oído un poco sobre mí. ¿Quién eres, Jack?

—Soy sólo un peón.

—¿Para?

—El mejor postor.

—Suena intrigante.

—Lo es. Deberías leer el libro cuando salga.

—Todos tenemos secretos—, dijo.

—Supongo que sí—, dije. —¿Cuál es el tuyo?

—Te dije el mío. Todavía tengo esperanzas de un futuro mejor a pesar de que las probabilidades están en mi contra.

—Para una mujer como tú, las probabilidades siempre estarán a favor.

Ella sonrió mientras sus manos recorrían mis brazos hasta que su mano izquierda se enganchó a mi derecha. Se giró y tiró de mí hacia adelante. Recorrimos el último medio kilómetro en silencio. Cuando llegamos a la casa, el cielo estaba oscuro y la única iluminación provenía de las luces del porche. El sonido del mar era débil. El viento susurraba entre los árboles y arbustos. Le azotó el pelo y rozó mi mejilla un par de veces.

—Lavanda—, dije.

—¿Qué pasa con eso? — preguntó ella.

—Está en tu cabello.

Agarró varios mechones y se los llevó a la nariz. —Un aceite que le pongo.

—Todo el día pensé que era tu perfume.

—Todo el día, ¿eh? — ella sonrió.

No dije nada.

—Tal vez cuando te sientas mejor, pueda tomarme un día libre y mostrarte la isla.

—No sé. Cuanto más estés conmigo, más secretos podrás descubrir.

—No te preocupes, soy buena guardando secretos, Jack—. Su sonrisa persistió mientras señalaba con la barbilla una casa blanca. Sus ojos se movieron en esa dirección y luego hacia mí. —Esa es mi parada.

La acompañé hasta la puerta y esperé mientras la desbloqueaba y abría.

—¿Debería invitarte a pasar? — preguntó ella.

—¿Eres tú, Isa? — Esau llamó desde otra habitación.

—Sí, tío—, dijo por encima del hombro.

—¿Con quién estás hablando? — preguntó Esau.

—Juro que tiene audición sónica—, susurró.

Retrocedí unos pasos. —Deberías entrar.

—Está bien si quieres entrar.

Esau había sido bueno con Alik y conmigo. Nos había alojado y alimentado, y no importaba por qué necesitábamos la ayuda. Aprecié que se arriesgara por nosotros, dos hombres que nunca había conocido. Después de lo que había sucedido hoy, me parecía imponente si me quedaba más tiempo.

—Te veré mañana—, dije alejándome.

Estaba completamente oscuro. El sol se había puesto. La luna no había salido. Apenas podía ver el suelo. Si no fuera por las luces aleatorias de las casas, tal vez no habría encontrado el camino de regreso a la ciudad y al café.

Los acontecimientos del día pasaron por mi cabeza. Los vi como una película, sin introducir pensamientos ni opiniones en las escenas. Pensé en las esquinas del café, en la calle más allá de la ventana. Busqué otras caras que no reconocí. Si había alguna, la había bloqueado. Me estremecí ante cada golpe. No ayudó que sintiera el dolor en mi costado con cada paso que daba. Me consideré afortunado de que mi pulmón no hubiera vuelto a colapsar. Otra razón más para tener cuidado. Tuve que aceptar que no era el mismo. No podía repartir castigos como de costumbre. No me recuperé de mis heridas de la misma manera. Fue más difícil superarlas.

—Dios, ¿me estoy haciendo viejo? — murmuré.

El viento se burló de mí con una ráfaga que sonó como un sí prolongado. Elegí no escuchar.

La primera farola apareció a lo lejos, un halo naranja en la oscuridad. La luz fue creciendo a medida que me acercaba, iluminando la calle, la hierba y los arbustos. Unos minutos más tarde las sombras quedaron confinadas en los callejones. Cada sonido resonó en el pasillo de los edificios de dos y tres pisos, todos anaranjados en la neblina eléctrica. Incluso mis propios pasos se convirtieron en un sonido similar al de un disparo.

A tres cuadras del café el sonido se interrumpió. Alguien se aclara la garganta. Pudo haber sido mi mente transmutando el sonido de las olas. Pero cuando fue seguido por un pie golpeando el suelo, mi estómago y mi pecho se tensaron.

Moví mis ojos. No vi nada. Moví mi cabeza. Todavía no vi nada. Me detuve y me apoyé contra la pared, fingiendo buscar en mis bolsillos un teléfono o un cigarrillo. Casualmente miré hacia atrás en la dirección de donde había venido. Las sombras jugaban a lo largo de la calle vacía.

Consideré que mi mente me estaba jugando una mala pasada. La acción que vi hoy fue la primera que encontré en más de seis semanas. No estaba acostumbrado a la descarga de adrenalina y al impulso de luchar. Mi sistema necesitaba la emoción. Quería tomar vuelo.

Entonces mi cerebro creó este escenario, tomando un simple ruido y exagerándolo hasta convertirlo en una amenaza.

Con el café cerrado, aceleré el paso. No escuché nada más que el sonido de mis pasos y el corazón latiendo en mis oídos.

Me acerqué al último callejón demasiado rápido. Lo sentí cuando entré en la oscuridad. Estaban por todas partes a mi alrededor. Tenían que ser los chicos de antes. Me habían visto salir del café con Isadora y habían estado esperando durante una hora este preciso momento.

Me detuve en el medio, giré en el lugar y puse mis manos en posición defensiva.

—Vamos, bastardos—, le dije a la oscuridad. —Vengan a buscarme.

Nadie lo hizo.

Mis ojos se acostumbraron a las sombras. Vi el contenedor de basura y la trampa de grasa. Un par de botes de basura. Un gato posado encima del bote.

Sin agresores.

Luego, me golpearon por detrás.

CAPÍTULO 8

El hombre lo hizo bien. Me rodeó el cuello con un brazo y me cortó el suministro de aire. Me puso un brazo detrás de la espalda y lo retorció, obligándome a girarme hacia un lado para aliviar el dolor. Moví mi brazo libre, pero el extraño ángulo significaba que incluso los golpes que conecté eran demasiado débiles para infligir algo más que un pinchazo. Y con cada segundo que pasaba, mis pulmones gritaban más fuerte, mi visión se cerraba más y mi cerebro se volvía más liviano.

Luego me soltó, empujó con las manos y me pateó con un pie. Mi cara golpeó el suelo antes de que lograra frenar mi caída. El cemento chirrió contra mi mejilla derecha. El suelo apestaba a grasa vieja y basura. El viento arrastraba colillas hacia mí.

¿Por qué me había liberado? No podía controlar lo que hacía ahora. Habría una pelea.

Me di la vuelta, esperando ver entre tres y cinco hombres armados mirándome. Para mi sorpresa, sólo un hombre estaba allí. Y estaba desarmado.

—¿Alik? ¿Qué diablos estás haciendo?

—¿Qué estoy haciendo? Debería preguntarte lo mismo. ¿En qué estabas pensando al salir después de lo que pasó hoy?

—Fui a caminar. ¿Cuál es el problema?

—¿Un paseo? Crees que soy estúpido. Los seguí a ti y a ella hasta la casa de Esau.

—¿Estuviste allí todo el tiempo?

Alik dio un paso adelante y me ofreció la mano. La tomé y él me levantó.

—¿Cuándo vas a aceptar que no estás preparado para esto, Jack? No estás listo. No eres el tipo que eras hace dos meses.

Las palabras de Alik hicieron eco de mis propios pensamientos en ese momento. ¿Cómo no lo había notado? Me siguió durante seis kilómetros y no estuve ni cerca de darme cuenta de que había alguien allí hasta el final. Y, aun así, mis instintos estaban equivocados. Me basé en conjeturas y casi pagué el precio. No tenía idea de dónde había venido. El ardor en la mejilla podría haber sido una bala en la cabeza.

Le dije: —No me sentí cómodo viéndola irse sola después de lo que pasó hoy.

Alik entrelazó sus dedos y los flexionó. —Entiendo, Jack. Sí. Siento lo mismo que tú.

—No actúes así.

—Hemos pasado por esto, amigo mío. El trabajo lo dicta todo. No permito que mis sentimientos personales interfieran.

—No es personal—, dije. —Es simplemente lo que soy.

—¿Vas a decirme que no has desarrollado ningún sentimiento por esta mujer?

Me encogí de hombros. Era algo que había guardado en lo más recóndito de mi mente.

Alik se rio. —En primer lugar, ella es demasiado joven para ti.

—¿Estás diciendo que soy viejo?

Hizo un gesto hacia mi postura encorvada. —Dime tú.

—Estoy un poco golpeado y simplemente me tiraste al suelo.

—Exactamente.

—Lo que sea—. Me dirigí hacia la puerta lateral del edificio.

Alik la alcanzó y metió la llave en la cerradura. —Ella es atractiva. Lo admito.

No dije nada.

—Pero todavía es demasiado joven para ti.

Abrí la puerta y salí al pasillo oscuro. Caminé a lo largo de la pared hasta llegar a la escalera. Conté los doce escalones y luego mantuve la mano en la pared hasta llegar a la puerta del apartamento. Alik me siguió, silbando una melodía que no había oído antes. Supuse que era una canción rusa. Caminó a mi alrededor. Sus llaves tintinearon cuando las insertó en la cerradura.

Una ráfaga constante de viento entraba por la ventana abierta. Las páginas de una revista que había sobre la mesa de café se agitaban. Alik encendió la luz. Ambos escaneamos la habitación, buscando algo fuera de lugar, luego él fue a la cocina. Al principio habíamos acordado mantener ciertos artículos en lugares específicos. Entonces, si algo se hubiera movido, sabríamos que alguien más había estado dentro.

Todo quedó donde lo habíamos dejado.

—¿Hambriento? — preguntó Alik.

—Muerto de hambre—, dije.

—Apuesto a que sí. Recibiste dos palizas hoy.

—No estaba seguro de cuántos estaban detrás de mí. Esa es la única razón por la que no fuiste tú quien cayó de bruces.

—Sigue diciéndote eso, amigo mío.

—Un mes más y podrás intentar ganar el campeonato.

Alik agarró un par de botellas de especias, miró hacia atrás y sonrió. —¿De verdad tienes tanta confianza o simplemente intentas que la gente piense que la tienes?

—¿Hay una diferencia? Quiero decir, de todos modos, todo son juegos mentales. La formación y la experiencia me dan una ventaja sobre la mayoría de las personas. Pero más allá de eso, es lo que exudo lo que marca la diferencia. Tomemos como ejemplo a ese tipo con el que estaba en la celda en el Delfín Negro.

Desenvolvió un poco de cordero molido y lo colocó en un cuenco. —Sí, era un hombre desagradable. No dudo el por qué te encerraron con él.

—Bien. En cualquier otro momento, dados los crímenes que cometió, ese tipo estaría aislado el resto de su vida. Me metieron ahí para que el tipo me rompiera hasta matarme.

—Pero lo derrotaste. ¿Cómo? No me malinterpretes. Sé que puedes luchar. Pero no deberías haber ganado esa batalla.

—Y eso es exactamente lo que él pensó. Entonces, cuando no retrocedí, cuando pasé a la ofensiva, él no supo cómo reaccionar. En toda su vida, apuesto a que nadie se peleó con ese tipo, excepto tal vez su padre. Y no estoy seguro de eso.

—Bueno, ahora no importa, supongo. No volverás allí.

—No—, dije. —Me imagino que, si Ivanov vuelve a ponerme las manos encima, seré hombre muerto.

Alik arrojó la carne en la sartén. El humo se elevó mientras el cordero chisporroteaba en una capa de aceite de oliva. El viento envolvió el olor a carne y condimentos a mi alrededor, haciéndome la boca agua.

—Yo también—, dijo Alik. —Y es por eso por lo que tenemos que mantener la cabeza gacha hasta que Skinner se acerque a nosotros.

—Lo sé—. Me recosté y cerré los ojos. —No necesito otro maldito sermón.

Alik se rio. Escuché un par de botellas chocar entre sí y luego golpear el mostrador. Las tapas estaban torcidas y la carbonatación silbaba. —¿Qué tal una cerveza entonces?

—Suena bien.

Bebimos un par de cervezas, cenamos y hablamos sobre las diferencias entre Rusia y Estados Unidos. La cerveza me ayudó a adormecer las costillas y otras heridas. La charla me ayudó a tranquilizarme y llevarme a un estado de relajación. Y al cabo de un par de horas ya estaba dormido.

CAPÍTULO 9

Me desperté temprano a la mañana siguiente con el sonido de las cortinas ondeando con el viento. El olor del desayuno invadió la habitación. Me sentía cómodo en el apartamento, pero quería salir un rato. Prendí la cafetera y me fui antes de que terminara.

Abajo, los tenedores chocaban con los platos y una suave charla llenaba el café. Sólo había una mesa ocupada. La pareja sentada allí tenía una floristería dos puertas más abajo. El café olía a mantequilla, huevos, carne y café. Isadora estaba detrás del mostrador, vestida igual que cualquier otro día, excepto por una blusa blanca que cubría su camiseta. Ella me vio, sonrió y se dio la vuelta. Lo tomé como una señal de que no me quería allí. Luego, se giró hacia mí con una taza.

—Toma esto—, dijo. —Te prepararé algo de desayuno. Estará listo en un momento.

Agarré la taza y salí a la terraza vacía. El mar reflejaba el cielo de la mañana de tal manera que era imposible determinar dónde terminaba el cielo y empezaba el agua.

Me incliné sobre la barandilla y me concentré en el brillante horizonte. El olor de la parrilla se filtró y se mezcló con el aire salado. Las gaviotas cantaban y cabalgaban en las corrientes de viento a treinta metros de altura. Ahí afuera fue donde me sentí más cómodo. La pequeña ciudad debería haberme dejado confinado. Pero cuando miraba al mar, todo eso se desvanecía.

Unos minutos más tarde, Isadora salió con un plato de huevos cubiertos con carne de cordero. El plato me había gustado mucho en las últimas semanas.

—Está tranquilo hoy—, dije.

Ella asintió y dejó el plato en la mesa más cercana a donde yo estaba.

—¿Crees que habrá movimiento esta mañana? — dije.

Ella se encogió de hombros. —Algunos días no hacemos mucho. Está bien.

—¿Qué haces cuando eso sucede?

—Leer. Observar a la gente en la calle. Venir aquí y contemplar el mar. Supongo que eso es todo—. Ella sonrió y señaló la comida. —Ahora siéntate y come antes de que se enfríe.

Disfruté de la tranquilidad del patio desierto mientras comía. Pero se sintió mal. Me había acostumbrado a las bromas de los viejos. Los chismes de las viejas. Los comerciantes apresurados que se tomaban unos momentos para relajarse en presencia de los demás. Los turistas aleatorios que comentaban sobre la serena ciudad y la sencilla belleza del mar.

Empecé a culparme por el hecho de que el lugar estuviera vacío. Quizás si no hubiera intervenido en lo que pasó ayer, los clientes estarían llenando el café. En cambio, habían oído hablar del tipo de Estados Unidos que abrió su gran boca y comenzó algo con los tipos turbios que habían estado merodeando por la ciudad.

Típico, Jack.

Pero sabía que la madrugada tenía algo que ver con eso. Al menos eso esperaba. Aún no eran

las ocho y rara vez bajaba allí tan temprano. Terminé mi comida, aparté el plato y me recliné en la silla, acomodándome en el respaldo de hierro forjado para minimizar el dolor en las costillas. Con los ojos cerrados, los sonidos y olores me arrullaron hasta un estado meditativo. No fue del todo dormir, ya que permanecí consciente de lo que me rodeaba.

La hilera de campanas que colgaban de la puerta tintineó en el interior del café. Varios pies golpearon el suelo de baldosas, resonaron en las paredes y el techo y se hicieron más fuertes.

Las prisas de la mañana.

Isadora jadeó.

Los platos cayeron al suelo y se hicieron añicos. Fragmentos de vidrio se esparcieron como diamantes caídos del cielo.

Un hombre dijo algo en griego. No gritó, pero su tono era contundente. Isadora le gritó.

Entonces comenzó el caos.

Salté de mi silla y me dirigí hacia la puerta abierta. Vi a cinco tipos apiñados en medio del café. Estaban vestidos igual que ayer. Ropa informal y oscura. Todos estaban de espaldas o de costado hacia mí. Al menos cuatro tenían armas en las manos.

Michael, el imbécil que me había tirado al suelo el día anterior, se abalanzó sobre el mostrador. Isadora se giró y se agachó. Aunque no lo suficientemente rápido. El chico agarró un mechón de su cabello oscuro. Ella gritó y le clavó las uñas en la carne de sus brazos. Presionó un pie en la vitrina y se apartó del mostrador. La fuerza del movimiento la impulsó hacia él.

Entré por la abertura y le di una patada al primer tipo que vi de espaldas. Se inclinó hacia adelante y cayó de rodillas con un gruñido. Otros dos hombres se volvieron hacia mí.

Golpeé al primero con un golpe cortante en el punto blando de su cuello, debajo de la nuez y encima de la punta del esternón. Sus hombros se encorvaron y su barbilla cayó sobre su pecho. Di un paso hacia mi derecha y luego le di una patada en el costado de la rodilla izquierda, doblándola. El tipo cayó con fuerza de costado.

Michael había soltado el cabello de Isadora y ahora la sujetaba por los tobillos. Tiró repetidamente de ella. Se agarró al otro lado del mostrador. Sus dedos se pusieron blancos. Otro chico se unió a Michael, tiraron de ella y luego la liberaron. Cayó al suelo, logrando crear un cojín para su cara con su antebrazo. Ella gritó cuando recibió la peor parte de la caída.

Otro tipo se acercó a mí y me lanzó un gancho de derecha amplio. Entré y lo bloqueé con mi izquierda. Levanté mi codo derecho y luego lo golpeé en el puente de su nariz. Su cabeza se echó hacia atrás. La sangre se esparció en todas direcciones. Le golpeé el estómago con el puño. Se inclinó hacia adelante. Agarré su nuca y le golpeé la cara con la rodilla, luego lo descarté a un lado.

Nadie se interpuso entre Isadora y yo. Me lancé hacia ella.

Y luego me sentí trastornado. Pasé un segundo en el aire y luego aterricé de costado. Afortunadamente era el lado izquierdo. Desafortunadamente, el dolor se irradiaba desde mi cadera y sentía la pierna entumecida.

No tuve mucho tiempo para entender lo que había sucedido. Unas manos rodearon mis brazos y me levantaron del suelo. Me empujaron contra la vitrina y golpeando mi frente con tanta fuerza que rompió el cristal. Y, a juzgar por el rastro de sangre que se deslizó por el estuche, mi frente también se había partido.

—¿Qué está pasando aquí?

Forcé mi cabeza hacia un lado y vi a Esau parado afuera de su oficina, armado con una pistola. Extendió el arma hacia los hombres que me rodeaban. Ellos me liberaron. Los oí retroceder unos metros. Alcancé el mostrador y enderecé mi espalda. Esau asintió hacia mí. Me

di la vuelta, hacia el frente del café, y vi a cinco hombres alineados como linieros ofensivos flacos, con Michael en el medio. Dejé heridas visibles en dos de ellos. Un tercero se sostenía en pie como si le hubiera roto una o dos costillas. Su mariscal de campo, Chris, que había estado ausente hasta ahora, estaba detrás de ellos. Vi a Isadora a través de la línea de matones. El cabello le cubría la mitad de la cara. Chris apuntó su pistola a su sien expuesta.

—Guárdalo, viejo—, dijo.

—Deja ir a mi sobrina—, dijo Esau.

El tipo apretó el gatillo y presionó el cañón contra la sien de Isadora. —Hazlo.

Esaú tembló mientras bajaba su arma.

—Bien—, dijo el hombre. —Ahora, ¿tienes lo que hablamos?

Esau negó con la cabeza. —Como te dije ayer, ya no está.

Chasqueó la lengua un par de veces, amonestando a Esau. —Me temo que tendré que aceptar alguna garantía hasta que la tengas.

—¿Qué estás haciendo? — preguntó Isadora.

El hombre le rodeó los pechos con el brazo y la arrastró hacia la puerta. Uno de los cinco linieros se separó y abrió la puerta. Michael sacó su arma y la mantuvo apuntando al suelo.

—Déjala ir—. Me lancé hacia adelante.

Tres hombres corrieron a mi encuentro.

Apunté al más grande y le metí el pie en la entrepierna. Luego conecté con el chico de la derecha con un gancho amplio. Pero no pude llegar al tercero a tiempo. Se me tiró encima. Chocamos con la vitrina y luego caímos al suelo. Mis costillas lesionadas fueron las más afectadas por la caída.

Los otros dos chicos recuperaron la compostura y, unos segundos después, los tres me inmovilizaron contra el mostrador. Michael dio un paso adelante y me golpeó dos veces. Luego, retrocedió unos pasos y ladeó el brazo. Iba a tomar la delantera con este golpe.

—Salgamos de aquí—, gritó el chico de la puerta.

Michael negó con la cabeza. —La próxima vez, no habrá escasez de tiempo.

Me soltaron. Intenté correr tras ellos, pero di un par de pasos y me desplomé, viéndolos salir a la acera donde se había detenido un sedán blanco último modelo. Empujaron a Isadora hacia atrás. El resto subieron al vehículo y se perdieron de vista.

CAPÍTULO 10

Alik llegó treinta segundos después y casi separó la puerta principal de sus bisagras. Su respiración era rápida, profunda y entrecortada, como si hubiera corrido desde un par de cuadras de distancia. Miró a Esau, a mí y luego a la calle.

—Se llevaron a Isadora—, dijo como si no lo hubiéramos presenciado. Unas cuantas respiraciones después, añadió: —Jack, ¿qué diablos pasó?

Me di la vuelta y le tendí el brazo. Alik se acercó y me ayudó a levantarme.

—¿Estás bien?

Me atraganté con un poco de sangre, tosí y escupí al suelo. —Mas de lo mismo. Estaré bien.

—¿Qué pasó aquí?

Miré a Esau. Se quedó inmóvil, mirando la pistola como si le hubiera fallado.

—Los muchachos de ayer vinieron y comenzaron a destrozar el lugar. Yo estaba afuera cuando llegaron. Los escuché, me levanté y los vi poniéndose duros con Isadora, así que entré corriendo y me enfrenté a algunos. Sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que fui dominado. Esau salió con el arma en la mano. Pero para entonces ya la tenían. Chris le apuntó con una pistola a la cabeza y no nos dejó otra opción. Quizás si hubiera estado armado, o en mejor forma, menos golpeado, las cosas habrían sido diferentes.

—No puedo creer esto—, murmuró Esau, con los ojos bajos y lágrimas en las mejillas.

Ambos nos volvimos hacia él.

Alik dijo: —Tenemos que llamar a la policía.

—No—, dijo Esau, girando la pistola hacia el ruso. —Sin policía. Ahora no. jamás. Estos hombres la matarán si hay el más mínimo indicio de que involucramos a las autoridades.

—Pero es obvio que conoces a estos hombres—, dijo Alik. —Conoces sus identidades, ¿correcto?

Esau miró hacia otro lado y no dijo nada.

—Las autoridades pueden usar esa información, localizarlos a ellos y a Isadora, y llevarla de regreso a casa.

—¿Tienes problemas de audición? — dijo Esau. —Dije que sin policías.

Me puse entre los dos hombres. —Esau, entonces tendrás que ser sincero con nosotros. ¿Quiénes son estos tipos y qué quieren contigo y con Isadora?

Tardó un largo momento en responder. —Fueron tras ella para llegar hasta mí.

—Podemos ver eso—, dije.

—Fueron tras ella—, dijo nuevamente, —para llegar hasta mí.

Miré a Alik. Él se encogió de hombros. No éramos el tipo de personas acostumbradas a interrogatorios suaves. Pero no era probable que usar la fuerza sirviera de algo con el anciano.

—Estoy tan avergonzado—. Esau se dejó caer en una silla. Dejó la pistola sobre la mesa y

luego se tapó la cara con las manos. —¿Cómo dejé que esto sucediera?

—¿Qué dejaste que sucediera? — pregunté. —¿De qué te avergüenzas?

Esau murmuró algo en griego. Miré a Alik, pero él le restó importancia.

Alik dijo: —Si no nos dice la verdad, tendremos que llamar a las autoridades e involucrarlas.

Esau se tapó la cara con las manos y sacudió la cabeza.

Agarré a Alik y lo llevé al frente del café. La calle se extendía en ambas direcciones. Solitaria. Si alguien hubiera presenciado el incidente, habría abandonado el lugar. No podría culparlos. No en un pueblo como éste. Era curioso cómo funcionaba. En una gran ciudad, todos continuarían como si nada hubiera pasado, porque se habrían embotado hasta el punto de ignorar todo lo que los rodeaba. En esta pequeña ciudad, no había suficientes números para brindar ese tipo de anonimato. Sin embargo, todavía se mantenían reservados.

—¿Qué opinas? — preguntó Alik.

—Sin policías—, dije.

Sacudió la cabeza. —Esto es un error.

—Podemos manejar esto.

—¿Nosotros?

—Sí, tú y yo.

—Ni siquiera puedes defenderte. Todo ese trabajo de recuperación ya está deshecho. ¿Cómo crees que derrotaremos a estos tipos?

—He manejado más. Los tipos que conocía eran operativos entrenados.

—Aparte de eso—, dijo Alik. —Ni siquiera sabemos dónde están.

—Es cierto—, dije, mirando su reflejo. —Pero estoy bastante seguro de que Esau sí.

—Y ahora mismo es un tonto balbuceante.

—Él sabe qué clase de hombres somos. Creo que, si le ofrecemos nuestra ayuda, se abrirá.

—¿Y si no lo hace?

Miré por encima del hombro. Esau no se había movido. —Perderá a su sobrina si no lo hace.

El anciano levantó la barbilla del pecho y se descubrió la cara. —Sé dónde están.

CAPÍTULO 11

Esau esperó hasta la tarde. Condujimos su coche hasta su casa y entramos juntos. Una gruesa alfombra verde cubría el suelo de pared a pared. El lugar parecía haber sido amueblado y decorado en los años setenta y nunca actualizado. Me pregunté si la casa estaba amueblada cuando él se mudó o si los muebles y accesorios representaban sus gustos. Olía a café rancio y quemado. Excepto cuando pasé por lo que debió ser la habitación de Isadora. Capté un olor a su fragancia de lavanda.

Esau nos llevó a la cocina, que tenía un par de gabinetes, pisos de linóleo y encimeras que parecían mármol. Sacó un mapa de Creta y la extendió sobre la mesa.

—Aquí es donde estamos—. Esau trazó un círculo con tinta azul. —Y el café está aquí atrás —. Refiriéndose a las playas, agregó: —Por aquí está la zona turística. Van a pasar todo eso. Tal vez veinticinco kilómetros. Justo por aquí hay un carril sin marcar. No aparece en ninguno de los mapas ni en esos dispositivos GPS, pero está ahí. Lo reconocerán por el cartel de madera que está tan erosionado que no se puede leer lo que dice. Giran allí y siguen hasta llegar a un callejón sin salida. En más o menos medio kilómetro hay una casa antigua, la única. Ahí es donde se quedan cuando vienen a la ciudad.

—¿Cómo sabes esto? — preguntó Alik.

Esau dio unos golpecitos con el dedo en el lugar y no dijo nada.

—¿Has estado allí antes? — preguntó Alik.

Esau todavía no dijo nada.

—¿Te han llevado allí antes?

Esau levantó la vista y asintió.

—¿Que está pasando aquí? — dije. —Dinos la verdad.

Mirando al techo, el anciano respiró hondo. —Necesito una bebida. ¿Quieren algo, chicos?

Ninguno de nosotros respondió cuando Esau se levantó y se acercó al mostrador. Destapó una botella, se sirvió la bebida y regresó con un vaso en una mano y un cigarrillo encendido en la otra.

El humo se arremolinó y se extendió. Resistí la tentación de pedir uno.

Le dije: —En el café dijiste que todo esto era culpa tuya y que estaban usando a Isadora para llegar a ti.

Chupó la colilla del cigarrillo y dijo: —Sí.

—¿Podrías explicar?

—Tengo una deuda.

—¿Puedes pagarla?

—No en este momento.

—¿Podrás pagarla?

Él miró hacia otro lado. —Eso espero.

—Digamos que no puedes—, dije. —Digamos que rescatamos a Isadora y, al hacerlo, tenemos que eliminar a un par de sus hombres. ¿Qué pasará mañana cuando descubran que se ha ido? ¿Cuándo encuentren a sus muchachos muertos?

—Supongo que regresan.

—Y esta vez la matarán.

Sus ojos brillaron y sus labios temblaron. El cigarrillo oscilaba en su mano temblorosa.

—Si aún no lo han hecho—. Equilibré mi silla sobre sus patas traseras. —¿Bien?

Esau asintió una vez. Una lágrima se deslizó por su mejilla. Me pregunté si temía que Isadora ya estuviera muerta.

Alik dijo: —¿Cuánto dinero debes?

Esau no respondió la pregunta. —Tienen que darse prisa. Estamos perdiendo el tiempo hablando de esto.

Miré la ventana oscura. —Perdimos el tiempo esperando hasta la noche.

—No—, dijo. —Habrían estado vigilando el camino. Lo habrían sabido y habrían caído en una trampa.

—Por alguna razón—, dije, —siento que ahora estoy en una.

—Por favor, tráiganla. Tráiganla de regreso aquí y organizaré un transporte seguro para ustedes tres. Mañana me ocuparé de los hombres yo solo.

Miré a Alik. Se mantuvo estoico. No pude leer su rostro. Parecía que quería dejarme la decisión a mí.

—Está bien—, dije. —Tu pistola, ¿la traes?

Esau asintió, se puso de pie, se levantó la camisa y luego sacó la pistola de su cintura. La puso sobre la mesa junto a Alik. El ruso levantó una ceja en mi dirección.

—Tómala—, le dije.

—También tengo esto—. Esau se dio vuelta y fue a la cocina. Se abrió un cajón. Hojeó los papeles. Unos momentos después regresó con un bate de madera. Lo deslizó sobre la mesa hacia mí.

Era viejo y desgastado. Abollado en algunos puntos. Una pequeña grieta corría de arriba hacia abajo.

—Una buena pieza—, dije.

—Era mío—, dijo Esau. —Durante la guerra.

—Tiene un poco de uso.

Él sonrió. —En aquel entonces, a esos seis hombres les habrían roto el cráneo y habríamos arrojado sus sesos al mar.

Me levanté y agarré el bate. Asumiendo una postura de lucha, lo equilibré en cada mano. —Me aseguraré de que lo recuperes, junto con tu sobrina.

Alik y yo nos dirigimos a la puerta principal. Reduje la velocidad cuando pasamos por la habitación de Isadora. La puerta estaba entreabierta, pero las luces estaban apagadas. Una pared invisible de su olor fue un bienvenido respiro del olor de la casa.

—Espera—, gritó Esau. Regresó a la cocina y luego regresó con dos pequeñas linternas. —No sé si esa casa tiene electricidad o no.

Encendí y apagué la mía. No era poderosa, pero claro, sólo necesitaba ver unos metros más adelante.

Alik tomó las llaves del auto de Esau y el asiento del conductor. Bien por mí. Todavía me dolía la cadera izquierda y el coche tenía cambio manual. Encendió el motor y retrocedió por el

camino de grava. El mismo con el que había acompañado a Isadora la noche anterior.

Como la noche anterior, estaba completamente oscuro. La luna se escondió detrás del horizonte. Encendí mi linterna y estudié el mapa.

—¿Qué tan lejos? — preguntó Alik.

Calculé la distancia. —Deberíamos estar allí en unos diez minutos.

—¿Crees que deberíamos estacionarnos al costado de la carretera y caminar por el carril no marcado?

—Dijo que era medio kilómetro, ¿verdad?

Alik asintió.

—Nos tomaría cinco minutos más o menos. Probablemente sea una buena idea. Si alguien está patrullando, es posible que lo escuchemos.

Pasamos por otro pequeño pueblo. Algunas farolas proyectan luces anaranjadas en el suelo. Un par de niños pasaban el rato cerca, fumando algo. Intentaron ocultarlo cuando pasábamos.

—¿Fumabas hierba cuando eras niño? —pregunté a Alik.

—¿Qué?

—Marihuana.

—No—. Hizo una pausa. —¿Tú?

Me encogí de hombros. —Tal vez.

—¿Realmente importa?

—Supongo que no. Buscaba conversación, eso es todo.

Pronto estábamos otra vez en la oscuridad. Vi un camino estrecho de tierra en el momento en que lo pasamos.

—Creo que ese era.

—¿Dónde?

—Allá atrás.

—Mierda.

—Simplemente detente aquí.

—¿Debería volver?

—No. Si alguien está escuchando, podría pensar que es extraño que un automóvil pase, se detenga y dé la vuelta. Simplemente avanza unos cientos de metros más y detente.

Unos segundos después nos detuvimos. Alik apagó el motor. El tictac del carro apenas se oía entre los sonidos de los insectos.

—¿Crees que notaron que el auto se apagó? — preguntó Alik.

—Depende de dónde estén—, dije. —Si están en la casa, dudo que se hayan dado cuenta de que pasamos por allí.

Tenía mis dedos en la manija, a punto de salir, cuando un auto se detuvo detrás de nosotros.

CAPÍTULO 12

Alik sacó la pistola de su cintura y miró por el espejo lateral. No había espejo del lado del pasajero y los ángulos de los demás estaban desviados, así que miré al frente y confié en él por unos momentos. Los faros nos iluminaron a nosotros y a la maleza circundante. La puerta de un coche se abrió y se cerró de golpe. El vehículo detrás de nosotros quedó encendido.

Alguien se acercó hablando en griego. Tuve cuidado de prestar atención a mi lado del auto por si alguien se acercaba, usando la maleza como cubierta. El hombre apareció en la ventana de Alik. Su cabello era blanco. En la penumbra, las sombras profundizaban sus arrugas. Habló, pero yo no tenía idea de lo que dijo. Sin embargo, su sonrisa y su tono me tranquilizaron.

Alik respondió lentamente en griego. El viejo se enderezó y se puso las manos en las caderas. Me incliné y lo vi mirar hacia arriba y hacia abajo en el camino. Se inclinó de nuevo.

—¿Está seguro? — Habló en inglés, al mismo ritmo que Alik.

—Sí—, dijo Alik. —Estamos bien. Simplemente paré porque estábamos en medio de un intenso debate.

El hombre me miró, luego sonrió a Alik y se dio la vuelta.

Me pregunté si la llegada de otro coche, los portazos, el viejo hablando, si todo eso habría alertado a los hombres de la casa sobre nuestra presencia.

—Esto está jodido—, dijo Alik. Se quedó mirando por el espejo retrovisor, obviamente compartiendo mis preocupaciones.

—Nos mantendremos discretos por un momento—, dije. —Bájate del auto y espera al otro lado de la carretera durante quince minutos. Si no vienen, entonces nadie prestó atención.

Permanecimos adentro hasta que el viejo se alejó. La zona se oscureció y cayó la noche. El constante zumbido de los insectos volvió a elevarse. Después de salir del auto de Esau, cruzamos la carretera y bajamos hacia el desvío. Encontramos una hilera de setos y nos refugiamos detrás de ellos.

Pasaron quince minutos. Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad. No había señales de actividad en la carretera ni en el carril que conducía a la casa. No había voces arrastradas por el viento. No había luces en el suelo.

—Vamos—, susurró Alik.

Tomó el lado izquierdo. Yo me quedé a la derecha. Pasamos por el poste de madera y la señal que Esau había mencionado. Mantuvimos entre dos y tres metros de distancia entre nosotros. Estábamos lo suficientemente cerca para escuchar al otro susurrar y darnos cuenta cuando se detuviera.

Me sentí expuesto ahí fuera sin nada más que el viejo bate de madera como protección. Demonios, no estaba seguro de que se pudiera confiar en que la pistola que Esau le había prestado a Alik dispararía cuando se apretara el gatillo. Por lo que yo sabía, ambos teníamos

armas de contacto. No servirían de nada si los hombres vinieran hacia nosotros con pistolas y rifles. Incluso los bates de béisbol les darían una ligera ventaja. Si supieran utilizarlos, al menos.

El camino continuaba más allá de los arbustos. A ambos lados había campos cubiertos de maleza que se movían con el viento. La casa se alzaba a lo lejos. Una estructura cuadrada de un solo piso. Estaba demasiado oscuro para saber en qué condiciones se encontraba. Las ventanas estaban a oscuras. No parecía tener garaje y no había coches aparcados delante.

Alik llamó mi atención y nos indicó que nos mudáramos a la parte trasera de la casa. Seguí su ejemplo. Tampoco había coches atrás. Debieron haber dejado a Isadora aquí con un par de hombres y luego se fueron.

O habían dejado su cadáver aquí.

Al estar a más de trescientos metros de la carretera y sin vecinos, la casa era el tipo de lugar en el que se podía torturar y matar y nadie se enteraría jamás.

Alcancé a Alik. —Acerquémonos y revisemos las ventanas.

Atravesamos el césped hasta la esquina trasera de la casa. Dimos la vuelta en el sentido contrario a las agujas del reloj. Las ventanas estaban oscurecidas por cortinas. Encender nuestras linternas para mirar a través de las rendijas estaba prohibido. Llamaría la atención. Pero intervino la suerte. Al otro lado, una de las ventanas había quedado abierta. Nos quedamos allí durante cinco minutos, escuchando. No hubo ningún sonido desde dentro.

—Cúbreme—. Subí la ventana y abrí las cortinas. Lo mejor que pude ver fue que la habitación estaba vacía. —Voy a entrar.

Alik se acercó detrás de mí, con la pistola extendida, listo para empujarla por la abertura si alguien venía por mí.

Subí y rodé hasta el suelo con el bate en la mano. Me ardieron las costillas y la cadera. Enterré el dolor. Hacía calor adentro y olía a basura.

Esperamos conmigo adentro y Alik afuera por unos minutos más. Nadie se acercó. La puerta de la habitación no se abrió. Todo permaneció quieto. Mis ojos se acostumbraron y aparecieron algunos contornos oscuros de muebles.

—Está despejado—, dije.

Alik subió y encendió su linterna después de cubrirla con la cortina de la ventana en un esfuerzo por reducir el brillo. Proporcionó suficiente luz para ver unos metros más adelante. Probablemente hizo que la ventana brillara desde afuera. Paseó por la habitación. Había una cama, una cómoda y un montón de basura en el suelo, pero nada más. Enfocó el haz difuso en la puerta. La abrí. Alik metió el brazo. Esperamos y luego ambos entramos a una habitación abierta.

Había un sofá volcado cerca de la pared del fondo. El contorno de una cocina contra la pared del fondo y al lado una mesa de cocina desnuda.

Y dos puertas cerradas frente a donde estábamos.

—¿Cuál? —susurró Alik.

Encendí la luz y apunté hacia la izquierda. Me dirigí hacia allí.

Alik me agarró del hombro. —¿Estás preparado para lo que podríamos encontrar allí?

—Sí.

Giré el pomo y abrí la puerta. La habitación olía a carne en descomposición. Me dio náuseas. Tuve que retroceder y tragar aire antes de entrar. Empujé mi linterna en el hueco y quité la tela de la lente. Había tres bolsas de basura negras en el suelo, en medio de la habitación. Nada más.

Alik se acercó, agarró una y la arrojó al suelo. Se derramó basura suelta. Las moscas zumbaban y los gusanos se arrastraban. Derramó la segunda bolsa y luego la tercera. Había papeles, carne podrida, restos de comida, platos de papel. Algunas cosas podrían haber estado

allí durante meses.

Pero no había cuerpos.

Salimos de la habitación y cerramos la puerta, ambos con los antebrazos sobre la boca para silenciar la tos y las arcadas.

—De ninguna manera hay alguien aquí—, dije. —Ya habrían salido.

Alik se obligó a tragar mientras se dirigía hacia la última puerta. La abrió un poco y apuntó su pistola en el hueco.

—Quienquiera que esté ahí, lo tenemos rodeado—, dijo.

Nadie respondió.

Colocó su linterna encima de la pistola y abrió la puerta de una patada. Esperé a unos metros de distancia mientras él entraba en la habitación. Preparé mi mente para lo peor. Alik saldría sacudiendo la cabeza y evitando el contacto visual. Me diría que la mataron, sin darme detalles de cómo.

Y como un tonto, pasaría corriendo junto a él para comprobarlo por mí mismo.

La puerta se abrió con un chirrido. Le apunté mi luz. Alik salió, sacudió la cabeza y respiró hondo. Me miró.

—Escúpelo—, dije.

—Vacía—, dijo.

—Mierda—. El alivio me invadió. El sudor de mi piel se sintió frío por un segundo.

Lo rodeé y miré dentro de la habitación. Cuatro paredes lisas y el subsuelo desnudo, ennegrecido por el moho. La alfombra había sido arrancada y habían quedado tiras de tachuelas. Los clavos sobresalían como un dispositivo de tortura medieval. Aparte de eso, nada. ¿Dónde estaba ella? Habíamos recorrido la casa y no encontramos nada. Me di vuelta, pasé junto a Alik y me paré en el medio de la habitación. Alik estaba mirando hacia arriba.

—¿Ático? — pregunté.

—No vi ningún acceso—, dijo.

—No revisé la habitación por la que entramos.

Regresamos por donde entramos. Yo estaba balanceando mi linterna por el suelo, las paredes y el techo. Quizás nos habíamos perdido muchas cosas al acechar por la casa.

Alik entró en la habitación delante de mí. Su luz lo iluminó. Se giró para encontrarme.

—Nada—, dijo.

—La estructura—, dije. Entonces pensé en otra cosa. —Ven conmigo.

Regresé al centro de la sala principal, me detuve y lo esperé.

—¿Qué? — preguntó.

Levanté la rodilla y la mantuve en el aire un momento. Mi cadera se tensó por el dolor. Me dolía muchísimo la pierna derecha. Supuse que me había vuelto a lesionar una de las fracturas. Pero no afectó mi equilibrio, así que me quedé quieto por un segundo, luego presioné mi pie contra el suelo como si estuviera tratando de romper las tablas sobre las que estábamos.

El sonido era hueco y suave. Si estuviéramos sobre una losa, habría sido sólida. El suelo reverberó bajo la fuerza de mi patada.

—¿Escuchas eso? — pregunté. —¿Entiendes?

Alik asintió lentamente, como si él también lo entendiera.

—Hay un espacio debajo de nosotros—, dije.

—¿Dónde está el acceso al sótano? — dijo.

Volví sobre nuestros pasos alrededor de la casa. No nos habíamos separado. Nuestra falta de potencia de fuego lo impidió. No había visto una puerta afuera que condujera al subsuelo, y Alik

tampoco. Las únicas dos puertas estaban delante y detrás y desde donde estábamos en el medio de la habitación teníamos una línea de visión hacia ambas.

—¿Podría ser en el campo? — dijo Alik.

—¿Por qué?

—No sé—. Echó la cabeza hacia atrás y miró al techo como si la respuesta estuviera pintada con aerosol allí. —No se me ocurre ninguna razón por la que alguien quisiera un túnel hasta un sótano.

—Sólo una salida—, dije. —Pero si ese fuera el único método de entrada y salida, frustraría el propósito.

—¿Cuál?

—Una forma de escapar. Piénsalo. Estos hombres no están exactamente alineados en el lado correcto de la ley, ¿verdad? Por lo tanto, tiene sentido que quieran algún tipo de forma de escapar sin ser vistos. Entonces, un túnel que salga del sótano tiene sentido. ¿No?

—Pero, ¿cómo llegan allí?

—Exactamente.

—Está bien, entonces descarta esa idea—. Alik entró en el área de la cocina. Movió sillas, empujó la mesa contra la pared y pisoteó el suelo. —¿Qué nos falta?

—No sé. El lugar no es tan grande.

Caminé a su lado y miré el área de cocina. Había una estufa de dos fuegos. Espacio en el mostrador. Un solo lavabo. La suciedad cubría los accesorios. Un par de armarios habían sido clavados apresuradamente a las paredes. Alguien los había pintado de negro en algún momento. La pintura estaba rayada y descolorida.

Alik abrió los armarios. Estaban vacíos.

—La nevera—, dije.

Se puso delante de ella.

—Está torcida—, dije.

La agarró y la retiró. —Hijo de puta.

CAPÍTULO 13

—Ahí está nuestra entrada.

La puerta tenía metro y medio de alto y setenta centímetros de ancho. Tenía un cerrojo y una cadena y se abría hacia adentro. Alik comprobó la manija y la puerta no se movió.

—Ayúdame a quitar este refrigerador del camino—, dijo Alik.

Lo arrastramos por el suelo y lo dejamos junto a la mesa. Alik corrió hacia adelante y lanzó una patada frontal que aterrizó junto al pomo. La puerta y el marco se astillaron, se agrietaron y se separaron. El trozo de madera chocó con fuerza contra la pared. Las bisagras crujieron mientras saltaban hacia nosotros.

Alik bajó primero las desgastadas escaleras. Yo estaba detrás de él. El aire olía a humedad. Mis dedos trazaron la pared resbaladiza por la condensación. La luz de Alik apuntó hacia abajo. La mía al lado. Mientras yo revisaba el techo, Alik estaba revisando el suelo. Tomé los pasos restantes de dos en dos.

—¿Dónde diablos está ella? — dijo Alik.

El estrecho espacio entre las escaleras y la pared exterior no era lo suficientemente grande para nosotros dos y Alik no se movía. Así que lo empujé hacia adelante y luego lo pasé cuando entramos al sótano. El suelo era de cemento en algunos puntos. Suciedad en otros. El aire estaba estancado. Goteaba agua por las paredes en un par de puntos, convirtiendo el suelo en barro donde caía.

En medio de la habitación había una silla volcada. La cuerda estaba atada a la espalda. La habían cortado. Pero eso no era lo peor. A unos metros de distancia, debajo de donde estaba la puerta trasera sobre nosotros, vi una camisa. Una blusa blanca con hilo rojo entretejido en los botones. Algunos botones ya no estaban pegados a la camisa. Los vi esparcidos por la habitación mientras enfocaba mi luz en el suelo. El hilo tampoco era lo único rojo en la blusa. Había vetas de sangre y salpicaduras. La recogí, la acerqué a mi cara e inhalé.

—Lavanda.

—¿Qué? — preguntó Alik mientras caminaba hacia mí.

—Isadora llevaba perfume de lavanda. O, mejor dicho, estaba en su champú, pero su cabello caía sobre sus hombros. Dejó la fragancia en su camisa.

Él asintió, se giró e iluminó con su linterna el espacio debajo de las escaleras. Dio unos pasos, se inclinó y recogió algo.

—¿Qué es eso? — pregunté.

Se giró y me dio un papel amarillo, sucio y doblado. Lo tomé y sostuve mi luz sobre él.

—¿Un folleto?

—Eso parece.

—Está escrito en griego—. Se lo devolví a Alik. —¿Qué dice?

—Apenas puedo hablar el idioma. ¿Crees que puedo leerlo?

—Mejor de lo que puedo.

Estudió el papel durante unos momentos, desdoblándolo y redoblándolo. Golpeó el frente. —Algo médico. Creo que es una especie de clínica.

Recogí el folleto, lo desdoblé, lo estudié y lo volví a doblar. Había algo garabateado con lápiz en la parte de atrás.

—¿Alguna idea de lo que dice eso? —pregunté.

Alik negó con la cabeza. —No puedo distinguir la mayor parte de la impresión. ¿Crees que puedo descifrar la letra?

No estábamos llegando a ninguna parte, así que doblé el folleto en tres y lo guardé en mi bolsillo trasero. Mirando alrededor de la habitación, me pregunté si habríamos visto a Isadora por última vez. La sangre de su camisa se había secado. Se la habían arrancado hacía un rato. Llevábamos al menos un par de horas de retraso. Y no teníamos idea de dónde podrían haberla llevado.

Alik dirigió el camino escaleras arriba. Preparamos la puerta para que no se abriera y reposicionamos el frigorífico delante de ella. Caminamos por la casa por última vez en busca de cualquier cosa que pudiera indicar a dónde habían ido. Pero al final no encontramos nada.

Al salir por la puerta trasera, me golpeó el aire húmedo y el suave zumbido de los insectos. Pensé que tal vez había oído olas rompiendo. Pero sólo ocurrió dos veces. Y el sonido vino del norte. Lo cual era la dirección equivocada considerando que estábamos en el lado sur de la isla.

—Coches—, dije.

—Lo sé—, dijo Alik.

Nos quedamos en el campo hasta llegar al matorral. Era demasiado espeso para caminar, así que tomamos el camino de tierra y nos mantuvimos cerca del costado hasta llegar a la carretera principal. Estaba completamente oscuro. Nos turnamos para mirar hacia atrás con la esperanza de poder ver si un automóvil se acercaba antes de ser vistos primero. Los matorrales podían lastimar al entrar en ellos, pero era mejor que ser atrapado por los tipos que se habían llevado a Isadora.

No pude evitar pensar que permitir que eso sucediera podría ser la mejor opción, considerando que no teníamos idea de a dónde habían ido.

Llévame con ella. Por favor. Te haré pagar.

El coche permaneció donde lo habíamos dejado. Mi ventana estaba bajada una pulgada. La de Alik estaba subida por completo. Entramos y cerramos las puertas. No estaban aseguradas, pero las aseguraríamos mientras conducimos para reducir los efectos del sonido en la noche tranquila.

Alik giró la llave en el contacto. El pequeño motor aceleró a toda velocidad y luego se ajustó. Soltó el embrague, presionó el acelerador y arrancamos. Pero el movimiento fue entrecortado y sonó como si una manada de caballos galopara detrás de nosotros.

—Mierda—, dijo, deteniéndose al costado de la carretera.

Abrí la puerta y puse un pie en el suelo antes de que nos detuviéramos. Dirigí mi luz hacia la parte trasera del auto. Salí, revisé el frente. Caminé alrededor del parachoques y revisé el lado del conductor. El frente estaba bien.

Pero el neumático trasero del lado del conductor no tanto.

Alik bajó la ventanilla y asomó la cabeza por la abertura.

—¿Desinflada?

—Sí—. Pasé junto a él, me arrodillé junto al neumático y lo rodeé con la mano. —Podría

estar equivocado, pero siento como si alguien lo hubiera hecho.

Alik salió. Cerró la puerta de golpe y luego la pateó. —¿Crees que fueron ellos?

—Tal vez.

—Pasaron por allí, vieron un auto, ¿tal vez sabían que era el de Esau?

—Creo que, si supieran que era de Esau, nos habrían visitado.

—¿Fueron los niños entonces?

—Tal vez.

—Escuchamos pasar un par de autos cuando salimos de la casa, ¿verdad?

—Preferí pensar que eran olas, pero sí, los escuchamos.

—¿Crees que podrían haberlo hecho?

—Tal vez.

—¿No se te ocurre nada más qué decir, Jack?

—¿Qué decir, hombre? Alguien cortó el neumático. No los vimos. Por lo que puedo decir, se han ido. Si hubiera sido alguien con malas intenciones, nos habrían atacado mientras estábamos aquí quejándonos.

—Mierda—. Alik volvió a patear el costado del auto, luego metió la mano dentro y sacó las llaves. Abrió el baúl y sacó una pequeña rueda y una bolsa de herramientas.

Cuando terminamos de cambiar la llanta, el sudor me goteaba por la cara. Sentí la boca seca. No importaba que el aire estuviera fresco. La humedad dominó.

—¿Ahora qué? — dijo Alik.

—Supongo que devolvemos el coche—. Bajé la ventanilla y me incliné hacia el viento mientras Alik giraba el coche y aceleraba. —Y darle a Esau las malas noticias.

CAPÍTULO 14

Esau no tomó bien la noticia. Abrió la puerta y nos vio a los dos parados allí. Se puso de puntillas y estiró la cabeza de lado a lado. Luego se recostó, se le humedecieron los ojos y se le hundieron los hombros. Miró al suelo.

—Lo siento, Esau—, le dije.

Estaba sacudiendo la cabeza cuando nos cerró la puerta.

Llevamos el coche de regreso a la ciudad y lo dejamos en la calle cerca del café. Luego dormimos.

Me desperté después del amanecer, usando la misma ropa de la noche anterior. Mi cuerpo estaba rígido y lleno de dolores. Mis costillas estaban visiblemente magulladas. También mi cadera. Tenían un color negro y azul doloroso al tacto. Me estiré y después de unos minutos caminé pesadamente de mi habitación a la sala de estar. La ventana estaba abierta, pero el aire estaba en calma. Alik estaba de pie junto al mostrador, tomando café y dando vueltas a los huevos en una sartén.

—¿Tenías ganas de cocinar esta mañana? — pregunté.

—El café todavía está cerrado—, dijo.

—¿Te importaría hacerme algunos de esos?

Levantó la sartén y vertió tres huevos con las yemas intactas en un plato. El vapor atrapó una franja de luz solar y se elevó en volutas arremolinadas.

—Estos son para ti.

Serví una taza de café y agarré el plato del mostrador mientras la taza de cerámica me quemaba las yemas de los dedos. Dejé ambos sobre la mesa y me senté en una silla. Tomé unos cuantos sorbos de café y la niebla se disipó. Un par de bocados de comida y el dolor de estómago desapareció. El resto de mis dolores permanecieron.

Alik se sentó y hundió la cara entre las manos por un momento. Luego me miró y me preguntó cómo estaba la comida. Asentí y gruñí mientras le daba un mordisco. Alik asintió en respuesta.

—Estoy preocupado por Esau—, dijo.

—Yo también—, dije, tal vez con demasiado huevo en la boca. Sentí que un trozo me golpeaba la barbilla camino a la mesa.

Estaba sacudiendo la cabeza mientras miraba hacia otro lado por un momento. —¿Y si estuvieran ahí fuera, Jack?

—¿Dónde? ¿En la casa?

—El camino. Lo suficientemente lejos para no haberlos visto, pero ellos pudieron vigilar el auto. Mirándonos. Viéndonos mientras cambiábamos el neumático. Luego nos siguieron de regreso a su casa.

—También se me pasó por la cabeza.

—Y ahora Esau no está aquí. Siempre llega temprano.

—Las situaciones explican eso—. Me lavé la boca con café y dejé la taza. —Yo diría que las cosas son diferentes ahora. Su atención se centra en Isadora, no en su negocio.

—¿Crees que deberíamos comprobar cómo está?

Metí los últimos restos de huevos en mi boca y asentí. —Necesito cambiarme primero.

Alik se levantó y cogió las llaves. —Apúrate.

Me lavé la cara con un poco de agua y luego me puse un par de pantalones cortos color canela y una camisa a cuadros azul y blanca. Alik estaba esperando en el pasillo cuando salí del baño. Me puse un par de sandalias. Bajamos apresuradamente las escaleras y revisamos el café para ver si Esau había entrado. Las luces y el equipo estaban apagados. La oficina vacía.

Salimos por la entrada lateral. Eché un vistazo. Había algunos viejos esperando afuera de la puerta del café. Fumaban, bromeaban, se apoyaban en el cristal y parecían relajados. A veces se descartaban horarios en el pequeño pueblo. Ellos lo sabían. Estaban de acuerdo con eso. Es una de las razones por las que se quedaron cuando sus hermanos y amigos se fueron en busca de oportunidades en otros lugares.

El coche quedó donde lo habíamos dejado, con una esquina más cerca del suelo debido a la rueda de repuesto. Pero al menos todos los neumáticos parecían llenos de aire. Alik saltó y lo puso en marcha. La casa de Esau no estaba situada lejos de la ciudad, por lo que el viaje solo tomó un par de minutos. El aire cálido entró en el coche y me invadió. Fue lo más cerca que estuve de ducharme por un tiempo.

La grava crujió bajo las ruedas cuando tomamos el camino de entrada. El anciano abrió la puerta antes de que bajáramos del auto.

—Me preguntaba cuándo aparecerían—, dijo, cerrando la puerta de entrada detrás de él. Se giró e insertó una llave y luego cruzó cojeando el patio.

Salí y deslicé mi asiento hacia adelante para que él pudiera sentarse atrás.

—¿Esta todo bien? — pregunté.

—¿Eh? — dijo.

Miré su pierna. —Estás cojeando.

—Ah, sí, me pasa de vez en cuando. Vieja herida de la guerra.

—Un día tendrás que contarme todo sobre esa guerra.

Él asintió y no dijo nada.

Dije: —Después de que recuperemos a Isadora, por supuesto.

Esau se detuvo y me miró fijamente con una débil sonrisa plasmada en su rostro. Luego se subió al coche.

—He hecho algunos arreglos—, dijo Esau.

—¿Qué arreglos? — pregunté.

—Armas para ustedes dos. Las cosas aquí son una locura. Y aunque preferiría sacarlos de la isla, necesito demasiado su ayuda. Obviamente, no puedo hacer esto solo.

—¿Cuándo llegarán aquí?

—Mas tarde, hoy. En el peor de los casos, mañana.

—Mañana podría ser demasiado tarde—. Volví a mirarlo. —Diablos, ahora mismo podría ser demasiado tarde.

Esau miró hacia otro lado. Sus labios se apretaron. Ninguno de nosotros quería pensar en ello, pero estaba ahí. Alik y yo lo habíamos visto, se lo habíamos contado a Esau y eso fue todo. Cada minuto que pasaba significaba que estábamos más cerca de descubrir que Isadora no lo

logró.

Alik se detuvo frente al café. La multitud miró el coche y luego a nosotros. Empujaron el cristal cuando vieron a Esau. Se dieron palmaditas en el vientre y a él le dieron palmadas en la espalda.

Esau los retiró como animales salvajes mientras abría la puerta principal. Los ancianos entraron arrastrando los pies y se sentaron en las mesas.

Las cosas cambiaron rápidamente. El día anterior nadie quiso entrar. Ahora no podían esperar. ¿No habían oído hablar de Isadora? ¿No lo habían visto? Quizás esa era la razón por la que estaban allí. Estas personas no eran sólo clientes, eran amigos de Esau. Habían aparecido para apoyar al anciano.

Esau salió de la oficina, fue detrás del mostrador y encendió la parrilla. Sacó bocadillos del frigorífico y los puso en platos. Empezó a preparar unas cuantas tazas de café. Después de unos minutos, tenía varios platos sobre el mostrador, cada uno con una taza que lo acompañaba. Entonces Esau volvió a entrar en la oficina.

Los ancianos se acercaron al mostrador, tomaron un plato, dejaron algo de dinero junto a la caja registradora y regresaron a sus mesas. Los tenedores chocaban con los platos. Las tazas fueron levantadas y depositadas con golpes suaves. Las sillas raspaban el suelo.

Las campanas que colgaban de la puerta principal tintinearon. Lancé una mirada. Entró un niño de unos diez u once años. Se paró justo dentro de la entrada, saltando sobre un pie y el otro como si necesitara una invitación para usar el baño o fuera a orinar por todo el suelo.

Esau volvió a salir de la oficina. Después de algunas bromas rápidas con uno de los hombres, vio al niño y se quedó inmóvil.

Los ojos del niño se abrieron como platos, asintió y sacó un sobre doblado de su bolsillo. Se apresuró a acercarse a Esau y se lo entregó. Esau miró fijamente el sobre blanco por un momento mientras el niño se giraba y corría hacia la puerta. Esau extendió la mano, pero falló. El chico pasó corriendo a mi lado. No hice ningún intento de detenerlo.

Esau se acercó a la mesa arrastrando los pies con el sobre en la mano. Lo sostuvo a centímetros de distancia de su cuerpo. Su rostro estaba tenso. Sus ojos sin parpadear. Se dejó caer en la silla frente a la mía.

Miré la puerta mientras se cerraba. El niño se había perdido de vista a toda prisa. ¿Dónde estaban los hombres que lo habían enviado? Me levanté, listo para ir a comprobarlo.

—Espera—, dijo Esaú. Su voz era débil. Se aclaró la garganta. —Espera un momento. Por favor.

En ese momento, Alik se había unido a nosotros. Esperamos a que el anciano abriera el sobre o lo entregara a uno de nosotros para que lo hiciéramos. Después de unos segundos, abrió la solapa y sacó un trozo de papel amarillo arrancado de un cuaderno de espiral. Pequeñas etiquetas de papel deshilachado se alineaban en la parte superior. La carta estaba escrita a lápiz.

Esau murmuró mientras la leía. Luego se tapó los ojos y sacudió la cabeza.

—¿Qué dice? — pregunté.

Esau no dijo nada.

Asentí hacia Alik. Le quitó el papel a Esau y lo miró fijamente.

—¿Bien? — pregunté.

—No estoy seguro de lo que dice aparte de los números—, dijo Alik.

Esau dijo: —No tengo esa cantidad de dinero.

Lo primero que pensé fue que Isadora estaba viva. Mi segundo pensamiento fue ¿cuánto dinero?

—Están pidiendo el equivalente a quinientos mil dólares estadounidenses.

—No te pedirían eso si no pensaran que lo tienes—, dije. —Entonces, ¿por qué creen que lo tienes?

Él no dijo nada.

—Esau, ¿qué hiciste?

—Y eso no es todo—, dijo Esaú, ignorando la pregunta. —Dice que quieren que el buen samaritano se lo entregue. Solo.

Miré a Alik.

Él dijo: —Ese eres tú, Jack.

—Me lo imaginé—. Señalé el papel que había sido colocado sobre la mesa. —¿Dónde?

—No lo dice—, dijo Esau. —Solo menciona que nos avisarán alrededor de las siete.

Miré mi reloj. Eran las ocho y media de la mañana. —Entonces esta noche. ¿Puedes ver si tu contacto puede llegar antes?

Esau asintió.

—Una cosa más—, dije.

—¿Qué? — dijo Esau.

—Si quieres que siga adelante con esto, necesito más detalles.

Esau miró a su alrededor, asintió y se levantó. —Vengan a mi oficina. Ustedes dos.

CAPÍTULO 15

Era la primera vez que estaba en la oficina del café. Olía a café rancio y a donuts. Cuatro pequeñas ventanas con paneles permitían la entrada de luz. No había mucho en la habitación. Un viejo escritorio de madera, atestado de varias pilas de papeles, algunas de hasta veinte centímetros de alto. Un viejo monitor de computadora en un extremo, colocado en ángulo. Una planta moribunda al lado. Un gran calendario de escritorio apuntaba al mes equivocado. Eso no importó mucho. El calendario en sí tenía tres años. Había garabatos por todas partes. Nombres y lugares, pensé. Números de teléfono de todo el mundo.

Esau rodeó el escritorio y se sentó en una destartalada silla de oficina. Alik y yo nos sentamos frente a él en sillas plegables de metal a las que les quedaba poco acolchado en el asiento. La barandilla de metal se clavó en mi espalda. Me moví hasta que logré cierto nivel de comodidad.

—Yo tenía dieciséis años en 1949—, dijo Esau. —Mi mejor amigo, Kostas, tenía diecinueve años. Era como un hermano mayor para mí. Se alistó en el ejército helénico para luchar en la guerra contra las fuerzas del DSE—. Hizo una pausa, nos miró a cada uno de nosotros y añadió: —Fue la Guerra Civil. Los comunistas, incluidos los soviéticos, respaldaron al DSE y al Partido Comunista Griego.

—He visto documentales—, dije. —No fue el momento más agradable para tu país.

Esau negó con la cabeza. —No, no lo fue. Cristo, ¿lo fue para algún país? De todos modos, Kostas se unió y llegó a tiempo para la Batalla de Leonidio. Y bueno, me escribió y quedé fascinado. Quería ser parte de ello. Así que mentí y les dije que era mi hermano y que en ese momento habría tenido diecinueve años si no se hubiera ahogado el verano en que yo tenía diez. En aquella época necesitaban hombres y no cuestionaban ese tipo de cosas. Al día siguiente, me enviaron a entrenar. Al cabo de un mes, me reuní con Kostas y estuve presente en dos de las tres batallas finales.

—Está bien. ¿Qué tiene esto que ver con...?

—Estoy llegando a eso—. Esau tomó un sorbo de su taza, la dejó y cruzó las manos sobre el regazo. Se reclinó en su silla y cerró los ojos. Las arrugas de su rostro disminuyeron. —Todavía puedo recordar las cosas que hicimos. Compatriotas matando a compatriotas. Peor que eso, a veces. Cosas indescriptibles. ¿Tu documental cubrió eso?

Abrió los ojos. Estaban cubiertos por una fina película de niebla.

Había visto suficientes cosas durante mi tiempo en la guerra que no necesitaba que él me contara los detalles. Asentí. Vi a Alik hacer lo mismo.

Esaú le devolvió el gesto. —Nunca nos separamos durante esas batallas. Habíamos hecho un pacto, si uno de nosotros moría, el otro lo vengaría. Y si ambos muriéramos, al menos iríamos juntos—. Él sonrió por un segundo. —En aquellos tiempos no había amores en nuestras vidas.

Era la chica de la semana, saben a qué me refiero. Éramos todo el uno para el otro. Y luchamos así. No puedo contar cuántas veces me salvó el trasero. Y sé que evité que una bala, un cuchillo o una bayoneta le atravesaran la piel más de un par de veces.

Hizo una pausa por unos momentos. Los tenedores chocando con los platos y las tazas golpeando las mesas del comedor llenaron el vacío silencioso.

—Entonces, después de la guerra, yo todavía era un niño y él había cumplido veinte años. Decidí volver a casa. El permaneció en el ejército por un tiempo más. Lo mandaron a otro lugar y, con el tiempo, perdimos el contacto.

—Sucede todo el tiempo—, dije, recordando a demasiados amigos con los que no había hablado en años. ¿Cuántos pensaban que estaba muerto ahora? ¿A cuántos les importó?

—Supongo—, dijo Esau. —Y cuando nos pusimos al día, siempre fue evidente lo lejos que estaban los caminos que habíamos tomado.

—¿Cómo?

—¿Yo? Me convertí en empresario. Abrí algunos restaurantes en varios lugares y luego vine aquí para jubilarme. Una farsa, de verdad. Porque no puedes simplemente dejar de hacer lo que amas, ¿verdad? — Hizo una pausa, esperando nuestro reconocimiento. —Así que abrí este lugar con nuestros ahorros.

—¿Y tu amigo? — preguntó Alik.

—Se convirtió en un hombre de negocios diferente—, dijo Esau.

—Un criminal—, dije.

Esau asintió. —Drogas, extorsión, contrabando. Su propia empresa de importación, exportación y servicios de seguridad, supongo. Empezó poco a poco, como hace la mayoría, supongo. La hizo bastante grande. Ahora es un hombre poderoso.

—¿Qué tan unidos han estado ustedes dos desde 1950? — preguntó Alik.

—No hemos hablado con regularidad—, dijo Esau. —Pero, cuando tienes a dos personas que pasaron por las cosas que nosotros pasamos juntos, bueno, eso quita importancia a las décadas. ¿Sabes?

Lo vi jugar con un bolígrafo durante unos momentos. —¿Alguna vez trabajaste para él?

Esau pareció desconcertado por la pregunta. —Nunca he sido un criminal en mi vida. Dios sabe que me habría venido bien el dinero fácil. Y no es que nunca me lo haya ofrecido. Pero no podía verme haciendo eso.

—Mentiste para entrar en el ejército—, le dije.

Sus mejillas ardieron rojas y entrecerró los ojos hacia mí. —Hice eso para ayudar a defender a mi familia y a las familias de quienes me rodeaban. Malditos fueran los comunistas que iban a apoderarse de mi país y dictar mi futuro.

Levanté una mano. —Me parece bien. Sólo estoy tratando de entender hacia dónde va esto. Lo único que puedo entender después de que me cuentes esta historia es que jodiste al tipo en algún momento del pasado y ahora está cobrando. O el dinero o la cabeza de tu sobrina. Quiero saber por qué.

Esau volvió a recostarse en su silla. Su rostro se aflojó. El color desapareció de sus mejillas. Sus párpados se cerraron. Estaba completamente quieto. Si no fuera por su respiración entrecortada, resultado de su nariz torcida, habría pensado que moriría en el acto.

—Los médicos dijeron que, a mi esposa, Eleni, le iría mejor junto al mar. Y un entorno isleño como éste sería adecuado. Sin contaminación. Menos mierda en el aire. Sintieron que esto, combinado con tratamientos regulares, sería la forma de curar su cáncer de pulmón. Y funcionó, por un tiempo. Ayudó a prolongar su vida años más allá de la fecha esperada.

Había escuchado el otro lado de la historia de boca de Isadora. La enfermedad de Eleni fue la razón por la que Isadora había venido aquí hace años. Después de que la mujer falleció, Isadora se quedó para ayudar. Por culpa, supuse.

Esau continuó. —Cuando las cosas se pusieron realmente mal, es decir, tos con sangre, ataques de tos imparables, un dolor increíble, me dijeron que la única opción era un procedimiento radical. Verán, el cáncer se había extendido y dijeron que la única forma de detenerlo era esa operación. Bueno, costó más de cien mil dólares estadounidenses.

—Y no tenías esa cantidad de dinero por ahí—, dije.

Sacudió la cabeza. —Había vinculado lo que teníamos a la casa y a este café. Por mucho que nos guste pensar que nuestros activos son líquidos, la economía hizo imposible venderlos lo suficientemente rápido. E incluso si lo hubiera logrado, ¿entonces qué? Ella se curaría, tal vez, y nos quedaríamos sin casa y sin negocio.

—Así que recurriste al único tipo que sabías que tenía la cantidad de dinero que necesitabas.

—No al principio. Le rogué a la familia. Intenté obtener un segundo préstamo sobre el negocio y la casa. Vendí algunas cosas, objetos de colección y objetos antiguos que atesoraba. Al final conseguí diez mil dólares. Entonces, como dijiste, tomé un avión y un tren, alquilé un auto y visité a mi viejo amigo. Era la primera vez que lo veía en más de trece años. Había envejecido mejor que yo. Tenía todo el estrés del mundo, pero no se notaba.

—¿Qué dijo cuando le preguntaste? — preguntó Alik.

—Me dijo que no había problema. Envió a uno de sus muchachos a la caja fuerte. El tipo regresó con una maleta con el dinero. Eso fue todo.

—¿Qué tipo de condiciones te ofreció? — pregunté.

Esau miró al techo, sonrió, sacudió la cabeza y dijo: —Devuélvemelo cuando puedas.

—Y esto fue hace unos años, ¿verdad? — dije.

Él asintió y no dijo nada.

—¿Y cuánto le has pagado? — preguntó Alik.

Esau miró hacia otro lado. Se aclaró la garganta. Murmuró algo.

—No entendí eso—, dije.

Esau me miró fijamente. —dije que nada.

—¿Y estos hombres que te han estado molestando?

—Sus muchachos.

—Ya me lo imaginaba—. Miré a Alik por un momento, luego de nuevo a Esau. —¿Cuál fue realmente el acuerdo?

Esau jugueteaba con los dedos y dudó un momento antes de responder. Con voz mansa, dijo: —Diez mil el primer año, luego veinte cada año siguiente.

—Así que no es exactamente el 'devuélvelo cuando puedas' que mencionaste.

—Él cambió los términos conmigo.

—¿Cuando?

—Después de la muerte de Eleni.

CAPÍTULO 16

Alik y yo nos retiramos a nuestro apartamento hasta que llegaran las instrucciones. Sólo teníamos unas cuatro horas hasta las siete. Pasamos una hora recorriendo el lugar en busca de cualquier cosa que se pudiera usar como arma. Tenía que ser algo fácil de ocultar. Estaba a punto de entrar en un avispero al tratar con hombres que trabajaban para uno de los mayores criminales de Grecia. Maldita sea, sí que estaba en desventaja.

Repasamos las cosas que Esau había dicho. Tenía sentido, hasta cierto punto. Habló de su amistad de una manera que nada podría romper el vínculo. Sabía lo que era sangrar con un amigo. Arriesgarlo todo para salvar su vida y que él hiciera lo mismo a cambio. Mi antiguo compañero Oso podía llamarme a cualquier hora del día o de la noche y desde cualquier parte del mundo, y yo aparecería en un abrir y cerrar de ojos, incluso si eso significaba recibir una bala por él.

Y, aunque cien mil era mucho dinero, a Kostas le parecían miseria. Pudo haber asustado a su viejo amigo para infundirle un poco de miedo a modo de venganza, pero luego descartarlo como una deuda incobrable y seguir adelante. ¿Por qué perseguir a Esau de esta manera? Demonios, ¿por qué perseguir a Isadora? Si Esau tuviera el dinero, habría pagado. Aquí no había nada que ganar.

—Tal vez tenga el dinero en efectivo en alguna parte—, dije.

Alik dejó lo que estaba haciendo y se volvió hacia mí. —¿Por qué dices eso?

—¿Por qué si no este tipo secuestraría a Isadora? Si Esau no puede pagar, tienen que matarla. ¿De qué le sirve eso? Simplemente *acábalo* y termina de una vez.

—Quieren que sufra—, dijo Alik.

—Ya perdió a su esposa—, dije.

—Supongo que es posible que a él no le importara.

—Él se mudó aquí por ella.

—No lo sé, Jack. No me importa. Odio hasta dónde ha llegado esto. Creo que debemos descartar este plan y llamar a la policía.

—No. Si hacemos eso, Isadora muere.

—Si no hacemos eso, morirás. Luego ella. Luego Esau. Y tal vez yo después. Si no me atrapan, lo hará Frank Skinner.

—Pues vete, si lo que tienes es miedo.

—No tengo miedo, Jack. Simplemente no quiero que te maten por algo que no es tu responsabilidad.

—La he convertido en mi responsabilidad.

—¿Por qué? — Levantó las manos y tenía una expresión de asombro en su rostro.

—¿Nunca te has encontrado tan cerca de una situación que asumiste el problema como

propio?

—Claro, pero con personas que conocía y que quería.

—Entonces tal vez me interese Esau.

—Tú y yo sabemos que eso es una tontería, Jack.

Me encogí de hombros. —Quizás tengas razón. Aunque sí me preocupo por Isadora.

—¿Por qué? Apenas la conoces.

—La conozco bastante bien. Me recuerda a alguien en casa. Una mujer a la que me confiaron cuidar. Una mujer de la que he estado enamorado y desenamorado durante años.

—¿Y estás dentro o fuera ahora mismo?

—No estoy seguro. No he tenido tiempo de pensar en ello.

Alik se rio. —Has tenido todo el tiempo del mundo mientras estás aquí encerrado curando tus heridas.

Me encogí de hombros y no dije nada.

—Deberíamos llamar a la policía—, dijo.

—No podemos.

—¿Entonces no hacemos nada?

—No, voy a donde Kostas quiere que vaya.

—Esau ni siquiera ha estado de acuerdo. Y parece que no tiene el dinero, entonces, ¿cuál es el punto?

—Él no lo necesita.

—¿Crees que puedes enfrentarte a todos estos hombres tú solo?

—Probablemente no.

Alik tomó asiento en el sofá. —Entonces tenemos que encontrar una manera de seguirte.

—Eso podría hacer que nos maten a todos.

—Estamos todos muertos de todos modos. También podría ser proactivo al respecto.

Crucé la habitación, me paré frente a la ventana y la abrí. El aire cálido pasó flotando, trayendo el aroma de una pesca fresca. A lo largo de la costa estaban llegando cuatro barcos pesqueros.

—Deberíamos ir a ver a Esau—, dije.

Salimos del apartamento, bajamos las escaleras y entramos en la cafetería. Estaba llena hasta una cuarta parte y la mitad de los clientes estaban en la terraza. Los ancianos apartaron la mirada mientras hacíamos el corto viaje a la oficina de Esau.

Estaba sentado en su andrajosa silla, con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos fijos en el techo.

Golpeé con mis nudillos su puerta.

Esau no se movió.

Llamé de nuevo. Alik se aclaró la garganta.

—¿Qué? — dijo Esau, con voz ronca.

—¿Has pensado en lo que vas a hacer? — preguntó Alik.

—¿Hacer? — La cabeza de Esau rodó hacia adelante. Sus manos se levantaron de su regazo y las colocó junto con sus brazos sobre su escritorio. Levantó la vista de su postura encorvada. —¿Qué quieres decir con qué voy a hacer? Hablas como si tuviera opciones aquí.

—Tienes algunas—, le dije.

—¿Cuales?

—Me quieren. Puedes enviarme.

—¿Con las manos vacías? Serás hombre muerto.

—Si pueden matarme.

—Sin ofender, Jack—, dijo Esau. —Entiendo quién eres y las cosas que has hecho. Pero ahora mismo eres un caparazón de ese hombre.

Alik puso su mano sobre mi hombro. No le hice caso.

Le dije: —Soy la mejor opción que tienes a menos que estés dispuesto a cambiar tu vida por la de ella. ¿Estás preparado para hacer eso?

Esaú miró el espacio entre sus manos entrelazadas. Su lengua chasqueó mientras se lamía los labios. Se le escapó un gruñido de palabra.

—No.

—Es lo que pensaba.

Levantó la vista, con las cejas arqueadas y la frente arrugada en una docena de arrugas. —Entonces ¿qué hacemos?

—¿Cuánto efectivo tienes por ahí?

Esau miró hacia el techo. Su mirada permaneció fija. No estaba contando mentalmente ni pensando en sus cuentas bancarias.

—¿Qué pasa? — preguntó Alik.

Esau se encogió de hombros y no dijo nada.

Agarré una de las sillas plegables y la coloqué en el medio de la habitación. La silla parecía que podría sostener a un chico de quizás la mitad de mi tamaño. Ignoré el dolor en mi cadera y planté mi pierna izquierda sobre ella. La moví de lado a lado para acercar la silla al centro.

—Prepárate para atraparme—, le dije a Alik. Luego me acerqué e incliné la cabeza hacia la derecha para evitar golpear el techo con ella. Extendí ambos brazos, empujé el panel del techo hacia arriba y lo coloqué a la derecha. Metí la cabeza en el agujero. Estaba oscuro y polvoriento y olía a café y donas, igual que la oficina de Esau.

—¿Ves alguna cosa? — preguntó Esau.

Parpadeé y mis ojos se acostumbraron a la luz. Frente a mí no había nada. A la derecha nada. Lo mismo en el lado opuesto. Me moví en círculo en la silla como una bailarina hasta que estuve a ciento ochenta grados de donde comencé.

—Ahí está—, dije.

—¿Qué? — preguntó Alik.

—Lo encontré—, dije, sacando mi cabeza del agujero. Salté de la silla. Lo deslicé metro y medio hacia la puerta y luego salté de nuevo. Este panel requirió un poco más de fuerza para moverse. Golpeé las esquinas un par de veces para liberarlo. Luego metí la mano en el ático y agarré la bolsa de lona. Era pesada y tan llena que los lados se hinchaban. Se deslizó sobre las baldosas con un silbido. Me incliné hacia un lado y lo bajé hacia Alik, luego me reuní con él en el suelo.

—¿Cuánto hay ahí? — Alik le preguntó a Esau.

El anciano se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

—Cuéntalo—, le dije a Alik.

El polvo se levantó cuando golpeó la bolsa. Limpió la cremallera y la retiró. Metí la mano dentro y agarré un fajo de billetes.

—Son unos veinte mil dólares—, dijo Esau.

—No lo suficientemente cerca—, dijo Alik.

—Pero podría comprarnos la vida de Isadora—, dije.

—O podría extinguir la tuya—, dijo Alik.

—Tal vez, pero es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

Alik dejó la bolsa en la silla y se metió las manos en los bolsillos. Miró más allá de mí hacia Esau. —Deberías ir tú, viejo. Deberías reconocer tu error.

Esau se levantó, con las mejillas ardiendo. Apuntó con un dedo a Alik. —Hice lo que me pidió. ¿Cómo se suponía que iba a saber que él llamaría el préstamo de esta manera? No tengo esa cantidad de dinero por ahí.

Alik agarró la bolsa y la sostuvo frente a su pecho. —Tuviste esto, viejo tonto. Podrías haber ganado tiempo con ello. En lugar de eso, lo mantuviste escondido. ¿Qué ibas a hacer con este dinero? ¿Eh? ¿Es más importante que la vida de tu sobrina?

Esau rodeó su escritorio y se abrió camino hacia Alik. Agarró la bolsa y empezó a tirar. Fajos de billetes cayeron al suelo. El anciano gritó, se balanceó, tropezó, se estrelló contra la pared y cayó al suelo.

Unos pasos resonaron en la oficina como un trueno. Cinco ancianos estaban afuera de la puerta, mirando hacia adentro.

—Está bien, muchachos—, dije.

Esau se sentó. Se secó el sudor de la frente. Miró a los chicos y los despachó. —Está bien.

Los hombres se retiraron. Cerré la puerta y me paré entre Esau y Alik. Mantuve a los hombres a distancia.

—Así es como va a ser esto. Voy a aceptar este dinero. Y Esau, si tienes más será mejor que me lo hagas saber. No me importa si es efectivo, acciones, bonos, el título de una casa en Siberia, lo quiero disponible para negociar.

Sacudió la cabeza. —Eso es todo lo que tengo aparte de la casa y este lugar, y no hay equidad en ninguna de los dos.

Miré a Alik. Él se encogió de hombros. Tuvimos que creerle la palabra al viejo, que no era tan sólida.

—Es bastante justo, supongo. Recibiremos la llamada, el mensaje, la paloma mensajera o lo que sea a las siete. Será dentro de cuatro horas. Necesito descansar. Esau, haz lo que puedas para conseguirme un arma decente. Una para Alik también.

—Dijeron solo—, dijo Esau.

—Lo sé—, dije.

—Déjanos encargarnos de esa parte—, dijo Alik.

CAPÍTULO 17

De alguna manera logré dormir tres horas. Me desperté a las seis y cuarto cuando el sol se escondía detrás del edificio, proyectando sombras sobre la terraza y la playa rocosa. El viento se había arreciado. También las olas. El sonido de ellas chocando con la orilla subió por el costado del edificio y retumbó en el apartamento.

Preparé una taza de café y saqué un poco de cordero molido cocido del refrigerador. Eché un poco de aceite de oliva en una sartén de hierro fundido. Lo calentó todo. Cuando el café estuvo listo, también lo estuvo la carne.

La luz tenue y el sonido de las olas me hicieron sentir como si estuviera en un retiro de yoga. Me ayudaron a aclarar mi mente confusa. Aislé mis pensamientos y los destruí uno a la vez hasta que todo lo que me quedó fue la secuencia de eventos que tenía por delante. El problema fue que, después de llegar al lugar que me debían proporcionar a las siete, no tenía idea de cómo irían las cosas. Había demasiadas variables desconocidas.

Claro, podría visualizar el escenario ideal, al menos para la situación. Pero ¿entonces qué? ¿Y si hubiera un comodín? Ésa, me dije, era mi especialidad. Yo era el tipo que enviaban cuando la misión no tenía un camino establecido para alcanzar el objetivo. Recuperar a Isadora no sería diferente. Requeriría de la combinación específica de talento que yo aportaba.

La puerta se abrió cuando dejé caer el tenedor sobre el plato vacío. Quedaron remolinos de aceite de oliva en el plato. Alik entró. Llevaba una sencilla bolsa marrón en un brazo. En el otro, la bolsa de lona con el dinero.

—Limpió su cuenta bancaria—, dijo Alik. —Otros tres mil dólares para que los uses.

Asentí. —¿Armas?

—Tengo una Beretta M9 para ti—. Metió la mano en la bolsa marrón, sacó la pistola y la dejó junto a mi plato, con el cañón apuntando a la pared.

Cogí el arma y la inspeccioné. Expulsé el cargador. Deslicé el seguro. Lo sentí frío contra mi mano. Olía a recién engrasado.

—¿Bien? — preguntó Alik.

—Será suficiente—, dije. —¿Encontró algo para ti?

—La misma arma.

—Bastante bien, supongo—. Me puse de pie, me metí la pistola en el cinturón, agarré mi taza y mi plato, los llevé al fregadero y los dejé allí. —¿Algo más?

—Un celular.

—Te lo quedas. Anota el número para que puedas memorizarlo.

Las llaves tintinearon. —Tienes que usar su coche.

—¿Le reemplazaron la llanta de repuesto?

—No.

—Espero no tener que conducir demasiado lejos.

—Haz lo que tengas que hacer, Jack.

Me volví y encontré su mirada. —Lo haré.

Alik caminó hacia la ventana. El viento le levantó el pelo y tiró de su ropa. —Supongo que deberíamos bajar ahora.

—Supongo que sí.

Lideró el camino a través del apartamento, por el pasillo y las escaleras, hasta llegar a la cafetería. Había una docena de clientes allí. Los viejos se habían retirado. Las familias ahora se sentaban alrededor de las mesas. Mamás, papás y niños. ¿Estaban ajenos a lo que había sucedido allí?

Esau estaba detrás del mostrador. Su rostro demacrado no se movió cuando me acerqué. Sin sonrisa, sin saludo, sin guiño, sin levantar la ceja o bajar la barbilla. Sus ojos parecían hundidos, rodeados de círculos negros.

Me acerqué y me detuve frente a él. Todavía no me reconoció. —¿Nada aún?

Esau pasó un largo momento mirando por encima de mi hombro, ignorando mi presencia. Luego parpadeó y su mirada se deslizó lentamente hasta encontrarse con la mía.

—No—, dijo.

Me senté al lado de Alik en el medio de la habitación contra la pared del fondo. Ambos nos apoyamos en ella, dándonos una vista del frente y la parte trasera del café. Nadie podría entrar desde la terraza a menos que lucharan contra las olas y las rocas y escalaran el muro de tres metros de alto. Pero tal vez ya habían colocado al mensajero y él esperaba afuera.

A las siete menos cinco, una familia de cinco miembros se levantó de su mesa y se dirigió hacia la puerta. El papá nos miró, concentrado en mí. Frunció el ceño y entrecerró los ojos. ¿Lo había visto antes? Escaneé los rincones de mi mente tratando de recordarlo. Había muchos que se parecían a él. Altura media. Pelo oscuro. Un pequeño neumático de repuesto alrededor de la cintura. Sombra permanente en su rostro. Tal vez había oído lo que había sucedido. Presumiblemente, culpó al extraño por ello.

A unos metros de la puerta, se volvió hacia su esposa y la condujo a través de la abertura. Luego la familia se fue y nos quedamos con otros siete comensales en el café.

—¿Qué fue eso? — preguntó Alik.

—Diablos, yo que sé—, dije.

Nos sentamos en silencio durante unos minutos. Miré mi reloj. Faltaban dos minutos. Miré el reloj de la pared. Quedaba minuto y medio. Mi reloj otra vez. El segundero pasó a las doce. Conté los segundos a medida que pasaban. Miré a Alik. Él estaba haciendo lo mismo.

Cuando faltaban quince segundos, el cristal a la derecha de la puerta principal explotó. Las pocas personas que quedaban en el café saltaron, gritaron y se dejaron caer en sus sillas. Un ladrillo rebotó en una mesa y cayó al suelo con un ruido sordo, rompiendo las baldosas. El ladrillo se deslizó unos metros más y se detuvo. Alik y yo estábamos levantados de nuestros asientos y corriendo hacia allí. Él llegó primero. Lo recogió. Lo sostuvo frente a mí. A su alrededor se enrollaron dos trozos de cuerda. En la parte inferior, o en la parte superior, supongo, había un trozo de papel doblado.

Alik usó un cuchillo para carne para cortar la cuerda, luego sacó y desdobló el papel.

—¿Qué dice? — pregunté.

Alik hizo un gesto a Esau, que ya había salido de detrás del mostrador. Tomó el papel. Tembló en sus manos.

—Sal. Gira a la derecha. Camina cien metros. Sube al auto rojo. Las llaves están en la

guantera.

—Mierda—, dijo Alik.

—¿Qué? — dijo Esau.

—Sin destino—, dije.

—¿Qué importa? — dijo Esau.

—No sabemos a dónde va—, dijo Alik.

—¿Qué importa? — Esau dijo de nuevo.

—No me pueden ver siguiéndolo—, dijo Alik.

—No lo vas a seguir—, dijo Esau. —No vas a hacer nada. Dijeron solo. Tiene que ir solo.

—¿Por qué no cambias de lugar con él entonces? ¿Eh? Maldito viejo tonto, esto es culpa tuya de todos modos.

Puse un brazo entre los hombres. —Alik.

—Como sea, Jack. ¿Por qué estás haciendo esto? Deberíamos llamar a las autoridades. Hagamos esto de la manera correcta. ¿Por qué arriesgar tu vida por este anciano? — Sus ojos ardieron hacia Esau. —Fueron bonitas tus historias sobre tu participación en la guerra, pero parece más bien que las inventaste o contaste la experiencia de otra persona. No hay nada por lo que vivir y todavía no puedes sacar tu trasero de aquí.

—No lo haré por él—, dije. —Lo hago porque es demasiado cobarde como para arriesgar su propia vida para salvar a su sobrina—. Me volví hacia Esau y levanté la bolsa de lona. —Solo puedo llegar hasta cierto punto con esto. ¿Entiendes? Así que será mejor que estés preparado, porque no planeo morir.

CAPÍTULO 18

El viento trepó por las paredes del café y se arremolinaba por los lados azotando los callejones. Al salir, se sentía caluroso, quieto y húmedo en la acera bajo la luz del atardecer.

Escuché el sonido de las gotas de lluvia cayendo y miré hacia atrás. Esau estaba barriendo los cristales del suelo. Miré a la derecha y vi el coche rojo aparcado junto a una farola. La gente salió del café hablando en voz baja y alejándose de mí. Se dirigieron en la otra dirección. Siete pares de pasos golpearon la acera.

Estudié las ventanas de los edificios mientras me acercaba. Alguien tenía que estar mirando. Pero ¿de dónde? Imposible saberlo y, a menos que hicieran algo estúpido, como moverse, es posible que nunca lo sepa.

Mantuve mi ritmo constante, incluso al pasar por un callejón. No había tiempo para detenerse y disfrutar de la brisa fresca. Estaba a mitad de camino hacia el auto cuando aparecieron unos faros desde el final de la ciudad. Se quedaron quietos por un momento. El motor aceleró y el vehículo se acercó. Continué adelante. El conductor redujo la velocidad al pasar, mirándome desde detrás de la ventanilla. No reconocí el rostro. Pero eso no significó nada. No tenía idea de con cuánta gente estaba tratando aquí.

El motor del coche rojo hizo tictac. El olor a aceite quemado flotaba en el aire. No había gotas de condensación. Quien lo había conducido había dejado el aire acondicionado apagado. O el coche no venía equipado con ello. Caminé por el frente. Me agaché para comprobar debajo. Patee los neumáticos. Después de abrir la puerta del lado del conductor, abrí el capó y el maletero y revisé ambos. Yo estaba lejos de ser un mecánico, pero habría sido obvio si alguien hubiera colocado una bomba en el bloque del motor.

Al menos esperaba que fuera obvio.

Todo parecía normal, así que entré y cerré la puerta. Lo primero que noté fue que no había aire acondicionado. Me incliné, bajé la ventanilla del pasajero, luego abrí la guantera y cogí las llaves. Con una mano las inserté en el encendido mientras bajaba la ventanilla con la otra. El pequeño motor se ahogó y chisporroteó, luego se encendió y gimió. Presioné el acelerador un par de veces. El pequeño auto tembló, pero no se movió con el freno de emergencia puesto.

Sonó un teléfono. Sonaba como una vieja canción griega. Miré hacia atrás y encontré el celular en el asiento trasero.

—¿Hola?

—Debajo de tu asiento hay un dispositivo GPS. Ya está encendido. El destino está fijado. síguelo.

—De acuerdo.

—Y debes saber que te estaremos siguiendo. Si alguien más hace lo mismo, ambos morirán. Así que, si estás en contacto con tu amigo, asegúrate de decírselo.

—De acuerdo.

—Ni se te ocurra usar este teléfono. Lo estamos monitoreando. Si llamas a tu madre, te cortaremos la mano.

—No hay problema. Mi madre está muerta.

El chico del otro lado cortó la llamada. Metí el teléfono debajo de mi pierna izquierda y busqué debajo del asiento. Encontré el GPS. Era una unidad portátil. Presioné la parte superior del botón basculante y la pantalla cobró vida. Estaba en modo navegación. Una línea violeta salía de la ciudad. Deslicé el dispositivo en un soporte ya fijado en el tablero.

Quité el freno de emergencia y puse primera. El dolor se disparó a través de mi pierna izquierda mientras soltaba el embrague. El coche avanzó. Se tambaleó cuando cambié a segunda y luego se suavizó en tercera. El borde de la ciudad pasó desapercibido. Luego el barrio de Esau. El sol se ocultaba detrás de los árboles cuando llegué al pequeño pueblo por el que habíamos pasado la noche anterior. Los niños aún no habían salido. De un par de edificios se elevaban chimeneas. El olor a carne chamuscada llenó el coche.

Continuando por el camino, llegué a otro lugar familiar. Una parte de mí esperaba y pensaba que éste sería el destino. La casa abandonada donde habían llevado a Isadora. Sabía que existía. Ellos pensaban que no. A menos que hubieran descubierto que habíamos estado allí. Quizás estaban mirando. Quizás fueron ellos los que cortaron el neumático anoche.

Pero la línea violeta seguía adelante, así que seguí pasando el camino de tierra, pasando el matorral junto al que habíamos aparcado, hacia territorio desconocido. Al menos para mí.

El sol se deslizó por el horizonte. Sólo quedaba un leve rastro de color naranja cerca del fondo del cielo. Arriba y adelante había un tono cada vez más profundo de azul oscuro.

En el siguiente cruce, el GPS me hizo girar a la izquierda. Dos millas más adelante, a la derecha. Cuatro millas después, a la izquierda. No tenía idea de que había tantos caminos aquí. Este lado de la isla tenía pocos pueblos. Ninguno al que llamarías ciudad. ¿De cuántas maneras necesitaba la gente llegar del punto A al B?

Unas cuantas vueltas más adelante ya estaba regresando por donde había venido, aunque más cerca del lado norte de la isla. Quizás no había un camino directo desde la ciudad. Eso, o querían joderme. Querían observar y ver qué haría Alik.

El cielo brillaba suavemente de color naranja hacia adelante. Me dirigí hacia la luz artificial. ¿Otra ciudad? Llegué al GPS y me desplacé un poco. No mostró nada en esa dirección.

Llegué a la esquina de una valla metálica rematada con alambre de púas. Se extendió hacia la oscuridad. La valla estaba en un terreno más alto y no podía ver lo que había detrás. Media milla más adelante, las luces en el suelo se extendían al otro lado de la valla. Luego aparecieron algunos edificios. La carretera sobrepasaba el terraplén y había pequeños aviones esparcidos por una pista. Al final había un Gulfstream. Las luces parpadearon. Había actividad en el terreno.

Tuve la sensación de que iba a tomar un vuelo.

CAPÍTULO 19

El GPS me indicó que entrara en el aparcamiento. Luego dejó de navegar. —Ha llegado a su destino.

La gasolina saturó el aire en calma. Un par de chicos vestidos con pantalones negros y camisetas a juego salieron de las sombras. Estaban armados con rifles de asalto. Bloquearon la puerta. Un tercero se acercó al lateral del coche. Lo vi venir, pero aun así hice una mueca cuando golpeó el techo.

—¿Eres tú el que esperamos?

Me encogí de hombros. —Supongo que sí.

—¿Tienes el dinero?

Palmeé la bolsa de lona.

—Ábrela—, dijo.

—No hasta que vea a la chica.

—Ella no está aquí.

—Entonces no vas a ver el dinero.

El tipo dio un paso atrás y dijo algo en griego. El guardia de la izquierda se acercó corriendo, tomó su lugar y me golpeó la cabeza con el cañón de su rifle. El tercer tipo, todavía de pie en la puerta, apuntó su arma en mi dirección. Encendí las luces altas. Levantó una mano para protegerse los ojos.

—Eres un tonto al tocarme con eso—, le dije.

El guardia no dijo nada.

—Podría desarmarte en un segundo.

El primer hombre se asomó por la ventanilla del lado del pasajero. —Él no habla inglés. Agarró la bolsa, la giró hacia él y la abrió. Metió la mano dentro y movió el dinero. Luego asintió y volvió a cerrar la cremallera. Gritó algo. El hombre que estaba en la puerta se hizo a un lado y la puerta se abrió en dos.

—Entra—, dijo el guardia.

Conduje lentamente. Había tres rifles semiautomáticos apuntando al coche. Quizás más. Por lo que me dijo Esau, sabía que esta operación se extendía mucho más allá de los seis hombres que había encontrado en el café.

Otro hombre vestido de negro de pies a cabeza se paró delante del coche y le tendió la mano. Me detuve allí. Alguien abrió mi puerta de un tirón y me agarró del hombro. Me aparté de él y agarré el móvil y la bolsa de lona. Uno lo tuve a la vista. El otro lo guardé en un bolsillo.

El tipo dio un paso atrás y me apuntó con su rifle cuando salí del auto.

Entonces apareció Chris del café. Él también estaba vestido de negro y llevaba un traje. Su cabello castaño estaba peinado hacia atrás. Apartó su chaqueta a un lado y me mostró su pistola.

—Suelta la bolsa—, dijo.

—No hasta que vea a la chica—, dije.

Dio un paso atrás y le hizo un gesto a uno de los guardias. El tipo se acercó detrás de mí, me pateó las piernas hacia un lado y abrió mis brazos. Pasó sus manos arriba y abajo por mi cuerpo. Encontró el arma. La sacó. Me alejó.

Tropecé hacia adelante, pero logré recuperar el equilibrio.

El guardia me rodeó y le entregó a Chris la Beretta.

—¿Para qué necesitabas esto? — preguntó.

—Supongo que por la misma razón por la que necesitas seis hombres armados para lidiar conmigo. Porque no puedo confiar en ustedes, imbéciles.

Riendo, caminó hacia mí. A medida que se acercaba, su colonia superó el olor a combustible para aviones. Me agarró del brazo izquierdo y me hizo girar hacia el Gulfstream. Los guardias formaron un pasillo para que pudiéramos caminar. En lo alto de las escaleras, de pie en la puerta, estaba Michael. Se inclinó sobre la barandilla lateral y escupió. El viento atrapó la masa de saliva y aterrizó peligrosamente cerca de nosotros.

—Ya basta—, le dijo Chris.

Michael se encogió de hombros, dio media vuelta y volvió al interior del Gulfstream.

Escuché a los guardias formarse detrás de nosotros. ¿Estaríamos viajando todos esta noche? O quizás sólo unos pocos elegidos se unirían. Sentí que eran lo suficientemente inteligentes como para saber que no querrían estar a solas conmigo en un espacio reducido.

Al menos con el viejo yo, de hace unos meses.

La versión actual podría ir en cualquier dirección.

Pero en el avión las armas no eran una opción. A menos que fueran tontos. Viajar en el avión multimillonario de su jefe seguramente agregaría un poco de precaución a sus acciones. Nadie quería ser quien lo destrozara.

Subimos las escaleras y cruzamos la plataforma metálica. Nuestros pasos se fusionaron en uno y se adentraron en la noche. Michael me recibió en la entrada. Fingió un puñetazo en mi estómago.

—Dije que ya basta—. Chris parecía agitado. No me importó la tensión. Si se presentara la situación adecuada, podría utilizarla.

Chris me empujó hacia adelante y Michael me empujó hacia un lado. Me sentí como si estuviera en una máquina de pinball. Me agarré al respaldo de un asiento, me giré detrás de él y me senté. Los hombres me miraron fijamente, se miraron unos a otros y se encogieron de hombros.

—Siéntate donde quieras—, dijo Chris. —No es que vayas a ninguna parte.

—¿De dónde eres? — le pregunté, todavía con curiosidad por su acento neutral.

Él miró hacia otro lado. Pasó a mi lado. Tomó asiento unas filas más atrás.

—¿Cuánto dura este vuelo? — pregunté.

Nadie respondió.

Dos guardias subieron a bordo. Tomaron dos asientos contra la pared de la cabina, frente al resto de nosotros. Sus miradas permanecieron fijas en mí.

La puerta se cerró. Pasaron unos minutos de silencio. El aire soplaba desde pequeños ventiladores encima de mí. Lo canalizaron, lo enfriaron y lo pasaron por innumerables filtros, destilándolo hasta el punto de que olía a mecánico. Enfrió el sudor de mi frente y mi cabello. Poco después, el rugido del motor superó el silbido de los ventiladores. Rodamos, lentamente al principio. El avión ganó velocidad. Me obligó a sentarme derecho. El frente se levantó. Los dos

guardias eran más altos que yo. El viento pasó rápidamente. Por un momento sonó como si el avión se estuviera desmoronando. Las ruedas chirriaron y luego se quedaron en silencio. La tensión disminuyó a medida que ascendíamos en el aire.

Por un momento me olvidé de lo que estaba haciendo allí y disfruté del vuelo.

Eso no duraría mucho.

CAPÍTULO 20

Nunca alcanzamos una altitud de crucero. El avión nunca se estabilizó. No hubo película durante el vuelo, ni comida ni merienda. No hubo azafatas que nos llevaran bebidas. Llegamos como altura máxima a unos cinco mil pies sobre el nivel del mar y luego comenzamos nuestro descenso.

Los hombres que estaban frente a mí se aburrieron de mirarme a la cara y ahora se quedaron mirando la oscuridad, uno mirando a la izquierda y el otro a la derecha. No tenía idea de lo que estaban haciendo los chicos detrás de mí. Nunca miré atrás. Sentí que llamar la atención durante el vuelo era una mala idea. Eran mensajeros. Topos. Pronto vería al hombre con el que tenía que tratar.

Mirando por la ventana, vi las luces de la ciudad a lo lejos, brillando como miniaturas en una mesa de actividades para niños en la oscuridad. El avión se alejó de ellas y la vista volvió a oscurecerse. Unos minutos más tarde, otro toque de blanco iluminó el campo oscuro. Dos largas hileras de luces, una de este a oeste y otra de norte a sur.

Pistas.

El piloto dio varias vueltas y luego hizo la aproximación final. Fue como despegar al revés. El rugido aumentó cuando los alerones cortaron el aire. El avión cayó. El tren de aterrizaje golpeó y luego chirrió mientras bajaba. El viento tronó como una manada de leones. El avión rebotó y chirrió al aterrizar, perdiendo rápidamente velocidad. Redujimos la velocidad hasta el final de la pista.

El avión rodó durante un par de minutos antes de detenerse. Primero se levantaron los guardias que estaban frente a mí. Uno abrió la puerta. El otro me apuntó con su rifle. Los hombres detrás de mí se levantaron. Michael salió sin mirarme. Supuse que tenía que ir a alabar al jefe.

—Levántate—, dijo Chris. Se paró un par de metros detrás de mí. Lo suficientemente cerca como para hacerle algo. ¿Pero estaba lo suficientemente lejos del guardia? ¿Importaba? Quedé atrapado en el avión y estaba desarmado. Me atraparían tarde o temprano.

Así que me levanté y agarré la bolsa de lona como si contuviera todo lo que apreciaba en la vida en su interior. Chris me empujó por la espalda y comencé a caminar hacia la salida. Afuera los hombres hablaban. Oí gritos. Llamados. Escuché motores rugiendo, cobrando vida. El aire viciado de la cabina dio paso al aire húmedo y salado de la noche. Nadie esperó en la plataforma. Habían bajado al pie de las escaleras. Michael esperaba allí con tres guardias flanqueándolo. Bajé antes de que Chris tuviera la oportunidad de empujarme hacia abajo. Mis pasos resonaron en las escaleras de metal. La barandilla estaba resbaladiza, como si la hubieran lavado antes de subir los escalones.

Los hombres de abajo me llevaron hasta un sedán que nos esperaba. Era largo, negro y las

ventanas estaban polarizadas tan oscuras como el cielo nocturno. Abrieron la puerta trasera. Subí por un lado. Chris por el otro. Cerraron su puerta. No cerraron la mía. Chris miró más allá de mí y asintió.

—Lamento hacer esto—, dijo.

Un guardia metió la mano con un pañuelo negro.

—No, no lo lamentas—, dije.

—Tienes razón—. Él sonrió sombríamente. —Sin embargo, no puedo permitir que sepas a dónde vamos.

El guardia envolvió la tela alrededor de mi cabeza varias veces, cubriéndome los ojos. Lo ajustó y luego lo apretó con fuerza.

—¿Entonces saldré vivo de allí? — pregunté.

—¿Cómo debería saberlo? No tengo ni idea de lo que va a hacer contigo.

El no poder ubicar su acento me volvió loco. ¿De dónde era él?

Las cuatro puertas se cerraron de golpe. El conductor puso la palanca de cambios y aceleró el motor. Nos tambaleamos hacia adelante. Sostuve la bolsa con ambas manos mientras mi cuerpo caía hacia atrás y quedaba contra la puerta.

Condujimos durante veinte minutos, más o menos. Perdí la noción del tiempo en la oscuridad. No pude concentrarme en una sola cosa. Mi mente saltaba entre el pasado y el presente, sin decidirse por nada. Esperaba, a estas alturas, tener un guión preparado. Estar listo con alternativas en caso de que surgiera algo que no esperara. Pero las ideas nunca llegaron. Tendría que improvisar.

El coche redujo la velocidad hasta detenerse. Los hombres de delante dijeron algo en griego. Escuché el sonido de metal chirriando contra metal intercalado con un sonido de clic, como una cadena sobre engranajes. El coche avanzó. Me arrancaron el pañuelo de la cabeza. Parpadeé un par de veces para adaptarme a la luz brillante que entraba por las ventanas. Condujimos en un arco y nos detuvimos junto a una camioneta negra. El motor se quedó en silencio.

—Espera—. Chris abrió la puerta y salió. A mi lado había dos hombres, vestidos con pantalones y camisetas negras. Me apuntaban con rifles.

Nada original, pensé.

Chris rodeó la parte trasera del auto y abrió la puerta. Uno de los guardias se paró a su lado y metió su rifle dentro.

Chris dijo: —Fuera.

Lo obedecí. Mis pies tocaron suelo duro. Sin embargo, la superficie estaba suelta y uno de mis pies se deslizó unos centímetros. Levanté la mano izquierda, agarré el marco y salí. Miré por encima de la parte trasera del auto. Las luces brillaban a lo largo de seis metros y luego daban paso a una oscuridad total. Delante vi una estructura cuadrada. Estuco cubriendo las paredes. Una puerta en el medio. Una ventana ennegrecida a cada lado, excepto por un rayo de luz en el medio, donde se unían las cortinas. La luz se filtraba por los bordes del marco de la puerta. Había una fragancia en el aire. Casi como un perfume.

Lavanda.

Busqué a Isadora. No la vi. Mientras me guiaban hacia la puerta, vi las plantas a lo largo del camino. Tallos largos y flores de color púrpura claro.

La puerta se abrió y me empujaron a una habitación cuadrada que abarcaba toda la casa. Cuatro paredes, una puerta al otro lado. Lámparas de vidrieras en cada rincón. Una extraña alfombra peluda de color azul oscuro cubría el suelo. Había cuatro sofás tapizados en terciopelo. Uno a la izquierda y otro a la derecha. Dos contra la pared del fondo separados por la puerta.

Había unas dos a cuatro mujeres sentadas o acostadas en cada sofá. Ninguna estaba completamente vestida. Como mucho, llevaban sujetador y bragas. Algunas tenían una o la otra. Una pareja estaba desnuda.

—¿Qué diablos pasa aquí? — pregunté.

—Sólo muévete—, dijo Chris.

Crucé la habitación. Todas las mujeres que estaban allí me miraron fijamente, sonriendo, gesticulando con alguna parte del cuerpo, invitándome a visitarlas para pasar la noche. O parte de ella, supuse.

—Ahora sé por qué me vendaste los ojos—, dije. —Tratando de guardarte todo esto para ti.

Chris me empujó de nuevo.

La puerta trasera se abrió antes de que llegara. Había algunos hombres parados allí. Retrocedieron cuando me acerqué. Un pasillo cubierto iluminado con luces de cadena se extendía desde la puerta. Giraba hacia la derecha y desaparecía detrás del paisaje.

—Podemos pasar unos minutos más adentro—, dije. —La bolsa está cargada de dinero en efectivo.

—Cállate, idiota—, dijo Chris.

—Haz lo que quieras—. Todo lo que quería era plantar la idea en su mente. Haz que piense en las mujeres. Hazlo hablar. Tal vez romper ese falso acento neutral que mantenía. ¿Era posible? No tenía ni idea. Pero estaba adolorido y débil y no estaba preparado para luchar contra una casa llena de hombres armados. Cualquier ventaja que pudiera obtener era bienvenida.

Un guardia saltó frente a mí y dirigió el camino. Chris se quedó a mi lado. Moví la bolsa al otro brazo, manteniéndola en el exterior. No es que importara. Estábamos aquí ahora. Si quisiera quitármela de las manos, lo habría hecho. No lo hizo porque sabía que sería inútil. Cuando llegara el momento, sería un buen chico y se la entregaría.

Sin embargo, las cosas no serían así.

CAPÍTULO 21

El pasillo se curvó un par de veces. Estaba rodeado a ambos lados por altos setos que bloqueaban parcialmente la brisa. Aunque el aire de la noche era fresco, la humedad lo saturaba. Los olores alternaban entre colonia barata, olor corporal, flores y lavanda. En algún momento sería Isadora y no la hierba.

Llegamos a otro edificio. Chris me agarró del brazo y nos detuvimos. El guardia que iba delante de nosotros se dirigió a la puerta, se detuvo y se inclinó hacia un lado, cubriendo el panel de seguridad. No pude decir si ingresó un código o usó una tarjeta de acceso, pero la cerradura se abrió con un clic que fue audible a seis metros de distancia. El centinela se hizo a un lado y me permitió entrar en un pasillo estrecho, lo suficientemente ancho para un hombre a la vez. El corredor se extendía unos diez metros. Era sólido, no había puertas ni pasillos visibles que lo cruzaran.

—¿Hacia dónde? — pregunté.

—Realmente no quieres salir de aquí, ¿verdad? — dijo Chris.

—¿Después de ver a todas esas mujeres?

—Quiero decir vivo, imbécil.

—Nunca respondiste mi pregunta.

—¿Cuál?

—¿De dónde eres?

—No es asunto tuyo.

—No puedo ubicar tu acento.

—Porque trabajé duro para neutralizarlo. De cualquier lugar de Europa. De ahí soy.

Apenas lo suficiente como para construir un perfil.

Tiró de la bolsa. Giré, me alejé y tenía el brazo levantado.

—Sé que solo tengo unos minutos más con esto—, dije, —pero seré yo quien lo entregue. Inténtalo de nuevo y convertiré esa linda naricita tuya en algo que combine con la de tu pareja. ¿Entiendo?

El chico sonrió ampliamente. —Puedo provocarte, ¿no?

Él estaba jugando al mismo juego que yo. Sólo que él lo hizo mejor. La competencia de miradas duró cinco segundos. Él sonrió. Me obligué a hacer lo mismo. Salir significaba atravesarlo de una forma u otra. *No lo dejes entrar*, me dije.

La puerta del otro extremo se abrió. Se asomó un tipo calvo, de cabeza gorda y adornado con un bigote entrecano. Dijo algo en griego y nos indicó que siguiéramos adelante.

—Después de ti—, dijo Chris.

Agarré la bolsa con fuerza, me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta. El calvo dio un paso atrás, ampliando la abertura. La habitación se reveló paso a paso. Estaba oscura. Las paredes eran

paneles de madera oscura. El escritorio era imponente y de caoba maciza. Detrás, los muebles empotrados estaban llenos de libros. Capté un olor a tabaco de pipa, algo parecido al que fumaba mi abuelo en su sillón favorito cuando yo era niño. Un anciano estaba de pie, de espaldas. Estaba revisando una sección de tomos encuadernados en cuero.

—Jefe—, dijo Chris. —Él está aquí con el dinero.

Aunque el viejo ya lo sabía. Se tomó su tiempo trazando el lomo de cada libro con el dedo, murmurando algo para sí mismo.

Puse un pie dentro de la habitación, rodeado por cinco tipos y no podía ver nada a la izquierda o a la derecha. Pero sabía que Isadora estaba allí. Incluso en medio del olor almizclado de los hombres, destacaba la lavanda.

El viejo sacó un libro grueso y se lo puso bajo el brazo. Se ajustó las gafas mientras hacía contacto visual conmigo. Él me dio un ligero asentimiento. No le correspondí. Una sonrisa se formó en sus labios. Era Kostas. Parecía más joven y delgado que Esau, aunque yo sabía que era mayor. Era obvio que se mantenía en forma. Su ropa era informal, pero de aspecto caro. También lo eran sus zapatos. De cuero con suelas gruesas, probablemente costarían más que su vestimenta. Dejó el libro y lo abrió por la mitad. Las páginas estaban curvadas y de color marrón. La de arriba se elevó unos centímetros. Debajo parecía negra. Él la miró fijamente.

—¿Nombre? —preguntó Kostas.

—Jack.

—¿Jack qué?

Miré a Chris. Mi comunidad era unida. Había personas en todo el mundo que habían escuchado mi nombre en algún momento. Entonces quería captar su reacción. No hizo ningún movimiento en ningún sentido cuando respondí.

—Noble—, dije.

—Entonces es apropiado que te presentes en el lugar de ese cobarde Esau—, dijo Kostas.

—Por la forma en que se presentó, no tuve otra opción.

—Todo el mundo tiene una opción, Jack Noble. No lo olvides—. Se enderezó y se cruzó de brazos. —Fácilmente podrías haber dicho que no. Después de todo, aparte de ser residente del café, no tienes ningún interés en esto. ¿Por qué arriesgar el cuello por él?

Estiré el cuello y vi la pierna expuesta de Isadora. Estaba suave y brillante por el aceite. —No es por él.

Kostas volvió la cabeza hacia ella. Sonrió. Asintió con la cabeza. —Veo.

No sé por qué me expuse de esa manera. No tenía otra influencia sobre mí que la amenaza de dolor o muerte. Le acababa de entregar todo lo que necesitaba para que cooperara. Después de todo, me presenté con unos miserables veinte mil dólares. Una quinta parte de lo que Esau debía originalmente. Mucho menos de lo que ahora exigía el viejo.

Señaló la bolsa. —¿Está todo ahí?

Los guardias retrocedieron y se alejaron de mí. Sólo quedó Chris. Puso una mano en mi espalda y me empujó hacia adelante. Me resistí, le lancé un codazo y lo golpeé en el brazo.

—Ya es suficiente—, dijo Kostas, con ambas manos extendidas lejos de su cuerpo. —Déjame tener la bolsa.

Crucé la habitación y dejé la bolsa sobre el escritorio, con la cremallera más cerca de mí. La bolsa envió una ráfaga de viento en todas direcciones. La página suelta del libro se elevó, se tambaleó y cayó hacia atrás, dejando al descubierto la página siguiente. Sólo que no era una página en absoluto. El libro había sido vaciado en un compartimento secreto que contenía una pistola. Una pequeña cosa plateada con recámara tal vez para una bala calibre 22.

Levanté la vista y vi al viejo sonriendo. ¿Qué importaba? El lugar estaba lleno de hombres armados. Cualquiera de ellos podría matarme de un solo disparo.

A menos que el chico tuviera otros planes. Con una calibre 22 podía infligir mucho dolor sin provocar una herida mortal. Seguí su mirada desde mí hasta el arma y luego a través de la habitación hasta donde estaba Isadora.

Estaba sentada en el sofá, con las piernas extendidas, vestida con pantalones cortos azules y una camiseta blanca sin sujetador debajo. Sobre su regazo había un libro abierto. El título estaba en griego. Tenía un rasguño en la mejilla como una quemadura. Como si la hubieran empujado al suelo en ese sótano y su rostro se hubiera llevado la peor parte de la caída. Pero se había curado desde entonces. Su rostro estaba inexpresivo. Sus ojos se encontraron con los míos y parpadeó un par de veces. Desvió la mirada, primero hacia el viejo y luego hacia la nada. ¿Estaba en shock por todo el asunto? ¿La habían amenazado? ¿Sabía ella que yo era un hombre muerto viviente?

Muerto en Grecia.

Cuando nadie más que Frank y Alik sabían que estaba allí. El viejo se ocuparía de Alik. No había duda de eso. Y Frank nunca le diría a nadie lo que había sucedido. El mundo estaba convencido de que yo ya había muerto en el Delfín Negro. ¿Por qué revelar la verdad? ¿Por qué mencionar el encubrimiento? Demonios, Frank probablemente bailaría sobre mi tumba anónima, feliz de haber terminado conmigo.

Kostas me fulminó con la mirada mientras agarraba la bolsa y la hacía girar sobre la mesa. Golpeó el libro y lo derribó. Vi cómo su mano manchada se aferraba a la cremallera y la deslizaba por el riel. Abrió los lados de la bolsa y metió ambas manos como si estuviera liberando una pantorrilla fracturada. Sacó un par de billetes y los puso sobre la mesa. Alcanzó un par más mientras miraba la parte superior de las pilas. La siguiente pila tenía el mismo aspecto, al igual que la siguiente.

Volvió a mirarme y entrecerró los ojos.

Me quedé inmóvil.

Quitó las gomas de los fajos y sacó los primeros billetes. Cogió un montón y lo abanicó. Su mirada se movió hacia arriba mientras realizaba cálculos mentales. Volvió a buscar en la bolsa y sacó los ladrillos a un ritmo furioso. Cuando terminó, la mitad de su escritorio estaba cubierto. Les dio la vuelta a cada uno para que el billete superior quedara hacia arriba. Luego, les quitó las bandas elásticas a algunos más. Retiró los primeros billetes y revisó unas cuantas pilas más.

Se me formó sudor en la frente. Usé mi pulgar como una escobilla y lo moví hacia mi cabello.

El viejo miró el dinero, luego a mí y luego al chico que estaba a mi lado. Abrió la boca y no dijo nada. Miró el dinero de nuevo. Luego a mí. Luego al chico que estaba a mi lado.

—Sácalo al pasillo. Quiero un guardia en cada puerta. El resto de ustedes, ayúdenme a contar.

Chris me agarró por el cuello y tiró hacia atrás. No perdí el equilibrio. En lugar de eso, me agaché, me liberé de su agarre y me volví hacia la puerta.

—Será mejor que todo esté aquí, Jack Noble.

CAPÍTULO 22

No había circulación en el pasillo cuando las puertas de ambos extremos estaban cerradas. El suelo y el techo estaban libres de respiraderos. El olor a moho saturó el aire. Miré hacia arriba y vi daños por agua a lo largo del borde del techo en ambos lados. La alfombra debajo de mis pies era gruesa y estaba empapada del agua que goteaba, creando un caldo de cultivo.

Chris olisqueó y se secó la nariz.

—¿Alérgico? — pregunté.

—Cállate—, dijo.

—¿Por qué no estás ahí contando el dinero?

Él no dijo nada.

—Quiero decir, parece un trabajo importante. ¿Él no confía en ti?

—Tal vez tu vida sea más valiosa para él—. Hizo una pausa. —Aunque no sé por qué. No parece importarte.

—¿Cómo es eso?

—Primero, te metes en medio de mis muchachos cuando están trabajando.

—No me gustó su aspecto.

—Después lo volviste a hacer.

—En todo caso, soy coherente.

—Luego vienes aquí.

—Todos ustedes lo pidieron amablemente.

—Y lo haces con mucho menos dinero del que se suponía que debías traer.

—Soy pobre.

La última parte fue mentira. Me imaginaba que a estas alturas Frank había congelado la mayoría de mis activos para que nadie pudiera acceder a ellos. Ni si quiera yo. Pero siempre tuve un plan de respaldo.

—Eres estúpido—, dijo el chico. —Te va a colgar de las pelotas.

—Suena doloroso.

—Y practicará tiro con esa elegante pistola suya.

—¿Puedo pasar la noche primero con un par de esas chicas que están afuera?

—¿Eres realmente tan arrogante? — dijo Chris. —Quiero decir, ¿te enfrentas a una muerte segura y todo lo que puedes hacer es pensar con tu pene?

Se estaba exponiendo. Bajó la guardia. Los centinelas estaban ubicados en cada extremo del pasillo. Estábamos en el medio. Podría eliminarlo. Romperle el cuello ahí mismo. No me alcanzarían a tiempo.

Pero me alcanzarían.

Y entonces todo terminaría. Me dispararían o me golpearían y, ciertamente, me matarían en algún momento. Isadora seguiría siendo la invitada del viejo por mucho más tiempo. Supongo que hasta que decidiera matarla también. O drogarla y convertirla en parte de su equipo en la casa principal.

El chico me sonrió como si supiera lo que estaba pensando. Incluso metió las manos detrás de su espalda y giró la cara para ofrecerme una mejor oportunidad. Lo pude ver en sus ojos. *Hazlo*, decía. *Haz ese primer tiro*.

Tenía tanta confianza como yo. Pero no estaba herido ni en peligro de ser colgado de los testículos y utilizado para prácticas de tiro. Eso reforzó sus pensamientos sobre sí mismo.

La puerta de la habitación se abrió. Kostas estaba allí, recortado por la tenue luz.

—Entra aquí—, dijo, volviéndose hacia su escritorio.

Chris extendió su brazo. El guardia calvo de cabeza gruesa y bigote me abrió la puerta. Cuando entré, Kostas estaba detrás de su escritorio. Pero no le estaba prestando atención.

Isadora me miró y luego giró la cabeza. No podía decir si estaba llorando o no.

—Siéntate—, dijo el viejo.

Me quedé en el lugar.

Desvió su mirada hacia mi derecha y asintió. Un segundo después, mi pierna derecha fue arrastrada hacia adelante y un par de manos pesadas golpearon mi pecho. Intenté girar y extender los brazos para frenar la caída. No sucedió. Aterricé sobre mi lado izquierdo. La caída fue dura, pero la alfombra era gruesa y suave y casi se sintió como aterrizar en una colchoneta de lucha libre. Aun así, el golpe discordante me dejó un poco sin aliento.

Alguien me agarró por el pelo y por la nuca y me arrastró hacia arriba. Me arrojaron hacia una silla. Golpeé la parte trasera con la cara, se cayó y yo también. Esta vez la esquina del asiento me atrapó justo en una de mis costillas magulladas o rotas.

El tipo enderezó la silla, me levantó y me sentó en ella. Luché para no mostrar ninguna reacción al dolor en mi abdomen. No pude. Me incliné hacia adelante, hacia un lado, con la mano en la caja torácica. Mi respiración era rápida y superficial.

—¿Realmente pensaste que podrías venir aquí con menos de una cuarta parte de la deuda original y salir con vida? — preguntó Kostas.

Sentí un zumbido contra mi muslo. También lo escuché. El viejo miró mi bolsillo y luego volvió a mirarme.

—¿Qué es eso? — preguntó él.

Me encogí de hombros.

Miró hacia un lado e hizo un movimiento con dos dedos. Cuatro manos descendieron sobre mí. Me levantó de un tirón. Eché mis brazos hacia atrás. Alguien revisó mis bolsillos. Metieron la mano en el bolsillo de carga y sacaron el teléfono celular.

El tipo entró en mi campo de visión. El calvo del bigote. Dejó el teléfono sobre el escritorio. El viejo lo cogió y lo miró fijamente por un momento. Luego lo dejó a un lado como si no importara. Como si alguien no pudiera usarlo para rastrear mi ubicación.

Al menos, podrían hacer algo así en Estados Unidos. No tenía idea de aquí. Incluso si Alik pudiera lograrlo, ¿cuáles eran las posibilidades de que hubiera logrado volar tan rápido? Estaba solo. Aislado. Por mi cuenta.

—¿Dónde está el resto del dinero? — preguntó el viejo.

—Eso es todo lo que tiene—, dije.

—¿Sabes que significa esto?

—Ese era el trato original, ¿verdad? Veinte mil dólares en un horario determinado.

—No cumplió con demasiados pagos en ese cronograma.

—El tipo perdió a su esposa. Y él es tu amigo. Viejo amigo. Pasaron por muchas cosas juntos. Tiene derecho a un poco de gracia, ¿verdad? Quiero decir, maldita sea, está renunciando a lo que le queda.

Alguien detrás de mí se aclaró la garganta. Suave y gentil. Casi imperceptible. Isadora. Si hubiera sido uno de los chicos, habría atravesado el momento de silencio como un trueno.

Kostas sacudió lentamente la cabeza, sonriendo. —Te sientas ahí tan engreído. Crees que lo sabes todo.

—¿Qué es lo que no sé?

—Lo único que no sabes y que importa es que Esau te vendió. Él te tendió una trampa. Claro, podrías lograrlo. O podrías morir. A él no le importa.

—Es todo lo que tiene.

—Él tiene la casa. El café.

—¿Quieres eso también?

El viejo se sentó en su silla y se reclinó como si estuviera pensando en ello. Un par de veces se preguntó: —¿Los quiero?

El ambiente en la habitación era pesado. Grandes sombras se movían a través de la luz. La puerta se abrió. No podía decir si la gente entraba arrastrando los pies y se detenía en la puerta, o si salían arrastrando los pies. Todo lo que quedó fue el sonido de nuestra respiración. El hedor de los hombres. La fragancia del cabello de Isadora.

Tensé mis músculos abdominales, apretándolos con fuerza. El dolor era manejable. Miré a Isadora. Ella me miró fijamente. Sin lágrimas. Sin sonrisa. Ninguna mirada de esperanza. Era como si pensara que mi presencia allí era una causa perdida. Estaba empezando a estar de acuerdo. Entrar con una fracción del dinero fue una estupidez.

El viejo se inclinó hacia adelante. Hizo girar el libro con el recorte y la 22 formando un semicírculo y luego lo detuvo. Con el pulgar pasó las páginas de principio a fin y luego al revés. Colocó su palma izquierda sobre la pila de pergamino. Tomó la pistola.

—¿Qué garantías tengo de que me los entregará? — preguntó Kostas.

—Su palabra, supongo—, dije.

—Su palabra significa una mierda para mí—, dijo.

—Eso es entre ustedes dos—, dije.

—Además, él no es dueño de la casa totalmente. Apenas se ha acumulado capital.

—El café es un buen negocio.

—Supongo que sí, pero tal vez sea por su trabajo.

—Tal vez sea por ella—. Saqué mi barbilla sobre mi hombro hacia Isadora. — Parece gustarle a los viejos que entran.

—Sin embargo, ella no quiere estar allí.

—¿Cómo sabrías?

El viejo miró fijamente la pistola plateada y la giró en su mano. La miró como si fuera el primer pecho que tocaba. —¿Cuánto dirías que produce ese lugar en un día?

—¿Yo? ¿Cómo puedo saber?

—Has estado allí, ¿cuánto? ¿Hace ya un mes?

—Supongo que sí.

—Bueno, tienes ojos. Ves a los clientes. ¿Cuánto hace?

—Como dijiste, no ha hecho mucho en su casa. Supongo que no es mucho.

El viejo miró hacia arriba mientras movía la pistola en su palma, agarraba el mango y pasaba

el dedo por el guardamonte. Apuntó en mi dirección sin apuntarme realmente.

—No te estás haciendo ningún favor, Jack Noble.

—¿Qué quieres que te diga? ¿El lugar hace un mil en un día? ¿Quítaselo de las manos y se te devolverá el dinero en poco tiempo?

Su rostro se llenó de miles de arrugas mientras sonreía. —¿Qué pensó Esau que sucedería?

—No lo dijo.

—¿Pensó que regresarían?

—Dije que no. No pensó que pasaría nada. Le obligué a hacer esto basándome en lo que me había dicho acerca de que ustedes dos crecieron juntos y fueron a la guerra. Verás, no somos tan diferentes. Yo también soy un soldado. He pasado por muchas cosas con un par de socios. Uno es como un hermano para mí. El otro, no tanto. A pesar de eso, moriría por cualquiera de los dos, aunque uno estaría feliz de tenderme una trampa en las circunstancias adecuadas.

—¿Qué tiene esto que ver conmigo y Esau?

—Ustedes eran hermanos mientras crecían. Mintió para unirse a ti en la guerra para que siempre tuvieras a alguien cuidándote las espaldas. Ese tipo de relación persiste sin importar la situación. Ha pasado por tiempos difíciles. Tú lo sabes. Demonios, es por eso por lo que acudió a ti en primer lugar. Tienes veinte mil dólares sobre tu escritorio. Es todo lo que tiene. Te lo está dando de buena fe. Lo que quieras hacer después de este punto depende de ti, pero creo que debes hablar con él ahora.

El viejo no dijo nada. Su mirada se movió entre el dinero y yo.

Miré a Isadora de nuevo. Ella me miró con la misma expresión en su rostro. Conmoción, supuse. La situación la había dejado nerviosa. O tal vez ya habían empezado a drogarla. Ésa es una manera de lidiar con un rehén combativo.

—Déjame irme con la chica y te presentaré una oferta—, dije.

—¿De qué? — preguntó Kostas.

—El café. Él te lo cederá. Tiene una clientela integrada y está al lado del mar. Quizás podrías usarlo. Ya sabes, filtrar cosas.

—¿Cómo qué? — Él levantó una ceja con curiosidad. —¿Qué sabes de mi negocio?

—Tu negocio es tu negocio. No me importa nada al respecto.

Se recostó y se frotó la barbilla con su mano marrón manchada por la edad. La otra descansaba sobre el escritorio junto a la pistola. Su mirada recorrió la habitación. Se detuvo cuatro veces. El dinero. Isadora. Yo. Alguien detrás de mí. Chris, supuse. Eso era todo. Éramos las únicas personas en la habitación. ¿Cuántos quedaron en el pasillo? La lógica indicaba que sólo aquellos que tenían que estar allí. El resto aprovecharía para esperar en la primera casa hasta que fueran necesarios.

Miré hacia atrás. Chris se apoyó contra la pared al lado de la puerta. Demasiado lejos para que yo pudiera alcanzarlo sin riesgo de que él o el viejo me dispararan. Me miró fijamente. Su mano fue hacia su pistola enfundada. Su cabeza se movía de un lado a otro, lentamente.

El viejo se aclaró la garganta, con un sonido ronco y hueco. —Dile a Esau que haré borrón y cuenta nueva. Se perdonan los intereses. Tiene dos días para pagar el resto de la deuda original.

—¿Si no lo hace?

—Usa tu imaginación.

—¿La mujer?

—Depende de ella.

Me puse de pie y me volví hacia ella. —¿Estás lista?

Ella apartó la mirada de mí. No se levantó.

—¿Isadora? — dije. —Vamos, salgamos de aquí.

Tenía los ojos cerrados. Ella sacudió su cabeza.

—¿Qué estás haciendo? — pregunté.

—Parece que ella no quiere ir—, dijo el viejo. —Chris, lleve al señor Noble afuera.

El chico se acercó a mí lenta y cautelosamente. Extendió la mano hacia mi brazo. Me defendí de su mano y di un paso atrás.

—Isadora—, dije. —¿Qué diablos está pasando aquí? ¿Por qué no quieres ir?

Abrió la boca, pero después de mirar a Kostas, la cerró. Giré para mirarlo.

—¿Qué le hiciste a ella? ¿Qué le diste?

—¿Disculpa?

—Tú la drogaste—, le dije. —¿Con qué?

—¿La drogué?

—De ninguna manera ella está actuando así por su cuenta.

—Como dije, la elección es suya. No está retenida aquí contra su voluntad.

—¿Qué?

—Nunca lo ha estado.

—Fuimos a la casa vieja. Encontré su ropa rota. Demonios, puedo ver el rasguño en su cara cuando ustedes, imbéciles, la arrojaron al suelo.

El viejo se rio.

—Se la llevaron a punta de pistola—, dije.

—Todo con su conocimiento—. Se reclinó, sonriendo. Su pistola estaba a su alcance. Debe haberme visto mirarla. —Adelante, inténtalo. Puede que sea viejo, y es cierto que ahora soy un poco lento. Pero no soy tan lento. Y Chris tampoco.

Me di vuelta, caminé hacia Isadora y me incliné. —¿De qué está hablando?

Tenía los ojos húmedos y rojos. Olía a fresco. Ella se movió, apretando la camisa blanca contra sus pechos, revelando el contorno de sus pezones oscuros. Ella no dijo nada.

—¿Es verdad? — pregunté. —¿Sabías de todo esto?

—Más o menos—, dijo. —Sabía por qué venían.

—Y ella accedió a que la llevaran—, dijo el viejo.

—¿Qué? — pregunté. —¿Por qué?

—Él tiene el dinero, Jack. El tío Esau lo tiene. Quizás no en el café ni en la casa, pero lo tiene.

—¿Cómo sabes esto?

—Porque nunca lo usó.

—¿Qué quieres decir con que nunca lo usó?

—Mi tía nunca se sometió a la cirugía.

CAPÍTULO 23

Me balanceé sobre mis talones después de escuchar la confesión. Esau me había parecido un hombre devastado. Lo había perdido todo, incluida su esposa. Y, en el proceso, había pedido un préstamo mayor de lo que podía manejar a un criminal. Ahora, Isadora decía que parte de eso era mentira.

Respiré profundamente, inhalando su aroma a lavanda. Las lágrimas se derramaron y gotearon por los lados de sus suaves mejillas. Un par de gotas cayeron sobre mi mano. Su cabello se extendía sobre sus hombros. Una sinapsis se disparó en lo profundo de mi cerebro y deseé que estuviéramos solos en algún lugar lejos de este desastre. Me di cuenta de lo había en ella. Era el tipo de mujer que hacía que cualquier situación fuera tan ligera que se alejaba flotando como un globo.

—¿Cómo sabes esto? — le pregunté a ella.

Se lamió los labios y se aclaró la garganta. —Después de que empezaron a acosar a mi tío, comencé a investigar en su documentación. Él no me contó lo que había sucedido, así que realmente no tuve otra opción. Encontré todos los recibos del médico y del hospital. Pero nunca nada para la operación. Incluso llamé al médico haciéndome pasar por mi madre. Quedaron confundidos por mi solicitud. No había habido ninguna cirugía. Pero tenía un folleto con lo que pensé que eran fechas y horas garabateadas.

Recordé el papel que Alik y yo habíamos encontrado en el sótano de la casa abandonada.

—¿Cómo lo logró? — pregunté. —¿Cómo te hizo creer que ella se había sometido a la cirugía?

—Ella estaba en mal estado en ese momento. No sabía lo que estaba pasando. Él la aisló por un tiempo. Nos dijo que el médico dijo que nadie podía verla. No creo que haya vuelto a ser coherente. No pasó mucho tiempo después de que ella falleciera.

—Esto no tiene ningún sentido. ¿Dónde está el dinero entonces?

Ella se encogió de hombros. —No sé. Lo está escondiendo en alguna parte. Y quiero que me lo devuelva. Quiero que me lo devuelva con intereses, porque lastimó a mi madre y me robó la vida. Si mi tía hubiera sido operada, tal vez hubiera podido irme y continuar con mi educación. En cambio, lloré por mi tía, por mi madre torturada y por mi tío angustiado. Y me quedé. El viejo bastardo engañó a todos. Me robó mi futuro, Jack.

Volví a mirar al viejo. Permaneció estoico, no dijo nada, no hizo ningún movimiento ni gesto.

Isadora dijo: —No quiero volver a verlo. No quiero volver allí. Aquí me tratan bien—. Ella asintió hacia Kostas. —El tío Esau necesita pagar su deuda. Esperaré aquí hasta que regreses con el resto del dinero.

Me incliné cerca de ella. Sus labios rozaron mi mejilla. Hablé suavemente. —No tienes que

hacer esto. Si te están metiendo en esto, dímelo. Puedo sacarte de aquí.

—No, Jack—, susurró. —Todo es verdad. Por favor, ve y consigue el resto.

Me quedé allí por un momento. Su aliento estaba caliente en mi cuello. Su piel suave contra la mía. No sabía qué pensar. Toda la situación se había puesto patas arriba. Necesitaba espacio y tiempo para resolverlo. Necesitaba que Alik lo ejecutara. Necesitaba hablar con Esau y sacarle la verdad.

—Dos días, Jack Noble—, dijo Kostas.

—¿Y si no lo tiene? — pregunté.

—Será mejor que lo tenga.

—¿Y si no lo hace? ¿Aceptarás el café?

—Ya resolvimos que el lugar no gana nada. ¿Por qué lo querría?

—Al menos es algo.

—Tiene dos días para conseguir el dinero.

La mirada del viejo se desvió hacia la puerta. La escuché abrirse. Miró hacia atrás. Chris había dejado su puesto y alguien más lo tomó. Caminó hacia donde estaba sentada Isadora. Se detuvo detrás de ella. Sacó su pistola y apuntó a la parte superior de su cabeza.

Ella jadeó y se hundió en el sofá. El tipo la levantó tirando de un mechón de pelo.

—Usa tu imaginación, Jack Noble—, dijo el viejo.

Crucé la habitación, me detuve en la puerta y miré a Isadora. —Debiste haber venido conmigo y darme tu monólogo en el avión.

CAPÍTULO 24

Un grupo de hombres me acompañó a lo largo del pasillo exterior, y hasta la sala cuadrada con las mujeres. Alrededor de la mitad todavía estaban allí. Ninguna estaba desnuda. Tal vez había llegado en el cambio de turno. Quizás las contrataron sólo para pasar la noche. ¿Una celebración? Tres chicos estaban sentados con seis mujeres en dos sofás. Todos me miraron.

—Espera aquí—, dijo el tipo calvo con la cabeza gorda y bigote.

Chocó conmigo cuando pasaba camino a la puerta principal. Una de las mujeres me sonrió. Aparté la mirada de ella. La puerta se abrió. El auto estaba afuera.

—Está bien—, dijo el calvo. —Vamos.

Me acompañaron afuera. Un chico se sentó al frente. El calvo se sentó atrás conmigo.

—No tendremos problemas, ¿verdad? — dijo.

Me encogí de hombros y no dije nada.

—Me sentiría mejor si estuvieras de acuerdo conmigo—, dijo.

—Me sentiría mejor si tuviera a la chica conmigo—, dije.

—¿Quieres una mujer? — Él levantó una ceja y sonrió. —Puedo volver adentro y conseguirte una.

Miré hacia otro lado. —No tendremos problemas. Ahora vámonos.

El viaje de regreso fue más rápido. Habían pasado menos de diez minutos cuando vi por primera vez las luces del aeropuerto. O habían dado vueltas en círculos camino a la casa, o el tiempo se ralentizó con los ojos vendados. No estaba seguro de por qué no me habían vuelto a vendar ahora. Supuse que el tipo no estaba acostumbrado a hacer esto y había cometido un error.

Así que pasé todo el viaje recordando cada punto de referencia por el que pasamos mientras parecía que no estaba haciendo nada más que quedarme dormido.

El avión permaneció en la plataforma donde lo habíamos dejado. El conductor se detuvo junto a él. La puerta principal se abrió. El tipo rodeó la parte trasera del auto y abrió mi puerta.

—Fuera—, dijo el calvo del bigote.

—¿Qué pasa contigo?

Sacudió la cabeza. —Sólo tu. Sube al avión. Esperaremos aquí mismo, observaremos y nos aseguraremos de que estés a bordo cuando despegue.

—¿Y si no lo hago?

Se quitó el abrigo y agarró la empuñadura de su pistola.

Miré su rostro sonriente. —Sabes que no lograrías dispararme antes de que te golpee.

—¿Quieres probarlo? Siéntete libre.

Escuché al tipo detrás de mí levantarse y agarrar la corredera de su pistola. El sonido

procedía de uno o dos metros de distancia. Incluso si llegara a tiempo al calvo, todavía me dispararían.

—¿Bien? — dijo.

—Será mejor que no estes en la casa la próxima vez que esté allí—. Moví mi pierna y la planté en el suelo. Escuché la otra puerta abrirse. Cuando me levanté, él me estaba mirando desde el techo.

—No quieres que haya una próxima vez—, dijo. —Una próxima vez significa el final de tu vida. Ahora súbete a ese avión.

Una oleada de ira subió como bilis amarga a mi garganta. La obligué a bajar. Nada bueno podría salir de pelear aquí. No cuando tenía enfrente dos hombres armados que permanecían fuera del alcance de mi mano.

Un segundo coche se detuvo. Los faros iluminaron el asfalto. Se abrieron puertas. Otros dos tipos salieron. Dos siluetas se acercaron a mí. Supuse que se unirían a mí en el vuelo.

Chris caminó hacia mí. Metió la mano en su bolsillo. Apreté mi pecho y mis brazos para prepararlos para la acción. Sacó un trozo de papel doblado y lo sostuvo entre nosotros.

—Para Esau—, dijo. —Asegúrate de que lo entienda.

Se lo quité y lo metí en mi bolsillo. Pensé en lo que podría ser. ¿Un dedo? No era lo suficientemente espeso. Y no había ningún bulto. Quizás un mechón de pelo.

—Un contrato revisado—, dijo. Luego sonrió. —Escrito con la sangre de la mujer.

Algo sucedió en mi cerebro y las señales viajaron a lo largo de las sinapsis, luego bajaron por mis nervios y llegaron a mis brazos y los músculos se activaron por sí solos. Mi mano izquierda se levantó en posición defensiva mientras la derecha avanzaba una distancia de menos de treinta centímetros. Pero la distancia no importaba, porque mi puño era como un motor acelerado hasta la línea roja y, de repente, puesto en marcha. Avanzaba fuerte y rápido mientras los dedos se levantaban y curvaban y mi palma se hundía en el plexo solar del chico.

Sucedió tan rápido que no tuvo tiempo de desviar el golpe ni de preparar sus músculos abdominales para recibirlo.

Expulsó todo el aire de sus pulmones y sus hombros se encorvaron hacia adelante mientras su espalda se arqueaba. Se produjo una ráfaga de movimiento a mi alrededor cuando tres hombres sacaron sus armas y comenzaron a gritar en otros tantos idiomas. Chris cayó de rodillas. Tenía un brazo alrededor de su estómago y el otro plantado en el suelo como apoyo. Estaba tratando desesperadamente de aspirar una bocanada de aire. Todo lo que pasó fue que hizo un sonido áspero y hueco y su cara se puso roja.

Las escaleras de metal y la cubierta junto al avión resonaron cuando se llenó con el piloto y el resto de la tripulación de vuelo. Observaron con la boca abierta y hablaron en voz baja.

El calvo empezó a gritarme. Los otros dos se unieron. Se acercaron a mí. No pude ver los tres a la vez. Di un paso atrás y giré en un cuarto de círculo.

—Suficiente—, gritó Chris. Se acarició el estómago con una mano y levantó la otra. Se balanceó sobre sus rodillas, luego levantó una y plantó un pie en el suelo. —Nadie le hará daño. Se sube al avión. Esas son las órdenes. ¿Entiendo?

Nadie se movió. Alguien tosió desde el andén. Siguieron con algo en griego. Parecía tímido.

—¿Entendido? — gritó el hombre.

Tres pares de zapatos de suela dura se alejaron de mí. Miré a mi alrededor y vi tres armas enfundadas. Otra oportunidad de hacer algo. Tan pronto como consiguiera un arma, los demás estarían lloviendo balas sobre mí, con órdenes o sin ellas.

—Ahora súbete al maldito avión, Jack, y espero no volver a encontrarme contigo nunca más.

CAPÍTULO 25

Mientras subía las escaleras, la brisa se hizo más fuerte. Todavía olía a petróleo, gasolina y caucho, como si estuviera en el taller de un mecánico. La barandilla parecía fría y resbaladiza. La mitad de la tripulación del vuelo embarcó antes que yo. La otra mitad me siguió. Mis escoltas permanecieron en el suelo. Tomé asiento en el lado del avión más cercano a ellos y miré por la ventana. Uno a uno, rompieron la mirada y regresaron a sus respectivos vehículos. Chris permaneció hasta el final. Me observó mientras el avión rodaba y todavía estaba allí cuando corríamos por la pista, con su traje negro ondeando.

Al igual que el viaje hasta el pequeño aeropuerto, el vuelo de regreso fue más corto. Supuse que era algo que estaba fuera del control de Kostas. Al parecer, no era mucho. Aun así, yo sí estaba bajo su control.

Al menos hasta cierto punto.

Le entregaría la carta y le haría a Esau decirme dónde estaba escondido el resto del dinero. Yo arreglaría la entrega e incluso llevaría el dinero si fuera necesario, siempre y cuando fuera público. De ninguna manera iba a regresar a la casa. Podrían amenazarme con lo que quisieran y yo no volvería a poner un pie allí.

Me preguntaba si Alik podría conseguirnos otro lugar donde quedarnos. ¿Frank lo aceptaría? ¿Enviaría ayuda para solucionar el problema o presionaría a Kostas? Era uno de los principales criminales de Grecia. Seguramente no quería que el SIS o la CIA investigaran sus negocios. Asimismo, es de suponer que Kostas tenía contactos dentro del gobierno griego y potencialmente en inteligencia. Eso causó todo tipo de problemas. El tipo de problemas con los que Frank no querría lidiar.

El avión alcanzó la cima, permaneció allí por un momento y luego comenzó su descenso. La pista de aterrizaje estaba a la vista. El piloto se inclinó hacia la izquierda, dio la vuelta, luego descendió y aterrizó.

Una mujer salió y abrió la puerta. Ella me miró, sonrió, se giró y desapareció en la cabina. No querían tener nada que ver conmigo. Me sorprendió que no hubieran cerrado las puertas con llave después de lo sucedido en el terreno. Debían haber estado en la nómina del viejo. Era la única explicación.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta, pasando por ráfagas de aire viciado por las rejillas de ventilación superiores, feliz de salir. En la abertura recorrí con la mirada el asfalto iluminado. Al final vi algo familiar. El carro de Esau. Alik dio un paso adelante. Ambas manos estaban fuera de la vista. Supuse que ambas portaban un arma. El asintió. Le devolví el gesto, luego salí y bajé las escaleras. El chirrido del motor bloqueó todos los demás sonidos. Alik giró la cabeza de izquierda a derecha y miró por encima del hombro. Incluso cuando su cabeza no se movía, sus ojos se movían a su alrededor.

A tres metros de distancia dije: —Relájate, soy sólo yo. Todos los demás se quedaron atrás.

No se calmó.

—¿Cómo supiste que estaría aquí? — pregunté.

—Llamaron con el teléfono que llevaste—, dijo Alik.

Había dejado el coche en encendido. Entramos. Puso marcha antes de que cerrara la puerta.

—¿Dijeron algo que valga la pena mencionar? — pregunté.

Alik se encogió de hombros. —Sólo que estabas en un avión y dónde y cuándo recogerte. Dijeron que sería mejor llegar a tiempo porque tenían francotiradores en el suelo y si te quedabas ahí cinco minutos te volarían la cabeza.

Ahora entendí su aprensión. No le había tenido miedo a nadie en el avión. Miré a mi alrededor, preguntándome si era cierto o si estaban tratando de hacernos enojar.

—Mierda—, dije. —¿Dónde se esconden?

—No lo sé. No me importa—. Giró hacia la carretera y pisó el acelerador al suelo. La cabina se oscureció y se llenó de vapores de diésel. Bajé la ventanilla un centímetro. El viento entraba y salía rugiendo y neutralizaba el aire.

—¿Le dijiste a Esau? — pregunté.

—No—, dijo.

—¿Quieres saber qué pasó?

—No precisamente.

—Necesito hablar con alguien al respecto.

—Llámalos cuando regresemos al apartamento.

—Maldita sea, Alik. Esto no ha terminado. Y hasta que esto termine, no estaremos seguros en el apartamento. Así que llama a Frank por teléfono y dile que tenemos que mudarnos o coopera y escúchame.

Agarró el volante con ambas manos mientras miraba entre la carretera y yo. Giró bruscamente hacia la derecha y nos detuvimos en el arcén de grava.

—Entonces habla—, dijo Alik.

Me miró mientras le contaba lo que había sucedido en la casa, comenzando con el viaje con los ojos vendados y hasta golpear a Chris y que nadie hizo nada al respecto.

—¿Entonces creen que puedes cumplir? — preguntó Alik.

Me encogí de hombros. —Supongo que están pensando que puedo. El dinero tiene que estar en alguna parte, ¿verdad? Si a Esau no se le ocurre eso, es hombre muerto. E Isadora no saldrá viva de esa casa. Lo dejaron claro.

—¿Quieres que llame a Frank? ¿Que nos saque de aquí?

Me quedé sentado durante un largo momento, contemplando la oscuridad. Una parte de mí estuvo de acuerdo en que involucrar a Frank era la mejor opción. Él podría movernos. Tal vez podría convencerlo de que envíe algo de fuerza para ayudar a liberar a Isadora. Sin embargo, las posibilidades de que eso ocurriera eran escasas. Frank estaba bajo intenso escrutinio últimamente. Siempre era vigilado por alguien en el Pentágono. Verían el movimiento por mucho que intentara ocultarlo. Sólo sería cuestión de tiempo antes de que llegaran a mí.

—Frank está fuera—, dije.

—¿Por qué?

—Lo único que puede hacer es sacarnos de la isla.

—¿Y es eso algo malo?

—Sé que gestionas bien tus asuntos, Alik. Yo también lo hago la mayor parte del tiempo. Pero esto no es parte del trabajo. Se ha vuelto personal.

Puso una marcha y el coche se movió de nuevo. —Supongo que entonces es hora de extorsionar a Esau.

CAPÍTULO 26

Todas las luces estaban encendidas dentro del café cuando llegamos a la acera. Alguien había colocado un gran trozo de madera contrachapada sobre la ventana rota. Quizás estaban allí en ese momento haciendo la reparación. Escaneé mis alrededores, luego corrí y miré dentro. El comedor estaba vacío. Sobre una mesa había una bolsa de herramientas abierta.

—Vamos a dar una vuelta—, dijo Alik.

Entramos por la entrada lateral, pasamos las escaleras y entramos al café. La puerta de Esau estaba abierta. La luz estaba encendida. Estaba sentado allí tocando su teclado. Parecía agotado y angustiado.

Caminé hacia la puerta y toqué.

Esau miró hacia arriba. El monitor arrojó una luz azul sobre su rostro y se formaron sombras donde las líneas lo marcaban. La piel debajo de sus ojos estaba oscura e hinchada.

Se levantó a medio camino de su asiento. —¿Dónde está ella?

Sacudí la cabeza cuando mi voz se quedó atrapada en mi garganta.

Alik habló por mí. —Necesitamos hablar contigo, Esau.

Recostándose en su silla de oficina, nos indicó que entráramos. Evitó nuestras miradas. En cambio, su mirada recorrió su escritorio. Mezcló papeles sueltos de ambos extremos en una pila agitada, luego los recogió y los golpeó contra su escritorio hasta que estuvieron lo más uniformes posible. Se giró y los colocó en un estante bajo y se volvió hacia nosotros lentamente. Sus ojos se detuvieron en su monitor, luego se dirigieron hacia su teclado. Lo enderezó, tomó el ratón y lo colocó al lado del teclado numérico.

—¿La viste? — preguntó en voz baja, todavía evitando nuestra mirada.

—Sí—, dije.

—¿Y?

—Ella está bien. La han tratado bien. Ella…— No sabía cuánto decirle. Isadora no vio nada malo en lo que había hecho ya que fue en respuesta a las transgresiones de Esau. Pero Esau lo consideraría una traición. —Tenía un pequeño rasguño en la cara. Me dijo que fue por una caída porque tropezó con sus pies.

Una leve sonrisa se formó en los labios de Esau. —Ella siempre ha sido torpe.

No dije nada. Alik tampoco. Respiramos al ritmo, esperando que Esau reuniera el coraje para hacer la siguiente pregunta.

Después de unos minutos, lo hizo. —Entonces, si ella no está aquí, ¿eso significa que Kostas rechazó mi oferta?

Metí la mano en mi bolsillo y saqué la nota doblada. La levanté y agité. —Él respondió.

Esau intentó tomar la nota. La bajé fuera de su vista.

—¿Qué? — dijo él.

—Necesito que seas sincero conmigo, Esau.

—¿Qué significa eso?

—¿Qué hiciste con el dinero que te dio Kostas?

—Te lo dije, pagué por la cirugía fallida de mi esposa.

—¿Y?

—Falló. No funcionó. Desperdicié todo ese dinero y ella murió de todos modos.

Alik dijo: —¿Qué pasó realmente?

Esau contestó: —¿Qué quieres decir? Acabo de decirles.

—Intentaste untarnos con mierda.

El rostro de Esau enrojeció, sus ojos se abrieron de par en par y sus fosas nasales se dilataron. —¿Qué me estás diciendo?

Le dije: —Sólo quiero que seas sincero con nosotros, Esau.

Destacaban las venas a los lados de su cabeza y cuello. Golpeó el escritorio con las palmas abiertas. El teclado vibró y el ratón saltó un centímetro hacia la derecha.

—¿Por qué no vienes y me llamas mentiroso?

Durante unos instantes el único sonido en la habitación fue su respiración entrecortada, rápida y errática, inhalando y expulsando.

—Eres un mentiroso, Esau—, le dije.

Se lanzó hacia adelante, pero se detuvo. Ya sea por voluntad propia o porque sus rodillas golpearon el escritorio, no lo sé. Lentamente se acomodó en su silla. Sus manos se elevaron hacia su rostro. Las colocó sobre sus mejillas y ojos. Bajó con los dedos apretados, jalando los párpados inferiores y revelando la carne rosa debajo. Sus manos se deslizaron aún más. Apoyó la barbilla en el pecho y miró fijamente el teclado.

—¿Que sabes? — preguntó.

Le dije: —Que tu esposa nunca fue operada.

—¿Cómo sabes esto?

Tuve que elaborar mis palabras para estar un paso por delante. Una vez que le informara lo que Isadora me había dicho, me preguntaría por qué.

—Tu sobrina encontró todos los papeles. Llamó al consultorio del médico. Le dijeron que tu esposa nunca se sometió a la cirugía.

Esau asintió lentamente. Miró hacia arriba, luego a Alik y después a mí. —¿Y por qué te dijo eso?

—Te dije que Kostas y sus hombres están siendo buenos con ella, pero ella todavía está retenida en contra de su voluntad. Nos apuntaban a los dos cuando les entregué la bolsa que contenía la quinta parte de lo que habías pedido prestado. Sabía que no iban a hacer nada. Pero estaba asustada. Supongo que pensó que nos estaba ganando tiempo diciéndoles que nunca gastaste el dinero.

Esau no dijo nada.

—Mi pregunta es ¿por qué ella no supo esto desde el principio? Ella estuvo aquí, ¿verdad? Ella habría sabido que tu esposa nunca se sometió a la cirugía.

Esau negó con la cabeza. —La despedimos. Le dije que Eleni insistió en ello. Que no quería ser una carga para ella después de la operación. Le dije que traeríamos ayuda. Así que arreglé una escapada de un mes para Isa, indicándole que ya era hora de relajarse y ser una mujer joven. Cuando regresó, mi esposa había decaído tanto que ya no hablaba. Me aseguré de que la enfermera estuviera siempre a su lado para evitar que mi sobrina se entrometiera.

Ahora parecía un hombre derrotado. Desplomado en su silla. Puso los codos sobre los brazos

de la silla, apoyando el torso. Levantó la cabeza con una mano. Cerró su otra mano en un puño.

—¿Entonces dónde está? — preguntó Alik.

Esau no dijo nada.

—¿Dónde escondes el resto del dinero? — preguntó Alik.

Esau miró hacia otro lado y siguió sin decir nada.

Alik se puso de pie y se inclinó sobre el escritorio. Agarró a Esau por los mechones de pelo de su cabeza y lo obligó a mirar hacia arriba. —Tonto. Tu sobrina corre peligro de perder la vida. ¿Dónde escondes el puto dinero?

—¡El dinero se acabó! —gritó Esau. —¡Está desaparecido! ¡Ya no lo tengo!

CAPÍTULO 27

Alik soltó al viejo y dio un paso atrás, pateando su silla. Se volcó y se estrelló contra la pared. Me miró, extendió las manos y se encogió de hombros como si hubiera sido derrotado.

Me incliné hacia adelante y puse mis brazos sobre el escritorio. —¿Esau? ¿Qué quieres decir con que el dinero se ha ido? ¿Qué hiciste con él?

Tosió mientras se secaba las lágrimas de las mejillas y los ojos. El enrojecimiento desapareció de su piel. —Tenía una pista. Una buena, ¿sabes?

—¿Una pista sobre qué? — pregunté.

—No podía perder esta vez. Me quedé fuera cuando surgieron tantas otras oportunidades. Pero seguí a cada una y todas fueron ganadoras. Sabía que era el momento adecuado.

—¿De qué estás hablando, viejo? — Alik enderezó su silla y se sentó en ella.

—Era el momento adecuado, sí que lo era—. Esau giró noventa grados y abrió un cajón. Estaba murmurando en griego mientras lo hojeaba, luego otro y finalmente el de abajo. Sacó un trozo de papel que parecía haber sido doblado, arrojado al barro, rociado con agua y pisoteado por una manada de animales salvajes. —Ah, aquí está.

—¿Qué es eso? — pregunté.

—Tuve el dinero durante una semana o dos. Eleni no lo sabía. Nunca le conté a Isadora sobre esto. De todos modos, no es como si ella conociera nuestras finanzas. Tal vez lo que le había dicho su madre, pero esa información vendría de mi esposa, y ella realmente no lo sabía *todo*. Así que tuve el dinero, recibí información y gasté un par de miles para enviar a Isa de vacaciones por un mes.

Alik y yo nos miramos el uno al otro. No dijimos nada.

—Ese día, le dije a mi esposa que me dirigía a ver a un nuevo médico sobre un procedimiento. Ella quería ir, por supuesto. Pero le dije que estaba demasiado débil. Si todo iba bien, traeríamos al médico para que la examinara.

—¿Día de qué? — preguntó Alik.

Esau respiró hondo. Su mirada se movió entre nosotros dos. Sonrió durante un par de segundos, más ampliamente de lo que jamás había visto, revelando dientes marrones cerca de sus encías rojas.

—No podía perder—, dijo.

—¿Perder?

—En la pista—, dijo Esau. —Era algo seguro. Mi fuente había acertado cincuenta de cincuenta veces. Y esta vez, la apuesta era de cuarenta a uno.

Me recosté en mi silla, estupefacto por lo que Esau había dicho. —¿Apostaste el dinero que pediste prestado para la cirugía de tu esposa a un caballo?

Sacudió la cabeza. —No es un caballo cualquiera. Un verdadero candidato para ganar. En esas circunstancias, no podía dejarlo pasar. Habría resuelto todos nuestros problemas.

—¿Cómo resultó eso?

Su entusiasmo y su mirada cayeron un poco. Levantó la mano y separó el pulgar y el índice un par de centímetros. —Perdió por una nariz.

—Jesucristo—, dije. —Tienes que estar bromeando. ¿Yo arriesgué mi cuello y tú arriesgaste la vida de tu sobrina por el dinero que perdiste en la pista?

Esau no dijo nada, lo que sólo sirvió para intensificar mi ira.

Me puse de pie, eché mi silla hacia atrás y pateé el escritorio hacia él. Sus rodillas estaban debajo, dejando nada más que sus brazos y su pecho para evitar que el escritorio chocara con la pared. Se arrojó hacia atrás, pero no a tiempo. El filo se estrelló contra su estómago. Se inclinó hacia adelante con la boca torcida en un grito silencioso.

Alik saltó y se colocó entre Esau y yo. —Ahora no, Jack. Así no.

—¿Cómo entonces?

Alik me empujó hacia la puerta. Levanté las manos en señal de retirada.

—Está bien. Estoy bien.

—De acuerdo— Alik retrocedió.

Esau agitaba las manos sobre su cabeza. Su cara se había puesto roja como una remolacha. O conseguiría aire en sus pulmones o sufriría un derrame cerebral. No sabría decir cuál. Después de unos segundos más, tragó aire con un sonido horrible. Respiró unas cuantas veces más, cada una un poco menos chirriante que la anterior.

Pasaron unos segundos más y habló. —Lo siento, amigo mío, pero había que hacerlo.

—¿Cómo diablos puedes racionalizar esto? ¿Eh? ¿Eres simplemente un degenerado común y corriente?

Movió la cabeza de un lado a otro. —No, en absoluto. Tenía el dinero que me había prestado Kostas, pero no era suficiente. Es cierto que hablé con ese médico. Y yo iba a verlo. Pero pregunté cuánto costaría la cirugía y ni siquiera estaba cerca. Pensé que tal vez habría ayuda, pero se la cirugía era considerada radical y progresista y nadie ayudaría a financiarla. Verás, no tuve elección.

—¿La casa? — preguntó Alik. —¿Cuánto vale?

—Te lo dije antes—, dijo Esau. —Nada.

—¿Y el café?

—Un poco, pero no lo suficiente para pagar la deuda. Y no genera suficiente dinero para tentar a Kostas. Lo intenté antes.

Abrí el papel que Chris me había entregado. —La deuda original es lo que él tomará, menos el veinte por ciento que ya pagaste.

—No lo tengo—, dijo Esau. —No tengo esa cantidad de dinero. Lo que tomaste fue todo lo que había.

Di un paso adelante. Alik se movió para bloquear mi camino. Extendí mi brazo y asentí hacia él. —Está bien—. Luego miré a Esau. —No sé qué hacer por ti ahora. Kostas expuso claramente su caso. Si no pagas, Isadora y tú estáis muertos. Y supongo que primero te hará verla morir, y luego prolongará tu muerte todo el tiempo que pueda. Viejos amigos o no, no es alguien con quien jugar.

Me di la vuelta y salí de la oficina. Entré al café y subí las escaleras. Los ecos de los lamentos de Esau me siguieron hasta el apartamento.

CAPÍTULO 28

Me paré frente a la ventana abierta, mirando la oscuridad. Las olas se agitaban y rompían y el viento arrastraba la espuma salada al interior del apartamento. Me salpicó en la cara como pequeñas gotas de lluvia. Cerré los ojos y permanecí allí mientras mis pensamientos vagaban, recordando escenas de los últimos días.

Nada de lo que Isadora había dicho o hecho había implicado directamente su participación en esto. No pude encontrar ninguna evidencia de que ella buscara a Kostas para iniciar la caída de su tío. Pero estaba claro que tenía alguna idea de lo que iban a hacer. Tal vez pensó que estaba ayudando, contándole a Kostas lo que había descubierto. Ella había rechazado mi ayuda. Cada mirada que ella me había dado decía: aléjate. Pensé que era por lo débil que estaba por mi recuperación. Kostas debe haberle ordenado que no involucrara a nadie más. ¿Podría ser que la razón por la que estaba detenida se debía a que yo insistía en que podía ayudar?

Supuse que los hombres de Kostas nos vieron husmeando en esa vieja casa donde encontramos su blusa. Deben haber sabido que terminaríamos allí. ¿Por qué habrían creado esa escena? Eso lo hizo más convincente. Ver su ropa rota en el suelo del sótano habría sido suficiente para que Esau diera un paso al frente y saldara su deuda. Al menos eso podían esperar.

Lo que me molestó fue que Isadora tenía una idea de quiénes éramos Alik y yo. Sabía que éramos el tipo de hombres que podían ayudarla. Me sentí traicionado porque ella no nos contó lo que estaba pasando.

Sin embargo, entendí su posición. Y no pude evitar pensar que había otra razón detrás de su decisión. Algo que no podía decirme mientras yo estuviera en la oficina de Kostas. Tal vez tenía alguna idea loca planeada. O tal vez no era nada de eso.

La puerta sonó, abrí los ojos y me quedé en el lugar. El viento entró a través del túnel temporal. El sonido de las olas se hizo más fuerte. Me lamí los labios. Probé la sal.

—¿Le dijiste algo más? — pregunté.

—No—. Alik cruzó la habitación y se detuvo a mi lado. Cruzó los brazos sobre el pecho. Respiró hondo unas cuantas veces, iba a empezar a hablar y se detuvo.

—¿Qué pasa?

—Creo que debería llamar a Frank.

—No.

—Entonces, ¿Qué propones, Jack? ¿Entramos allí armados con pistolas y nos enfrentamos a un jefe del crimen organizado y a todos sus matones? Demonios, no podríamos enfrentarlos aquí en el café. Imagínate lo que pasará cuando estemos allí y puedan usar sus armas. No pasaremos de la puerta principal.

—Sé dónde está el lugar. Tengo una idea de la distribución de la propiedad. Podemos entrar al amparo de la noche. O a mitad del día. No hace mucha diferencia para mí. Sólo quiero sacarla

de allí.

—Y digamos hipotéticamente que logramos esta misión. ¿Entonces qué? ¿Qué sigue para Isadora y Esau? Dios mío, Jack, esto nunca terminará. Ellos vendrán tras ellos. Y vendrán tras nosotros. Puedes olvidarte de nuestro objetivo o de lo que sea que tengamos que hacer aquí. Kostas tomará esas imágenes de seguridad y comenzará a mostrárselas a sus contactos. No pasará mucho tiempo hasta que las personas equivocadas descubran nuestro paradero. ¿Has pensado en eso?

Me quedé mirando las débiles olas que fluían hacia la orilla y no dije nada.

—¿Lo has pensado? ¿Has considerado lo que pasaría si Ivanov se enterara de nuestra ubicación? ¿Quién crees que puede traer a alguien aquí primero? ¿Frank o un general ruso?

—Frank tiene contactos en todas partes. Y tengo contactos de la CIA.

Sacudió la cabeza. —No me mientas. Se todo sobre ti. No le agradas a nadie en la CIA. Fuiste un dolor de cabeza cuando te ataron y expusiste a un agente deshonesto. E incluso si hubiera alguien por ahí que pensara lo suficiente en ti como para ayudar, todo lo que haría falta es echar un vistazo a tu expediente para ver toda la mierda que has hecho en los últimos cinco años. Te venderían en un instante. Preferirían verte morir a manos de Ivanov.

—¿Entonces por qué estás aquí?

Se volvió hacia mí, todavía con los brazos cruzados, sacudiendo la cabeza. —En este momento no tengo ni idea. Y es por eso voy a llamar a Frank.

—¿Y qué le vas a decir?

—Que me voy de aquí y que él puede hacer lo que quiera contigo.

—¿Qué crees que va a responder a eso?

—A la mierda lo que diga. Esta es mi decisión.

—¿Quieres mirar por encima del hombro el resto de tu vida, esperando que aparezca un tipo como yo?

Alik no dijo nada.

—¿Cómo le vas a explicar todo este lío?

Exhaló aire por un lado de su boca en una risa burlona. —Eso es fácil. Te culparé.

—¿Crees que le importará?

Alik miró hacia el mar y no respondió.

—Sabes lo que hará, ¿no?

—Sí—. Hizo una pausa. —Lo mismo que hará Kostas si vamos tras él.

—¿Con quién preferirías arriesgarte?

—No lo sé, Jack. Simplemente no lo sé.

—Hay otra opción escondida detrás de la puerta número tres.

La cabeza de Alik se echó hacia atrás un par de centímetros. —¿Qué? ¿Puerta qué?

—Es una expresión. Simplemente llámalo opción C.

—De acuerdo. ¿Qué es?

—Tengo el dinero.

CAPÍTULO 29

El viento entraba por la ventana abierta y se arremolinaba en el salón y la cocina, levantando papeles sueltos. Las nubes se agrupaban en la distancia. Parecían brillantes contra el cielo oscuro. El único sonido era el de las olas rompiendo una y otra vez.

—¿Que dinero? — preguntó Alik.

—He trabajado como contratista durante mucho tiempo—, dije. —La mayor parte del tiempo, solo con un compañero. Hemos aceptado muchos trabajos bien remunerados. Invertí lo que gané en diferentes oportunidades.

—No te entiendo. Este no es nuestro problema. Es de ellos. ¿Por qué te cargas con el desorden de Esau?

Negué con la cabeza hacia él. —Hay una diferencia fundamental entre nosotros. Es por eso por lo que estás estancado como un hombre que dice sí...

—Nunca me llames así—, dijo, dando un paso hacia mí y extendiendo su mano. —Si yo fuera un hombre que siempre dice sí, no estuviera aquí ayudándote. Lo arriesgué todo por esto. Ahora soy un criminal en mi país.

Dudé antes de responder, esperando a que retrocediera. Después de unos segundos lo hizo.

—Supongo que lo expresé mal—, dije. —Independientemente de lo que estés haciendo por mí, sigues actuando según órdenes dadas por otra persona.

—¿Qué estabas haciendo cuando te metiste en este lío? ¿Cuándo te enviaron a Delfín Negro?

—Yo... — Me volví hacia la ventana, dejé caer la cabeza hacia atrás y dejé que el viento me envolviera y despertara un recuerdo reciente. Antes de ese momento, no me había dado cuenta de las similitudes. —Cristo, hice lo mismo antes.

—¿Qué?

—Mandy—, dije. —La niña pequeña.

—¿Quién?

—Todo esto empezó cuando paré a ayudar a una niña perdida en la ciudad. Se convirtió en este lío gigantesco que me llevó de Estados Unidos, a París, a Italia. Conseguí un par de trabajos en el camino. Así es como los rusos llegaron a mí. Lo que no se dieron cuenta fue cuánto más había detrás.

—Ya lo ves—, dijo Alik. —Tu falta de autocontrol es lo que te lleva a estas situaciones.

No dije nada mientras él caminaba hacia la cocina. Abrió la nevera y sacó dos cervezas. Abrió las tapas y colocó una sobre el mostrador.

—Para ti—, dijo. —Tal vez te ayude a pensar con claridad.

Sentí la botella fría y húmeda en mi mano. Tomé un largo trago de la bebida fría. Sabía mejor que cualquier cosa que hubiera probado en todo el día, que no había sido mucho. Sentí una punzada en el costado con cada trago.

—Sé que podemos seguir adelante—, dije. —Hacer que Frank nos reubique. Explicarle cómo terminamos en medio de algo solo porque estábamos en la habitación. Y tal vez con el tiempo ya no me importe más. Pero ahora mismo no puedo verlo, hombre. No importa lo mal que se hayan equivocado Esau e Isadora, tengo que hacer esto.

Alik se llevó la botella a la boca.

Le dije: —No tienes que ser parte de esto. Si quieres, genial. Si no, estaré encantado de decirle a Frank que te obligué a mantenerte al margen.

—No lo comprendo.

—No me entiendo a mí mismo. Pero, ya sabes, estas personas no nos conocían y era obvio que teníamos problemas pisándonos los talones. A pesar de eso, nos alojaron. Nos invitaron a entrar, sabiendo muy bien que podrían quedar atrapados en la mira.

—Un cínico diría que lo hicieron porque entonces les deberíamos un favor.

—Eso podría ser.

Alik se encogió de hombros. —¿Quién sabe? Y creo que hay más en esto. Creo que Esau está metido en algo más que no nos está contando. Ya sea con ese tal Kostas o con alguien más.

—Es posible, pero no sé si es relevante en este momento.

—¿Qué es lo importante entonces?

—Isadora. La sacamos y luego todo se acomoda donde es necesario.

Alik se quedó allí, con la cerveza a su lado, sacudiendo la cabeza. Intentó disuadirme durante otra media hora. Nada de lo que dijo me hizo cambiar de opinión.

Nos acercamos a la mesa. El viento se había levantado algo fuerte, así que cerramos las ventanas. Se sentía vacío en el apartamento. Como si estuviéramos sentados en el vacío.

—¿Cómo funciona el plan? — preguntó Alik. —¿No revelará tu identidad?

—Es una cuenta suiza—, dije. —Una que usaba todo el tiempo mientras operaba bajo varias identidades.

—¿Entonces tienes un nombre específico que usas en el banco?

—No—. Hice girar un cuaderno frente a mí y esbocé un diagrama de flujo. —Puedo iniciar la transferencia desde una computadora, si es necesario. Luego, en un banco local, hay un código de acceso que el banquero transmite al representante en Suiza. Luego, llamo por teléfono y hay una serie de preguntas que tengo que responder.

—Esau tiene una computadora en la oficina. ¿Crees que todavía está ahí abajo?

—Yo digo que vayamos a averiguarlo.

Mi ritmo cardíaco aumentó cuando salimos del apartamento. Hasta donde yo sabía, nadie podía saber cuándo se produjo actividad en la cuenta, porque nadie la conocía. Pero nada era seguro. Tendría que permanecer alerta cuando entrara a recoger el dinero.

Bajamos las escaleras y entramos al café oscuro. Las farolas de la calle estaban apagadas. La única luz era la que se filtraba por las rendijas y debajo de la puerta de la oficina de Esau.

Alik llamó.

No hubo respuesta.

Se agachó y comprobó el pomo. —Tiene seguro.

—¿Esaú? — dije. —Necesitamos hablar contigo.

Aún sin respuesta.

—¿Crees que se fue? — preguntó Alik.

Me encogí de hombros. —No importa, supongo. Lo que realmente necesitamos es acceso a la computadora. No me parece el tipo de persona que apaga la computadora todas las noches. Y si lo hace, dudo que esté protegida con contraseña.

—Puedo lograrlo incluso si la tiene.

—Entonces abramos esa puerta.

—Espera aquí.

Alik fue detrás del mostrador y abrió un cajón. Los utensilios chocaron entre sí mientras buscaba algo. Regresó con una fina espátula de metal y un cuchillo para untar. Le llevó unos quince segundos abrir la puerta.

—Mejor que la entrada forzada—, dijo, mirándome con una sonrisa que se desvaneció cuando vio la expresión de mi rostro.

—Jesús—, dije.

Intentamos entrar a la habitación al mismo tiempo y chocamos. Di un paso atrás y dejé que Alik entrara primero. Mi mano se detuvo en la fina arena del ladrillo pintado. La sangre cubrió la pared detrás de donde se había sentado Esau. Líneas de él cayeron hacia el suelo. El viejo estaba desplomado hacia adelante. Su cabeza, al menos lo que quedaba, descansaba sobre el calendario de su escritorio, rodeada por un charco de sangre. El suelo debía haber estado inclinado, porque su sangre goteó por el borde y aterrizó en el suelo donde Alik y yo habíamos estado antes. Continuó en una línea cada vez más estrecha hacia el centro de la habitación, donde volvió a acumularse.

Crucé la habitación, con cuidado de mantenerme fuera del fluido. Junto a la cabeza y el brazo extendido de Esau estaba su arma. Tenía trozos de cerebro y hueso y salpicaduras de sangre. Un trozo de papel sobresalía debajo de su cara. Estaba escrito a mano. Junto a él había un bolígrafo. Una nota, supuse. No me molesté en recogerla. El papel estaba cubierto de carmesí, haciéndolo ilegible.

—¿Crees que lo hizo él mismo? — preguntó Alik.

—Revisa tu teléfono—, le dije. —¿Alguna llamada perdida?

Sacó el móvil de su bolsillo. —No.

—Si Kostas hubiera organizado esto, nos habrían dicho algo.

Alik asintió y no dijo nada.

—Tonto hijo de puta—, le dije al cadáver de Esau.

—Tenía que ser la confesión—, dijo Alik.

—Eso era un peso encima de sus hombros—, dije. —El saber que Isadora moriría por su culpa hizo que fuera mucho más doloroso.

—¿Deberíamos llamar a alguien? — preguntó Alik.

Negué con la cabeza. —Hacemos eso y Kostas lo descubrirá. Una vez que lo haga, Isadora ya no le resultará útil. ¿Cuánto tiempo crees que la mantendrá cerca?

Encogiéndose de hombros, dijo: —Entonces, ¿qué hacemos?

—Encuentra una toalla. Limpia la puerta para que no queden huellas en ella. Hay más madera contrachapada en el comedor. Cubriremos con ella la puerta de entrada y la otra ventana. La gente asumirá que el lugar está cerrado por reparaciones. Una vez que hayamos terminado con Kostas, llamaremos para dar un aviso anónimo.

Unos minutos más tarde salimos del café por la puerta lateral, detrás de la escalera. El viento azotaba los edificios, golpeando todo a su paso.

—Se acerca una tormenta—, dijo Alik, mirando hacia el sur, donde se acercaban las nubes. —Podría dificultar el cruce hacia el continente.

Miré mi reloj. Eran las cuatro de la madrugada. Demasiado temprano para tomar el ferry. Ningún aeropuerto comercial cercano era lo suficientemente grande como para tener vuelos en funcionamiento en ese momento. E incluso si lo hicieran, no podríamos conseguir entradas sin

una identificación adecuada.

Así que nos subimos al auto de Esau y Alik condujo hasta que salimos de la ciudad. Se detuvo a un lado de la carretera y sacó su teléfono celular.

—¿Qué estás haciendo? — pregunté.

—Conozco a alguien que puede sacarnos de la isla—, dijo.

CAPÍTULO 30

Una hora más tarde estaba sentado en el estrecho asiento trasero de un pequeño Cessna, mirando hacia el este, el horizonte anaranjado. El resplandor de un amanecer a una hora de distancia. Nunca había visto al hombre que piloteaba la nave. No ofreció su nombre. Alik tampoco. Y no pregunté. Nos estaba llevando del punto A al B y eso era todo lo que importaba.

Dijo que el vuelo duraría aproximadamente media hora, así que me preparé para el estrecho viaje y pensé en el día. El problema era que sólo podía imaginar una pequeña parte. Encontraríamos un banco. Entraría y hablaría con un banquero para iniciar la transferencia. El proceso tardaría treinta minutos como máximo. Entonces haríamos la llamada. Lo que sucedería después sería una incógnita. Y no había nada que pudiera hacer mientras estaba en el aire, así que cerré los ojos, incliné la cabeza hacia atrás y fingí dormir.

La avioneta rebotó en las fuertes corrientes de viento. Me incliné y miré por la ventana. Nada más que un mar oscuro que el tono de la mañana aún no había coloreado.

El piloto volvió a estabilizar el avión. Cerré los ojos una vez más y logré quedarme dormido.

El cielo estaba un poco más brillante cuando me despertó el sonido del tren de aterrizaje raspando la pista. El piloto pisó el freno y el pequeño Cessna se detuvo bruscamente, lanzando mi cabeza hacia adelante.

Alik miró hacia atrás, señaló un taxi que esperaba y luego levantó el pulgar en el aire. Agarré el hombro del piloto y le di las gracias.

Recorrí el pequeño aeropuerto con la mirada antes de poner un pie en tierra. No se parecía al lugar donde había estado el día anterior.

Antes de partir consultamos un mapa. Señalé la ubicación de la casa. El piloto señaló un pueblo cercano con un banco lo suficientemente grande como para atender mi solicitud. Así que supuse que la pista de aterrizaje estaba en algún punto intermedio.

Alik corrió hacia el taxi. Se subió al frente, tal vez examinando al conductor. Nuestros planes eran no eran conocidos por nadie. Esperábamos. Un par de veces se me pasó por la cabeza que tal vez Kostas había logrado piratear el teléfono y convertirlo en un micrófono. Sé que antes había entrado en una habitación con un teléfono así. Pero, incluso si lo hubieran hecho, no sabrían dónde estábamos. Sería un desperdicio de mano de obra poner un hombre en cada taxi de la zona o tratar de localizar cada taxi.

Abrí la puerta del pasajero trasero y me deslicé en el banco de vinilo. Estiré mi pierna a través de él apoyado contra la puerta. Al frente, Alik y el conductor hablaban en griego. Alik se giró en su asiento y me dijo que teníamos media hora de viaje y, después, otra hora para que abriera el banco.

Así que cerré los ojos y me quedé dormido de nuevo mientras el taxi avanzaba por viejos

caminos rurales.

Cuando desperté estábamos en un estacionamiento detrás de un edificio de tres pisos con aspecto industrial. Se alzaban chimeneas y el viento agitaba el humo hasta que desaparecía en medio del cielo gris. Hombres de distintas edades y tallas, pero todos vestidos igual, paseaban por la acera cargando mochilas o bolsas de almuerzo. La mayoría se desviaron en algún momento del camino. Sólo unos pocos continuaron pasando el edificio.

—¿Este es el banco? — pregunté.

—No—, dijo Alik. —Aceptó esperar con nosotros hasta que el banco abra y hasta después de que hagamos lo que debemos.

—No sé si eso vaya a pasar—, dije.

El tipo miró por el retrovisor y se encontró con mi mirada. Los escasos pelos grises de su labio se extendieron mientras sonreía. Dijo algo en griego, que sonó como un saludo que le había oído a uno de los viejos que frecuentaban el café. Asentí y traté de devolverle la sonrisa. Probablemente parecía más bien un gruñido.

—Está bien—, dijo Alik.

—Me sentiría mejor si nos separáramos después—, dije.

—Estoy de acuerdo. Por eso le pediremos que nos lleve a un lugar de alquiler de coches después.

—¿Por qué no haces eso mientras estoy dentro?

—Aún mejor—, dijo Alik. —De esa manera no perderemos más tiempo.

Miré mi reloj. —Hablando de tiempo. ¿El banco ya está abierto?

Alik miró el reloj del tablero y asintió. Extendió la mano y tocó al conductor en el hombro. Tuvieron un breve intercambio. El taxista giró la llave en el contacto y cruzó el aparcamiento. Se detuvo y esperó mientras pasaba un grupo de hombres comunes. Luego, nos pusimos de nuevo en camino.

Resultó que estábamos a más de cinco minutos del banco. Quizás Alik se sintiera mejor más lejos del centro. ¿Podría tener las mismas preocupaciones que yo por el teléfono?

El conductor entró en el aparcamiento y se detuvo frente al edificio cuadrado de hormigón. Una fila de cuatro personas esperaba en la puerta principal. Pude ver a una banquera al otro lado del cristal ahumado. Era delgada y vestía un vestido oscuro. Extendió la mano y giró la cerradura. La puerta se abrió. La mujer sonreía mientras se hacía a un lado y saludaba a cada persona en la fila mientras entraban.

—No debería tomar mucho tiempo—, dije. —Adelante, alquila el coche. Nos vemos atrás.

Alik asintió. Abrí la puerta y salí. Me llamó, sosteniendo el teléfono por la ventana.

—Será mejor que lo guardes—, dijo.

Regresé, lo agarré y lo apagué mientras me dirigía hacia la entrada. Ya hacía calor y humedad. Las nubes se amontonaron en lo alto. Parecían negras en algunos puntos. Supuse que estaría lloviendo cuando saliera. Ojalá tuvieran una bolsa impermeable para que yo la usara.

El aire frío me envolvió cuando abrí la puerta y crucé el umbral. Mis pasos resonaron en el suelo de baldosas. Las paredes de la entrada tenían el mismo aspecto que el material utilizado en el exterior. Pasado eso, se alisaron y se pintaron de un gris industrial. Una alfombra de pelo corto de aspecto similar estaba pegada a las baldosas.

Al otro lado de la habitación había cuatro ventanillas. Dos tenían carteles en el medio que supuse decían fuera de servicio. Los otros dos estaban ocupados por mujeres jóvenes que parecían ser hermanas. Miré alrededor de la habitación. Había varias oficinas con ventanas en lugar de paredes. La mujer que había abierto el banco me miró a los ojos y sonrió. Ella se puso

de pie cuando me acerqué.

Me detuve en la puerta y le dije: —¿Hablas inglés?

Ella sonrió, asintió y me indicó que tomara asiento.

Cerré la puerta detrás de mí. Golpeó al cerrarse. Era más joven de lo que parecía desde la distancia. Las apretadas espirales de su cabello rebotaban mientras se movía. Su delgada nariz estaba ligeramente curvada, pero nada que le quitara la belleza. Me senté frente a ella y crucé las manos sobre su escritorio.

—¿En qué puedo ayudarle esta mañana, señor? — Sus palabras fueron practicadas pero su pronunciación sonaba forzada. Mejor de lo que yo podría hacerlo en su lengua nativa, eso es seguro.

—Necesito transferir algo de dinero desde una cuenta suiza.

Sus cejas se alzaron y me lanzó una rápida mirada. No coincidía con el perfil de un cliente que entraría y haría tal solicitud.

—Me siento más cómodo vestido así—, le dije, ahorrándole la vergüenza de interrogarme.

Ella sonrió. —Pido disculpas. No tenemos muchos de este tipo de solicitudes. No estoy segura de saber por dónde empezar.

Me incliné hacia adelante, cogí un bolígrafo y su libreta y anoté el número de teléfono del banco. Debajo escribí el código de acceso.

—Eso es todo lo que necesitarás—, dije. —Diles que estás llamando para iniciar una transferencia bancaria. Ellos te conectarán con la persona correcta. Una vez que le des a esa persona el código de acceso, querrá hablar conmigo y luego necesitará un poco más de información tuya. El dinero estará disponible unos minutos después.

—Veo que has hecho esto antes—, dijo.

—Una o dos veces.

—¿No necesito tu nombre?

Negué con la cabeza. Mantuve contacto visual con ella.

—Incluso para mi referencia personal—, dijo.

Me encogí de hombros y le dije que mi nombre era Martin. Después de eso dejó de hacer preguntas y realizó la llamada. Dejó el teléfono en el altavoz. El operador respondió y rápidamente transfirió la llamada al siguiente departamento.

Se escuchó una voz que habló con acento neutro. —Código de acceso.

Parecía sorprendida de que no la hubieran saludado. —Uh, bueno, es…

—Código de acceso, por favor.

Leyó la cadena de números y luego la repitió cuando se lo pidieron.

Pasaron unos segundos. La conexión silbó como un neumático con fugas.

—Coloque al titular de la cuenta en la línea.

Cogí el teléfono y susurré: —Sácame del altavoz.

Ella dudó.

—Me van a hacer preguntas específicas. No puedo permitir que sepas las respuestas.

Ella asintió con complicidad y luego presionó el botón del altavoz.

—Estoy aquí—, dije.

La persona al otro lado de la línea leyó cinco de las veinte posibles preguntas de seguridad. Proporcioné las respuestas preestablecidas. Si alguien hubiera escuchado el intercambio, quedaría desconcertado por lo que dijimos. Eran como dos niños leyendo los guiones de diez películas diferentes. Así tenía que ser. La cuenta tenía más de cinco millones y ni siquiera el banco de Suiza podía ser responsable de ello.

—¿Cuánto le gustaría transferir hoy, señor?

—Cien mil dólares estadounidenses.

—Ponga al banquero en la línea, por favor.

Le devolví el teléfono. Se lo puso sobre el hombro y lo sujetó con la mejilla. Tuvo el efecto de arrugar la piel y estrecharle el ojo. Escuchó mientras el banquero suizo le pedía información y luego escupió una sarta de números y códigos como si lo hubiera hecho cientos de veces. Le dio las gracias a la persona al otro lado de la línea y dejó el teléfono en el soporte.

Ella me miró con una sonrisa. —Debería estar listo para funcionar en unos minutos.

Estaba demasiado cansado para mantenerla involucrada en la conversación. Se puso de pie, caminó a mi alrededor y abrió la puerta de su oficina. El bajo murmullo de la charla de la sala principal se filtró. Miré más allá de la pared de vidrio. Seis personas hicieron cola. Hablaron entre ellos mientras tomaban café. Era el tipo de ciudad donde todos se conocían. No podríamos estar a más de cincuenta millas de Atenas. Sin embargo, la gente aquí era en gran medida de un pueblo pequeño.

Cada pocos segundos tocaba el teclado. Actualizando su pantalla, supuse.

—Y ya llegó—. Ella se puso de pie y extendió la mano. —Venga conmigo, señor, eh, Martin.

Entramos al vestíbulo, pasamos junto a los cajeros, la gente que esperaba y las otras oficinas. Más de unos pocos ojos masculinos la observaron mientras pasábamos. Sacó una llave de su bolsillo y la insertó en una gruesa puerta de acero que siseó cuando la abrió. El aire del interior era un poco más frío y mucho más viciado. Casi olía a hospital.

Agarró un maletín de metal del tamaño de una bolsa de equipaje grande. Tenía ruedas en un extremo y un asa en el otro. Tocó la cerradura de combinación.

—¿Tiene alguna preferencia? — preguntó ella.

—¿Para? — pregunté.

—Denominaciones.

—Mézclalo uniformemente—. Hice una pausa y escuché pequeños golpes contra el techo. La lluvia había comenzado. —¿Tendrías una bolsa impermeable lo suficientemente grande como para que quepa el estuche?”

Ella asintió sin mirar atrás y continuó llenando el maletín. Cuando terminó, se levantó y me hizo un gesto para que entrara en la habitación. Había otra puerta, ésta no tan dominante como la primera. Ella usó otra llave. La seguí hasta una pequeña habitación cuadrada con una mesa de acero inoxidable en el medio.

—Voy a contar—, dijo. —Luego, tú vas a hacer lo mismo.

Menos de diez minutos después, el maletín estaba metido dentro de una gran bolsa de lona y ella me estaba estrechando la mano afuera de su oficina. Le di las gracias, me di vuelta y me dirigí hacia la salida.

—Adiós, señor Martin. Disfrute el resto de su estancia.

No habría nada agradable en ello.

CAPÍTULO 31

Sentí como si llevara un objetivo visible desde el espacio exterior. Estar de pie en una ciudad desconocida, detrás de un banco y con cien mil dólares en mis manos, no fue lo más inteligente que había hecho en mi vida. Y había hecho muchas cosas estúpidas. Alik me había dejado el teléfono, pero se quedó con la pistola.

Habían pasado treinta minutos. Pasó el tiempo suficiente para conseguir un coche y regresar.

Entonces surgieron los "qué pasaría si".

La policía quizá encontró el cuerpo de Esau antes de lo que esperábamos. Alguien había mencionado que vivíamos arriba. No estábamos allí. El auto de Esau ya no estaba. Dos más dos es igual a cuatro. Alguien logró conseguir nuestras fotos y la policía vio a Alik.

O tal vez hubo un accidente. Tenía el teléfono. Alik no tenía ninguna identificación. Nadie sabría a quién contactar si resultara gravemente herido.

—Basta, Jack—, murmuré.

Estaba desperdiciando energía. Energía que no tenía de sobra. El día podría durar otras dieciocho horas. O podría terminar en dos. De cualquier manera, tenía que controlarme.

La lluvia había caído fuerte durante unos minutos, pero luego se convirtió en llovizna. Del asfalto se elevaba vapor. Humedad máxima. El sudor cubrió mi frente, mezclándose con las gotas de lluvia. Sentí gotas goteando por mi cuello y espalda.

Era una mala idea quedarse demasiado tiempo detrás del banco. Especialmente llevando una bolsa de lona grande. Pero no podía irme. No hasta que viera o supiera de Alik. Entonces miré a mi alrededor y vi un banco escondido entre un par de árboles. Parecía un lugar bastante bueno.

Me senté allí durante cinco minutos antes de que un par de faros me iluminaran. Una bocina sonó un par de veces. Un vehículo atravesó el aparcamiento hacia mí y luego se hizo a un lado. La puerta del conductor se abrió y Alik salió.

—¿Qué diablos te tomó tanto tiempo? — pregunté.

—Tres personas delante de mí—, dijo. —¿Crees eso? ¿En este pequeño lugar?

Sacudí la cabeza y no dije nada.

—¿Lo conseguiste?

Levanté la bolsa. —Aquí mismo.

—¿Todo?

—Y algo más.

—¿Para qué es el extra?

Me encogí de hombros. —Ya veremos.

Subí al auto y abrí la bolsa. Saqué el dinero extra y lo guardé en la guantera.

—¿Crees que ese es el lugar más seguro para ello?

—¿Tienes algún lugar mejor?

—No—. Alik se agachó y sacó una pistola. —Pero esto se lo saqué a mi amigo piloto. No quería que lo tuvieras mientras estabas dentro del banco.

Tomé el arma y la inspeccioné. Era una Jericho 941. Una pistola de 9 mm popular entre las Fuerzas Especiales israelíes. —¿Qué hizo exactamente tu amigo antes de transportar a sus amigos por el mar en su pequeño Cessna?

—Un poco de esto. Poco de eso. Tú sabes.

—Sí, sé exactamente lo que quieres decir.

Nos detuvimos en un semáforo en las afueras de la ciudad. —¿Deberíamos llamar ahora?

—Aún no. Pasemos por delante de la casa. Quiero asegurarme de saber dónde está. Llamaremos entonces y regresaremos para que no tenga más remedio que encontrarse con nosotros allí.

—¿Realmente queremos hacer esto?

—No sé. Una parte de mí dice que es la idea más tonta que he tenido jamás y, créeme, ha habido muchas. Al mismo tiempo, sé que podrá encontrarnos en la ciudad. Demonios, probablemente todavía tenga gente cerca del café. Creo que cada minuto que perdemos es una oportunidad para que descubran el cuerpo de Esau. Así que lo más sensato es ir directamente a Kostas.

Alik apretó los labios y me miró fijamente durante un largo momento. —Si tú lo dices.

Continuamos mientras el viento que entraba por las ventanas abiertas era lo único que rompía el silencio.

Miré el mapa que Alik había recogido con el alquiler. Me tomó unos minutos, pero localicé el camino correcto. Alik estudió el mapa y trazó su rumbo con el dedo. Durante más de treinta minutos, atravesamos los caminos montañosos y sinuosos hasta llegar a la pista de aterrizaje de la que había partido la noche anterior. Más tarde, pasamos por la oscura casa que había albergado a mujeres semidesnudas o completamente desnudas la noche anterior, y condujimos a un sendero que serpenteaba a través del paisaje en el camino a la oficina de Kostas. Dos mujeres fumaban delante de la puerta de entrada. Llevaban pantalones cortos ajustados y camisas rasgadas justo por encima del ombligo. Nos ignoraron al pasar.

—Date la vuelta y detente aquí—, le dije.

Alik pisó el freno. El coche patinó sobre la carretera resbaladiza. Mantuvo el control, giró bruscamente hacia un lado, luego giró el vehículo y se detuvo en el arcén opuesto.

—Es hora de hacer una llamada.

El teléfono tenía un número en su lista de contactos. Lo resalté, presioné enviar, esperé los tonos.

—Me preguntaba cuándo tendríamos noticias tuyas—. El acento neutral delató al hombre al otro lado de la línea como Chris. —¿El viejo encontró el resto?

—¿Isadora todavía está en buenas condiciones? — pregunté. —La última vez que la vi, le apuntabas con la pistola a la cabeza.

—Todo para dar efecto, amigo mío. No le dañé ni un pelo a esa hermosa cabeza suya.

—Pásame a Kostas.

—No estás en condiciones de exigir tales cosas, Noble.

Odiaba que supiera mi nombre. El tipo venía de otro lugar. Un mercenario contratado. En algún momento regresaría al lugar de donde vino. Mencionaría mi nombre. Alguien lo reconocería. Dios no lo quiera si Frank no me hubiera liberado al mundo para entonces.

Chris dijo: —Nos vemos.

—Estaremos en la casa en dos minutos—, dije. —Retira a los guardias del frente. Conozco el

camino al despacho de Kostas.

Empezó a decir algo. Una objeción, pensé. Saqué el teléfono y colgué la llamada.

—Parece que todo salió bien—, dijo Alik.

—Tan bien como se esperaba—, dije.

—¿Hora de irnos?

—Sí, es hora de irnos.

CAPÍTULO 32

Nadie se quedó afuera cuando llegamos al camino de entrada. Presumiblemente, Chris había hecho sonar la alarma y alguien les dijo a las mujeres que entraran. Alik frenó con fuerza cuando llegamos. El coche se desvió hacia la hierba. Dejó el motor en marcha cuando salimos de él. El suelo estaba embarrado. Sentí como si la humedad subiera de la tierra. Olía parecido a un perro mojado. La casa nos protegía del viento que sacudía ramas y hojas sobre nuestra cabeza. Sonaba un poco como las olas fuera de nuestra ventana en el café.

No me molesté en llamar a la puerta principal. Extendí la mano y giré la perilla. Estaba desbloqueado.

Las chicas se habían retirado al interior. Había algunas personas allí con ellas, pero no guardias. Y, esta vez, no hubo sonrisas ni guiños ni gestos con varias partes del cuerpo. Al vernos se taparon con almohadas o con sus propias manos. Salía humo de una pipa de vidrio transparente colocada en el sofá a la derecha de la puerta trasera. El penetrante olor a marihuana llenaba la habitación. Marihuana y sexo. Esperaba que eso fuera lo que el equipo de Kostas tenía en mente esa mañana.

Entré corriendo por la puerta trasera y escaneé el pasillo. Nadie nos esperaba. Supuse que todos se habían dirigido a la oficina del jefe. Tomamos el sinuoso camino con cautela, pero no lentamente. No olía a lavanda. El viento reemplazó el olor con el aroma de la lluvia y la tierra.

—¿Cuántos crees que habrá? — preguntó Alik.

—Había al menos ocho aquí anoche—, dije.

—Querrán nuestras armas.

—Probablemente.

—A la mierda eso. No las vamos a dar.

—Funciona para mí.

Pasamos la última curva y la puerta trasera estaba a la vista. Se abrió cuando estábamos a tres metros de ella. Allí estaba el tipo calvo, con la cabeza gorda y el bigote. Sostenía con una mano la puerta abierta. Una pistola con la otra. Su cuerpo redondo bloqueaba la entrada.

—¿Ese es el dinero? — preguntó.

—Sí—, dije.

—Déjame verlo—, dijo.

—Vete a la mierda—, dijo Alik.

—¿Quién demonios es él? — preguntó el calvo.

—Él está conmigo—. Tenía mi mano alrededor de la empuñadura de la pistola. —Ahora es mejor que des un paso atrás.

—Primero entreguen sus armas.

Negué con la cabeza. —No va a pasar.

—Entonces te dispararé aquí mismo—. Movió la pistola de un lado a otro. Noté que el blanco de sus ojos estaba brillante y teñido de rojo.

—¿Cuánta hierba fumas ahí atrás? — pregunté.

Él miró por encima de su hombro. De vuelta a nosotros.

—La habitación estaba inundada de humo—, dijo Alik. —Debes estar volando ahora mismo.

El calvo levantó su arma, pero apuntó a algún lugar entre nosotros.

—No le podrías disparar ni al lado ancho de un granero—, dije. —Baja tu arma y da un paso atrás. Si Kostas quiere que estemos desarmados, podrá decírnoslo él mismo.

El calvo parecía asustado y confundido, como si quisiera volver a la habitación, a las damas y a la marihuana. Saltó de un pie a otro como si tuviera que orinar. Luego, se retiró al pasillo y abrió la puerta de par en par.

Mis ojos tardaron unos segundos en adaptarse a la tenue luz mientras cruzaba el umbral. Una vez que lo hicimos, vi que estaba vacía, a excepción de mi amigo calvo. Alik entró. El calvo soltó la puerta. Retrocedí y le di un puñetazo en el estómago, le agarré el brazo y le arranqué la pistola. Cayó al suelo, con las manos arañando la gruesa alfombra como si allí estuviera el oxígeno que necesitaba para llenar sus pulmones.

—Vamos—, dije, colocándome la pistola extra alrededor de mi espalda en mi cintura.

Al otro lado del pasillo no me molesté en llamar. Giré el pomo, sentí que el pestillo cedía y abrí la puerta de una patada.

Kostas estaba sentado detrás de su dominante escritorio, sonriendo. No se inmutó cuando la puerta se abrió de par en par sobre sus bisagras.

Recorrí la habitación de izquierda a derecha y viceversa. Isadora estaba sentada en una pequeña mesa circular, de espaldas a mí. Chris estaba al otro lado de la habitación, con las manos cruzadas por la cintura. Su pistola colgaba de su mano derecha. Él asintió hacia mí y luego estudió a Alik durante un largo rato después de que entramos a la habitación.

—¿Qué está haciendo él aquí? — preguntó Kostas.

—Él está aquí por si acaso—, dije.

—¿En caso de qué? — Kostas se levantó lentamente. Hizo una mueca como lo hacen los viejos cuando se ponen de pie. Dolores dejados atrás por toda una vida de acción. —¿Estás diciendo que no soy un hombre de palabra?

—No confío en nadie, Kostas.

—Hombre inteligente—, dijo. —Yo tampoco.

—¿Dónde está el resto de tus matones?

Él se encogió de hombros. —Es temprano. De todos modos, a juzgar por lo que le hiciste a Mikhail, no valen nada por la mañana. No es que tengamos muchos visitantes aquí. Mi reputación asusta a la gente mucho más que estos imbéciles.

Le sonreí, pero internamente estaba catalogando todo lo que había en la habitación y comparándolo con lo que había estado allí la noche anterior. La fatiga había aparecido. Las cosas no pintaban bien. No sabía si podía confiar en mi memoria.

La mirada de Kostas se posó en la bolsa. —¿Ese es el dinero?

Asentí.

—¿Todo? — preguntó.

Asentí de nuevo.

—¿Podemos contarlo?

—Quiero hablar con Isadora primero.

—Puedes darte la vuelta—, le dijo.

Tenía los ojos rojos e hinchados. Su nariz roja y en carne viva. Su labio inferior hinchado a la izquierda. Me preguntaba si ya sabían acerca de Esau. Algo tenía que explicar el mal humor y la falta de seguridad.

—¿Estás bien? — le pregunté a ella.

Ella asintió. —¿Tú?

—Mas o menos.

—Lo siento, Jack.

—No lo hagas. Todo está bien. Te sacaremos de aquí pronto.

Ella apartó la mirada por unos momentos. Me miró de nuevo y se volvió hacia su silla.

—¿Ahora podemos contarlo? — preguntó Kostas.

Le hice un gesto con la cabeza a Alik para que se uniera a Isadora. El suelo reverberó levemente cuando él se puso detrás de mí. Retiré la bolsa y dejé que su peso la arrastrara hacia adelante. Hizo un arco en el aire y golpeó el suelo con un ruido sordo a mitad de camino entre Kostas y yo.

Su rostro se tensó, pero pronto se relajó. Conseguir casi cien mil dólares que creías perdidos tenía una manera de hacerle eso a un hombre. Hizo un gesto hacia Chris, quien dio un paso adelante y recogió la bolsa. La llevó al escritorio del viejo, la abrió, miró dentro, se encogió de hombros y luego vació el contenido.

Durante diez minutos clasificaron, apilaron, contaron y recontaron el dinero. Isadora se quedó quieta, de cara a la esquina. Alik estaba junto a ella, mirando a los dos hombres. Supuse que el tipo calvo estaba afuera de la puerta. Probablemente llamó a algunos hombres más y les dijo que regresaran. Diez minutos después, probablemente ya estaban a mitad de camino.

—¿Estamos bien? — pregunté.

Kostas me miró, luego a Isadora y luego a Chris.

—Está todo aquí—, dijo.

—Entonces ya terminamos—, dije.

—Hemos terminado.

Alik agarró el brazo de Isadora y tiró de ella, pero ella era un peso muerto. Él se inclinó y le pasó el brazo por la nuca mientras le pasaba el brazo por la espalda. Me quedé junto a la puerta, esperando. Él caminó. Sus pies se arrastraron. ¿Qué le habían hecho? Pensé que tendría que volver más tarde para discutirlo con Chris y Kostas.

Abrí la puerta. El calvo estaba al otro extremo del pasillo, mirando al suelo. Alik acercó a Isadora y la condujo a través de la abertura. Salí tras ellos.

Luego, Kostas dijo: —Una cosa más.

CAPÍTULO 33

Sentí como si mi temperatura interna bajara diez grados. Mis brazos y piernas se entumecieron. Mi aliento se quedó atrapado en mi pecho. El pasillo se inclinó y giró. Quería más. Siempre quieren más. Escuché a Chris mover la corredera de su pistola. No tuve que mirar atrás para saber que me había apuntado a la espalda.

—Tengo una cosa más que preguntarte—, dijo Kostas.

—Espera aquí—, le dije a Alik. —Si pasa cualquier cosa, abre fuego y corre.

—Todos tenemos mucha curiosidad por saber quién de ustedes lo hizo.

Me di vuelta y regresé a la habitación. Chris siguió mi ritmo y retrocedió. Sacó su pistola, pero no apuntaba en mi dirección. Apuntó peligrosamente al suelo.

—¿Hacer qué? — pregunté.

—¿Quién eliminó a Esau?

Isadora contuvo un sollozo. Alik dijo algo para intentar consolarla. Usó un tono que nunca había oído en él.

—No sé de qué estás hablando—, dije.

—Mentiras, mentiras—, dijo. —Sólo me hacen enojar.

—¿Crees que me importa si estás enojado?

—Creo que debería.

No dije nada.

Una sonrisa apareció en su rostro. Se acurrucó en un extremo y se deslizó hacia el otro como una ola. Luego se estrelló. Su boca se abrió. Expuso sus dientes amarillos.

—Tenía a un tipo afuera del café. Entró después de que ustedes dos se fueran esta mañana. Encontró al viejo Esau muerto sobre su escritorio. Una nota ensangrentada atrapada debajo de su cabeza. Mi hombre cree que alguien más disparó el tiro mortal.

—¿Por qué cree eso?

—Eso es justo lo que me dijo.

—Tu hombre es un idiota.

—Podría haberte dicho eso.

—Si lo hubiésemos hecho, las salpicaduras de sangre habrían estado por todo el escritorio, la silla, la pared inferior y el suelo. No fue así. La bala entró desde abajo, por la parte posterior de su cabeza. Atravesó el respaldo alto de su asiento y golpeó la pared a cuatro pies por encima de su cabeza. La sangre golpeó el centro de la pared y viajó hacia arriba. Partes de su cráneo y cerebro estaban en el techo.

—Se mató.

—Sí, a menos que tengas algo que ver con eso.

—No le deseé ningún mal a mi viejo amigo.

Me reí. —Estás bromeando, ¿verdad?

—Bueno, siempre y cuando entregara a tiempo—. Cogió un par de fajos de dinero y los equilibró uno en cada mano. —Y resulta que así fue. Lo que hace que su suicidio sea aún más intrigante. ¿No te parece?

—No me atrevería a saber qué está pasando por la mente de un hombre deprimido. Perdió a su esposa. Ahora iba a perder su casa, el café, posiblemente a su sobrina. Supongo que es demasiado para soportar.

El viejo se quedó mirando el dinero que tenía en las manos. Asintió con la cabeza.

—¿Ya terminamos? — pregunté.

—Un negocio más.

—Jesucristo, ¿qué?

—Revisé tu nombre.

—¿Y?

—Encontré algunas historias interesantes.

"¿Y?"

—Creo que podría haber algunas personas interesadas en saber tu paradero.

Di un paso hacia su escritorio. Kostas levantó la vista. Chris dio un paso atrás. Su pistola se levantó.

—Hay muchos Jack Noble en el mundo, viejo.

—Es cierto, pero no muchos que coincidan con la descripción de Jack Noble que murió en prisión en Rusia el mes pasado. Y, al mismo tiempo, desapareció un guardia de prisión ruso. Sólo resulta que piensan que el guardia podría haber sido un agente de inteligencia. Un espía. Y uno doble, además.

—¿A qué te refieres?

—Tengo amigos en todo el mundo, incluidos algunos en Rusia. Personas en el gobierno que pueden o no estar en el lado correcto de las cosas. Creo que les resultará bastante intrigante que un hombre que comparte el mismo nombre y viaja con un ruso, quienes no muestran miedo en mi presencia, esté aquí en Grecia, escondidos en Creta.

—Entonces levanta el teléfono.

—¿Disculpa?

—Deja de joderme. Si vas a entregarme, entonces levanta el maldito teléfono y haz esa llamada.

Riendo, Kostas se levantó y extendió los brazos. —No nos adelantemos demasiado. No voy a hacer una llamada. Sólo quería que supieras, en caso de que te llame o algo así, que deberías pensártelo dos veces antes de rechazarme. Y, también, para hacerte saber que, si algo me sucediera, se han implementado procedimientos para garantizar que esos amigos míos reciban esta información.

Su rostro era como un muro de piedra con dos ojos oscuros mirando a través de él. Sostuve su mirada por unos momentos y luego miré hacia el suelo. Levanté las manos y las junté alrededor de la nuca.

—Prepárate, Jack Noble—, dijo.

Dejé caer los brazos, me lancé hacia un lado y luego me agarré la muñeca por detrás de la espalda.

—Porque me veo necesitando sus servicios muy pronto—, dijo.

El dorso de mi mano descansaba contra algo frío y duro.

—Y será mejor que recojas y estés listo para partir cuando pueda...

No terminó la frase. Saqué la pieza de respaldo que le quité al tipo calvo con la cabeza gorda y bigote y abrí fuego contra Kostas. Tres flores rojas se formaron en su pecho, muy agrupadas en el centro. Cayó de espaldas en la estantería. Varios volúmenes se balancearon en el estante y se derramaron, aterrizando encima de él. Su mirada con los ojos muy abiertos perdió el foco y se atenuó.

Detrás de mí se oían gritos. Se disparó un tiro. El calvo gruñó y gimió. Alik disparó un segundo tiro y el otro hombre guardó silencio.

Chris estaba a menos de dos metros y medio de mí. Su brazo colgaba a su costado. El arma apuntaba al suelo. Miró a Kostas y meneó la cabeza.

Saqué la otra pistola y apunté ambas hacia él. Él me miró.

—Maldita sea, Noble—. El acento neutro había desaparecido. Trabajé para ubicar su voz. Lanzó su mano libre al aire y mantuvo el pulgar y el índice a una fracción de pulgada de distancia. —Estaba así de jodidamente cerca. Casi teníamos toda su red de apoyo, y tú vienes y lo arruinas.

—¿De qué diablos estás hablando? — Mantuve ambas pistolas apuntándole, pero mi mente ya estaba pensando en nuestra salida. ¿Y si el calvo hubiera llamado a otros? Cada segundo que desperdiciamos significaba más posibilidades de un tiroteo.

Quizás pensando lo mismo, Alik dijo: —Jack, tenemos que irnos.

Chris enfundó su pistola y se acercó a Kostas. Se inclinó. Agarró un puñado de su propio cabello con cada mano. Se volvió hacia mí.

—¿Quién eres? — pregunté.

—Mi nombre es Christopher Stoss y soy un agente del Mossad. He estado aquí de incógnito durante tres años, tiempo durante el cual me abrí camino en la organización de Kostas y prácticamente me convertí en su mano derecha. Todo con el único propósito de acabar con su red porque, entre otras cosas, financian a terroristas que desean causar daño a mi país.

Di un paso atrás.

—Jack—, dijo Alik. —Vamos.

—Aún puedo salvar esto—. Chris dio un paso hacia mí. —Dispárame.

—¿Qué?

—Puedes golpearme sin hacerme daño, ¿verdad? Si eres quien creo que eres, entonces sé que puedes hacerlo—. Apartó la cabeza de su hombro derecho. —Vamos, noble. Me debes esto. Si no estoy herido, se preguntarán por qué me dejaste. Tendré que abandonar la operación. Salir a cubierto, sabes lo que eso significa, ¿no?

—Estarás atrapado en una oficina—, le dije.

—No estoy preparado para eso—, dijo.

—¡Jack! — Dijo Alik. —Tenemos que salir de aquí.

Levanté la pistola que Alik le había quitado a su amigo piloto. Apunté a Chris.

Levanté un dedo. —Para que lo sepas, si me vuelvo a encontrar contigo, te voy a matar.

Apreté el gatillo. La bala atravesó la piel de su hombro. Completamente.

—Ahora lárgate de aquí—, gritó.

CAPÍTULO 34

Nos apresuramos por el pasillo. Isadora había vuelto en sí y necesitaba poca ayuda. Yo dirigí el camino, con ambas armas en la mano, listas para disparar. Se abrió la puerta trasera de la casa principal. Esperé hasta tener una vista clara. No quería dispararle a alguna de las mujeres.

Michael salió con una botella en una mano y un sándwich en la otra. Él se detuvo. Parecía confundido. Dejó caer su comida y se acercó a su costado.

Le disparé dos veces en el estómago. Se cayó y rodó sobre su espalda. Corrí hacia adelante. Le disparé de nuevo, esta vez en el pecho.

Se oyeron gritos desde el interior de la casa. Una mujer asomó la cabeza. Miró al moribundo en el suelo. Intentó cerrar la puerta de golpe, pero ésta rebotó y la golpeó en la cara. Sus pies se enredaron mientras intentaba girar y correr.

—No me dispares—, dijo, con un brazo extendido hacia mí.

Pasé junto a ella, entré en la habitación y la despejé. Quedaron algunas mujeres, eso fue todo. Se acercaron las rodillas al pecho y se cubrieron la cara con las manos, dejando espacios entre los dedos para mirarme. Crucé la habitación y me detuve en la puerta principal, esperé a Alik.

—Espera ahí atrás, Isadora—, le dije. —Ambos necesitamos estar preparados, Alik.

Isadora permaneció al fondo de la habitación mientras Alik se unía a mí. Abrió la puerta. Miré afuera primero. Desde allí hasta el camino de entrada estaba despejado. La abrió más. El coche de alquiler seguía estacionado sobre el césped.

—Vamos.

Salí al frente, consciente de las fuertes ráfagas que azotaban la parte superior de la casa. Los árboles temblaron. Las hojas volaban hacia arriba, hacia abajo y hacia cada lado. Mis pies se hundieron unos centímetros en el suelo fangoso.

—¿Estamos bien ahí fuera? — preguntó Alik.

—Sí, vamos.

Llegamos al alquiler y ayudamos a Isadora a sentarse en el asiento trasero. Dobló las piernas debajo de ella y se desplomó hacia un lado, apoyando la cabeza en la pared lateral. Alik y yo subimos. Él retrocedió hacia el camino de entrada, luego hacia la carretera, puso primera y se alejó. No pasamos a ningún otro automóvil durante al menos tres millas.

Unos kilómetros después se detuvo e hizo una llamada.

—Estará en la misma pista de aterrizaje en dos horas—, dijo Alik.

Miré hacia las nubes grises. La lluvia había empezado a caer de nuevo. —¿Alguna otra opción?

—El ferry será difícil. Y lleva mucho tiempo. Además, es posible que todavía tengamos que esperar dos horas.

—Está bien, acerquémonos y busquemos un lugar tranquilo para detenernos y esperar.

Treinta minutos más tarde aparcamos en un pequeño claro, resguardados de las ráfagas de viento. Las gotas de lluvia golpeaban el tejado.

—Tu dinero—, dijo Alik.

—¿Qué pasa con eso? — dije.

—Lo dejaste atrás.

—Pensé que eso podría mantenerlos fuera de nuestro alcance. Además, todo el asunto de Chris me desconcertó. Todo el tiempo pensé que había algo diferente en él. Lo imaginé como un mercenario, ¿sabes? Uno como nosotros. Se dedica a trabajar en seguridad.

Alik asintió y no dijo nada.

—Resulta que era más. Quiero decir, veo por qué nunca lo reveló. Pero, maldita sea, ¿cuáles son las probabilidades?

Alik se encogió de hombros. —Supongo que tenemos que llamar a Frank ahora.

—¿Por qué?

—Por lo que dijo Kostas sobre avisar a la gente si le pasaba algo. Todavía no puedo creer que hayas apretado el gatillo después de eso.

—¿Qué opción tenía? ¿Ser su perra?

—Pero ahora podrían venir tras nosotros.

—Nadie vendrá tras nosotros.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque Kostas me estaba engañando.

—¿Cómo sabes esto? ¿La forma en que sonrió, parpadeó o tomó sus manos?

—Nada tan científico—, dije. —Solo una suposición.

—Voy a llamar a Frank.

—No puedes llamarlo.

—Sí, puedo.

—¿Qué le vas a decir? ¿Sobre todo esto?

Sacudiendo la cabeza, Alik golpeó el volante con el puño. —Mierda, no puedo decírselo.

—Si vienen, vienen, Alik. Entonces nos ocuparemos de ello.

Un rato después recibimos la llamada del amigo de Alik. Abandonamos el coche en la puerta y diez minutos después despegamos. El vuelo no fue fácil, pero logramos regresar.

Isadora habló por primera vez cuando estábamos de regreso en el auto de su tío. Lo único que dijo fue que quería volver a casa. La casa de Esau no era segura, pero ella no escuchó nuestro argumento. Le ofrecí una pistola, pero ella se negó. Temía que, en su estado mental actual, pudiera hacer algo estúpido. Le dije que vendría por la mañana para ver cómo estaba.

El café estaba envuelto con cinta policial. Nos vieron cuando llegamos, nos llevaron adentro y nos hicieron un montón de preguntas. Nos apegamos a la historia de un viaje de pesca que fue cancelado debido al clima. Tomó algún tiempo volver a casa. Los policías locales parecieron aceptar nuestra historia y nos dejaron subir al apartamento.

Entré tambaleándome en mi habitación y me desplomé en la cama. Dormí hasta la mañana siguiente. Después de despertarme, preparé una taza de café y luego fui a ver a Isadora, como le había prometido. Encontré la puerta principal abierta y la casa vacía. Dejó una nota diciendo que no podía quedarse más tiempo y que se había ido a casa, dondequiera que estuviera.

Durante tres días, Alik y yo estuvimos prisioneros en el apartamento. La policía entraba y salía. Llegaron los reparadores y reemplazaron la ventana delantera. Nos aburrimos tanto que bajamos y limpiamos el café después de que la muerte de Esau fuera declarada suicidio y la

policía terminara con el lugar.

Casi una semana después, reabrimos el café y dejamos entrar a los viejos para pasar el rato y jugar. Estaba sentado junto a la puerta principal, tomando café y comiendo huevos y cordero cuando apareció una cara familiar. Casi demasiado familiar. Pensé que estaba mirando el fantasma de Esau.

El tipo abrió la puerta, se detuvo y me miró. —¿Eres el tipo que hizo que el café volviera a funcionar?

Asentí.

—¿Jack?

Asentí de nuevo.

—Escuché de ti por la sobrina de Esau.

—Eso es genial—, dije. —¿Quién eres?

—Nic—, dijo. —El hermano de Esau.

—¿Mellizos?

—No. Un par de años de diferencia. A esta edad, no importa mucho.

—Pensé que su hermano estaba muerto.

—Ese es nuestro hermano mayor. Era un par de años mayor que yo.

—¿Estás aquí para recoger sus cosas?

Nic negó con la cabeza. Su mirada bailó alrededor del lugar. —Esau me dejó esto.

—¿Qué hay que dejar? Probablemente el banco lo tomará todo.

—¿Por qué? ¿Tenía deudas que no conozco? ¿No lo habría sabido el abogado?

—¿Deuda? Ésta era su deuda. Esto y la casa. No tenía nada.

Nic se rio. —Hijo, él era dueño de este lugar y de la casa libres y limpios.

—Hijo de puta—, murmuré.

—¿Qué?

—Nada—. Me paré. —Déjame mostrarte la oficina.

Más tarde ese día, después de que los ancianos se hubieran ido a casa y Nic se hubiera hecho cargo de las cosas, me retiré a la terraza y capté los últimos rayos del sol antes de que se ocultara detrás de los edificios. Me quedé mirando el agua, observando cómo los colores cambiaban y se suavizaban hasta volverse negros.

La puerta se abrió detrás de mí. Unos pasos suaves cruzaron las baldosas hacia mí. Resonaron en las paredes. Una mano tocó mi hombro. Apretado suavemente. Miré los dedos largos y delgados. La lavanda me envolvió.

—Tuve que venir a despedirme—, dijo Isadora, dando un paso a mi lado y arrastrando sus uñas por mi nuca. Ella se sentó en la silla frente a mí.

—Me alegro de que lo hayas hecho—. Sostuve su mirada por un segundo. —¿A dónde vas?

—Fuera, por un tiempo. Luego, con suerte, volver a la escuela.

—Tengo algo para ti. Espera aquí—. Entré, subí las escaleras, entré al apartamento y luego regresé. Ella estaba sentada en el mismo lugar y sonrió cuando salí.

—¿Qué es? — señaló la bolsa que sostenía.

—Algo para ti. Es lo que sobró del dinero…— No terminé la frase.

Isadora lo hizo. —Que tenías para Kostas.

Asentí. —¿Cómo te va con eso?

—No es fácil. Malos sueños todas las noches. Pero es lo que es. ¿Cierto?

—Supongo que sí—. Le entregué la bolsa.

—¿Cuánto es?

—Suficiente para empezar en la escuela.

Lo puso sobre la mesa, se levantó y cayó sobre mí. Sus brazos rodearon mi cuello. Sus dedos recorrieron mi cabello. Sus labios se encontraron con los míos. La sostuve allí durante un largo minuto. Ninguno de nosotros quería dejarlo ir. No estaba seguro de lo que representábamos el uno para el otro, pero se sentía bien. Ella me soltó. Me desplomé en mi silla. Ella retrocedió, sonriendo.

—Ahora te toca esperar—, dijo.

Asentí mientras ella se apresuraba a través de las baldosas, sus pasos resonaban en un lío confuso. La puerta se abrió y luego se cerró con un ruido.

Y esperé.

Un minuto. Cinco. Diez. Media hora. Dos horas después, ella todavía no había regresado. Ella había dejado todo perfecto.

En cierto sentido.

CAPÍTULO 35

El abogado del patrimonio reconoció la importancia de su cliente muerto y todo lo que poseía, por lo que se puso en contacto con su corredor de confianza, quien luego envió al hombre de veintiocho años con instrucciones explícitas para ordenar todo, pero deshacerse de nada.

Así que el hombre salió temprano un miércoles por la mañana y realizó el viaje desde Atenas hasta la casa en las colinas. Sacó las llaves que le habían entregado la noche anterior y abrió la puerta principal. Al diablo, pensó, mirando alrededor de la habitación destrozada con sofás horteras, botellas de alcohol vacías, pipas de marihuana y ropa interior de mujer esparcidas por todos lados.

Atravesó esa habitación, salió por la puerta trasera y encontró paz en el pasillo.

—¿Qué es eso? — murmuró para sí mismo, cerrando los ojos e inhalando profundamente. — ¿Jazmín? No, lavanda.

El favorito de su madre. Quizás tomaría algunos al salir.

Llegó al edificio de atrás y recorrió el pasillo hasta llegar a una espléndida oficina. Los muebles eran exquisitos. La colección de libros era enorme y parecía más antigua que el evidente escritorio antiguo.

¿Qué otros tesoros guardaban?

Empezó por el escritorio y lo revisó cajón por cajón. Llegó al último, que contenía sólo un objeto. Un sobre grande de color canela, extendido a una dirección escrita en letra cirílica. Un trozo de papel estaba pegado al sobre y decía que, si algo le hubiera sucedido al dueño de la casa que apestaba a juego sucio, la carta debía enviarse por correo.

El chico sostuvo el sobre durante mucho tiempo. No quería clasificarlo porque eso significaba que tendría que ponerlo en una pila y la pila a la que pertenecía significaba que iría a la basura.

Ahora, el tipo ignoró la última parte, la parte sobre el juego sucio, a pesar de que sabía que el dueño de la propiedad había sufrido una muerte espantosa. En cambio, su mente romántica se apresuró a buscar otras posibilidades. Que el hombre que había muerto albergaba un amor secreto y nunca se lo había contado a la mujer.

No podía dejar que esa carta se desperdiciara. De ninguna manera.

Entonces cruzó la habitación con el sobre en la mano. Cogió su bolso. Lo descomprimió. Metió la carta dentro. Y, más tarde ese día, mientras se dirigía a casa después de un largo día de clasificar, apilar y decidir qué cosas se podían tirar y cuáles se debían vender, pasó por una oficina de correos helénica y deslizó el sobre en el correo.

—Buena suerte—, dijo, mirando hacia arriba. *Qué estupidez*, pensó. Y luego tuvo reservas. Quizás sea mejor no decir algunas cosas. Quizás esa carta destruiría el vínculo de una familia

feliz. Podría haber consecuencias no deseadas, sin importar cuán nobles hubieran sido sus intenciones.

La historia continúa en *Las Retribuciones de Noble*, Continúe leyendo un extracto.
https://links.ltryan.com/retribuciones-noble

Únase a la familia de lectores de LT Ryan y reciba una copia gratuita de la historia de Jack Noble, El Recluta. Haga clic en el siguiente enlace para comenzar:

https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all

LAS RETRIBUCIONES DE NOBLE: CAPÍTULO 1

Jack Noble extendió la mano y agarró el delgado mango de la taza blanca que estaba en el borde de la mesa. Se la llevó a los labios y sopló, enviando una nube de vapor a sus ojos y nariz. El olor a café fuerte invadió sus sentidos y alertó a su cuerpo sobre la carga de cafeína que pronto recibirían. Puso sus labios en la taza y tomó medio sorbo del líquido caliente, dejándolo enfriar debajo de su lengua antes de tragarlo. Observó cómo el sol de la mañana ascendía sobre el mar de Libia en el Mediterráneo. Colores naranja, rojo, rosa y violeta pintaban el cielo y el mar, haciendo imposible saber dónde terminaba uno y comenzaba el otro.

Sabía que los edificios blancos detrás de él cambiaban de color con cada minuto que pasaba, como si fueran parte de un espectáculo de luces. Algunas mañanas caminaba por la playa y contemplaba el pueblo durante el amanecer; otras, se sentaba en el patio del pequeño café y se despertaba con el sonido del mar.

La pequeña ciudad de Palaiochóra en la isla griega de Creta resultó ser el escondite perfecto para un hombre que ahora era un fantasma. Pequeña. Tranquila. Pintoresca. Los turistas pasaban a diario. Algunos se quedaban la noche. La mayoría no lo hacía. Sólo unos pocos de ellos entraban al café. La cafetería con el apartamento encima, el apartamento en el que vivía Jack con Alik, el ruso.

—Buenos días, Jack.

Jack asintió, manteniendo los ojos fijos en el mar y la taza de café delante de la boca.

—Hermosa mañana—. El acento ruso de Alik había empezado a adquirir un tono griego en las últimas semanas.

—Como todas las mañanas durante los últimos seis meses—, dijo Jack.

Seis meses. Los seis meses más tranquilos de la vida adulta de Jack. Después de dieciséis años de acción ininterrumpida, el cuerpo de Jack, que ahora tiene treinta y seis años, agradeció el descanso. Pero el picor había vuelto. La calma y el silencio de Palaiochóra habían empezado a desgastarlo. Extrañaba la ciudad. Extrañaba la acción y la emoción de su trabajo. Además de eso, había demasiados asuntos pendientes. Profesional y personalmente.

Jack se llevó la taza a la cara con ambas manos. Tomó un sorbo. Cuando exhaló, su aliento se convirtió en vapor al encontrarse con el aire fresco de la mañana. Una brisa soplaba desde el otro lado del mar. El aire le picó la cara con la promesa de un suave día de primavera. Dejó su taza sobre la mesa. Se subió las mangas del suéter azul hasta los antebrazos. Agarró una servilleta y se limpió las gotas de café del labio superior. Se frotó la cara, sintiendo el pelo áspero que cubría sus mejillas y barbilla. Su cabello, sin cortarse durante seis meses, le caía sobre la frente, más allá de las cejas. Usó ambas manos para separarlo por la mitad y lo cepilló hacia atrás.

—¿Has tenido noticias de Frank? — preguntó Jack.

Alik negó con la cabeza. —Lo intentaré hoy—. Cortó un trozo de pasta danesa con un

cuchillo de mantequilla y la punzó con un tenedor. —Eres un fantasma, Jack. Quieren que siga siendo así. Si se necesita un año para sacarte de esta isla, entonces se necesita un año.

Jack suspiró. Arqueó la espalda y estiró los brazos en el aire. Un fantasma, pensó. Frank le hizo un favor a Jack cuando envió a Alik a matarlo temporalmente mientras estaba encarcelado en el infierno ruso apodado Delfín Negro. Jack todavía no tenía idea de cómo lo lograron. Alik no se lo dijo y Jack aún no había hablado con Frank. Jack, que no era alguien que se preocupara por esas cosas, casi lo había olvidado por completo.

Jack se echó hacia atrás en su silla, se puso de pie y caminó hacia la barandilla de metal pintada de verde al otro extremo del patio. Pensó que a la barandilla le vendría bien una nueva capa de pintura. Se inclinó y miró hacia el mar azul. Luego, se dio la vuelta y se reclinó contra la larga y fría tira de metal. Buscó en su bolsillo un cigarrillo. No había ninguno allí. Hacía tres meses que no lo estaban. Cuenta dejar los viejos hábitos, pensó.

—Estoy seguro de que será pronto—, dijo Alik.

—Dijiste eso hace tres meses.

Alik se encogió de hombros. —¿Qué quieres que te diga? Deja de preguntar.

Jack lo ignoró y echó la cabeza hacia atrás. Por encima del café podía ver algunas de las casas construidas en la ladera. El espectáculo de colores del amanecer estaba terminando y los edificios se estaban desvaneciendo del naranja al blanco.

—¿Qué hay de mí? ¿Ya te ha dicho lo que me va a pasar?

—Jack—, Alik hizo una pausa por un segundo. —No hay nada que pueda…

—Que puedas revelarme en este momento. Sí, lo sé—. Jack cruzó el patio y se apoyó contra la fresca pared exterior del edificio. Sus ojos pasaron de Alik a la vasta amplitud del mar vacío. —Me gustaría que dejaras eso y me lo dijeras. Tú mismo dijiste que soy un fantasma. Eso no les importaría si no tuvieran planes para mí. Bueno, déjame decirte algo, Alik. Tengo planes para mí. Tengo algunos asuntos pendientes que debo atender.

Jack se quedó allí sacudiendo la cabeza durante un minuto antes de sentarse nuevamente a la mesa, frente a Alik.

El ruso puso ambas manos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante. —Jack, sí, tienes razón. Tienen un plan para ti. Sin embargo, no estoy al tanto de toda la información. Te lo prometo.

Pasó una hora y se sentaron en silencio. Jack bebió dos tazas más de café y desayunó huevos y kalitsounia frita, un pastel de queso dulce. Los lugareños entraban y salían del café, tomando el café y los bocadillos que necesitaban para comenzar la mañana. Algunos de los veteranos tomaban asientos habituales en el patio y saludaban a Jack con la cabeza al pasar. Pensó que podría acostumbrarse a la vida aquí. Ahora no. Pero algún día. Algún día cuando tuviera alguien con quien compartirlo.

—¿Qué fue eso? — preguntó Alik.

Jack se encogió de hombros.

—Escucha.

Jack se inclinó hacia adelante. Cerró los ojos. Bloqueó la charla de los lugareños y se concentró en una sola voz. Una voz que destacaba del resto. Similar al de Alik, pero con un tono más duro. La voz subía y bajaba mientras interrogaba fuera del café. Y luego adentro.

—Rusos.

Los ojos de Alik se abrieron y asintió con la cabeza.

Desde el interior del café una voz gritó en inglés: —Jack Noble. Sal ahora.

LAS RETRIBUCIONES DE NOBLE: CAPÍTULO 2

—Diles que se vayan—. Jack señaló a los lugareños sentados en las mesas del patio.

Alik habló en griego a través del café y luego repitió en inglés: —Salgan del patio. Vayan ahora, sus vidas están en peligro.

Seis hombres mayores miraron a su alrededor confundidos.

—¡Ahora! —, gritó Alik.

Los hombres se levantaron y retrocedieron tambaleándose por la puerta del lugar con café, abrigos y cigarrillos en la mano.

El patio ofrecía a Jack y Alik poco refugio o protección. Amurallado por tres lados y abierto al mar por el cuarto, con sólo la barandilla de metal verde separando a los hombres del agua abajo. Y con la temperatura del aire a diez grados, el agua estaría demasiado fría para ofrecer una vía de escape adecuada. Además, era poco profunda.

Jack examinó las mesas. Agarró dos cuchillos con filo dentado y los giró en sus manos para que las hojas presionaran contra sus antebrazos. Le hizo un gesto a Alik y se aplastó contra la pared, a unos metros de la puerta. Alik se trasladó al otro extremo del patio para ser el primer hombre que el ruso viera. Justo entonces Jack escuchó una segunda voz rusa. Posiblemente, incluso una tercera. Sus ojos se abrieron y trató de llamar la atención de Alik, pero el hombre parecía haber visto ya lo que Jack había oído.

Alik alcanzó su espalda. ¿Estaba armado hoy? Ambos hombres habían llegado a un punto en el que sentían que no había amenazas reales en el pequeño pueblo. Demonios, de hecho, en toda la isla. La posibilidad de que sucediera algo parecía *mínima o nula*. ¿Quién buscaría a Jack, un hombre que se creía muerto, en el punto más meridional de Creta?

Una voz llamó a través de la puerta. Sonó cercana, tal vez justo después del umbral. Jack apretó los cuchillos. Uno contra su antebrazo izquierdo listo para defenderlo. El otro, señalando listo para golpear y atacar. Pensó en girar su cuerpo y lanzarse a través de la puerta, atacando a la primera persona que viera. Sacó ese pensamiento rápidamente de su cabeza. Se sintió oxidado. Ninguna acción durante seis meses había embotado sus respuestas y reflejos, y sus sentidos ahora estaban abrumados. Cerró los ojos y dejó que el aire fresco entrara por su boca. Sus pulmones se expandieron y el oxígeno inundó su torrente sanguíneo. Su mente se calmó mientras tensaba y relajaba sus músculos.

El primer hombre cruzó la puerta. Se centró en Alik y se dirigió hacia él con los brazos ligeramente extendidos.

Alik habló en ruso. Jack no supo lo que dijo, pero obviamente llamó la atención del hombre porque ni siquiera pareció darse cuenta de Jack.

El segundo hombre pasó. Jack no perdió el tiempo. Se giró y cruzó el cuerpo con el brazo derecho con la hoja del cuchillo extendida. El hombre reaccionó y adoptó una posición

defensiva. Debió haber visto a Jack en su visión periférica. Desafortunadamente para el hombre, su reacción dejó expuesta la parte blanda de su cuello. Jack ajustó su puntería en una fracción de segundo y hundió el cuchillo profundamente en el cuello del hombre. La punta afilada combinada con la fuerza del golpe de Jack permitió que el cuchillo penetrara a través de la maraña de piel, músculos y vasos sanguíneos y, finalmente, en su columna vertebral. La hoja cortó el hilo que unía el cerebro del hombre con su cuerpo. Cayó al suelo convertido en un montón sin vida.

El primer hombre que cruzó la puerta giró sobre sus talones y metió la mano en el interior de su abrigo. La chaqueta se abrió, revelando una pistola, muy probablemente del ejército ruso, emitida por Makarov PMM. Jack no podía estar seguro ya que sólo vio el arma por una fracción de segundo. En el momento en que la mano del hombre tocó la empuñadura del arma, Jack saltó en el aire. Movió su brazo izquierdo en un arco. El lado romo de la hoja del cuchillo presionó contra el costado de su antebrazo. El borde dentado miraba hacia afuera. Jack cronometró el movimiento de su brazo para que el cuchillo cortara la garganta del hombre. El corte no fue limpio, pero funcionó.

El ruso dejó caer su arma y se llevó ambas manos al cuello. Amortiguó, pero no detuvo el derrame. Retrocedió hacia la pared central y, lentamente, se deslizó hacia abajo hasta quedar sentado. Dos finas líneas de sangre dejaron un contorno de su cuello extendido en la pared.

Jack permitió que su impulso lo ayudara a realizar el salto. Cayó al suelo y rodó sobre su espalda y luego sobre sus manos y rodillas. Se puso de pie y se volvió hacia la puerta abierta entre el café y el patio.

Un tercer hombre gritó desde el interior del café. Jack examinó la habitación y vio al hombre apuntando con un arma en su dirección. Rápidamente desapareció de la vista del hombre. Una explosión atravesó el aire. Un destello de luz que duró apenas un segundo iluminó la abertura entre el café y el patio. La bala impactó con un ruido sordo.

Alik gimió ruidosamente y cayó contra la pared. Arrastró los pies y cayó hacia su izquierda, tratando de mantenerse agachado y fuera del alcance de otro disparo.

Jack corrió hacia la puerta. Fue recibido por un caos en el interior del café. Eso le indicó que el tercer ruso no sería capaz de dispararle a él o a Alik. Pero también significaba que, posiblemente, podría matar a un transeúnte inocente con otro disparo. Jack atravesó la puerta abierta.

Dos hombres mayores sujetaban al ruso por los brazos. Un tercer hombre mayor tenía sus gruesos brazos alrededor del cuello del ruso. El ruso empujó hacia atrás e intentó aplastar al hombre mayor boca arriba contra la vitrina de cristal. Sin embargo, no habían logrado arrebatarle el arma y él luchaba por apuntar en dirección a Jack.

Jack continuó hacia el grupo de hombres y golpeó con su puño derecho la mandíbula del ruso. El hombre se soltó de los brazos de los griegos y su arma cayó al suelo. Jack recogió el arma del suelo. Se la metió en la cintura. Agarró un puñado del cabello del hombre y comenzó a tirar de él hacia el patio.

—Eso será suficiente—, dijo. —Gracias, caballeros.

Jack arrastró al ruso al patio. Lo dejó caer al suelo y luego se giró y cerró la puerta de golpe.

Alik se había apoyado contra la pared. La sangre manaba de un agujero de bala en su pecho.

—Cristo—, dijo Jack. —Alik, ¿estás conmigo?

Alik asintió lentamente. Intentó hablar.

—Guarda tus fuerzas.

Jack se volvió hacia el ruso. Le dio una patada en el estómago. El hombre se dio la vuelta y

abrió los ojos.

—¿Quién te envió? — preguntó Jack.

—Que te jodan—, dijo el ruso en inglés.

Jack le dio otra patada.

—¿Quién? Dímelo o te meteré una bala en la cabeza.

El hombre escupió.

Jack sabía que era un esfuerzo en vano. Necesitaba atender a Alik antes de que se desangrara. Se arrodilló y colocó el cañón del arma en la frente del hombre.

—Última oportunidad.

El hombre no dijo nada.

Jack maldijo al hombre. Apretó el gatillo dos veces. Las balas atravesaron el cráneo del ruso y le destrozaron el cerebro.

Jack se levantó y fue hacia la puerta. La abrió y gritó en el café.

—Necesito ayuda aquí.

Los tres griegos mayores respondieron y salieron al patio. Dos se pusieron a trabajar con Alik. El tercero se volvió hacia Jack.

—Todos somos médicos experimentados—, dijo en inglés. —De la guerra.

Jack no preguntó qué guerra. —¿Va a estar bien?

—Necesitamos llevarlo a alguna parte.

—El hospital no será seguro. Podría haber más de ellos—. Jack señaló a los tres hombres asesinados en el patio.

—Conozco un lugar—. El hombre mayor se volvió hacia sus dos amigos y saludó a Jack. —Ven. Ayuda. Llévalo al camión.

Cruzaron la ciudad y se adentraron en el campo. Rápido y constante. Los caminos pavimentados dieron paso a tierra compactada. El camión redujo la velocidad. Tomaron un camino de grava que sobresalía entre dos hileras de árboles. Una pequeña casa de piedra se encontraba al final del camino.

Jack se volvió hacia el hombre sentado frente a él en la parte trasera del camión. Alik yacía entre ellos.

—¿Dónde estamos?

—La casa de mi madre.

—¿Ella es doctora?

—No—. Hizo una pausa y miró hacia la casa. —Yo lo soy.

El camión se detuvo cerca de la casa. Los dos griegos que iban en el taxi se bajaron y corrieron hacia la parte trasera del vehículo. Los cuatro levantaron a Alik de la parte trasera del camión y lo llevaron a la casa. Una anciana de cabello blanco y espalda ligeramente encorvada estaba parada junto a la puerta, manteniéndola abierta. Llevaron a Alik al interior y a la cocina. Lo colocaron sobre una larga mesa de madera que parecía tener más de cien años. La mesa estaba cubierta de sábanas blancas. Varias herramientas médicas de acero inoxidable estaban dispuestas ordenadamente en un extremo.

El hombre que se había declarado médico tomó unas tijeras y cortó la camisa de Alik por la mitad. Sacó la prenda empapada de sangre del pecho de Alik, limpió la sangre del lugar de la herida e inspeccionó el daño.

—Creo que va a estar bien. Está gravemente herido, pero sanará.

Jack asintió y retrocedió unos pasos. Quería salir del camino. El médico sabía lo que estaba haciendo y los hombres parecían haber trabajado con él antes. Jack, por otro lado, era inútil en esta situación.

Jack dijo: —Su bolsillo. El teléfono.

El médico hizo un gesto con la cabeza a uno de los otros hombres que metió la mano en el bolsillo de Alik y sacó un teléfono móvil. El hombre se lo arrojó a Jack.

Jack agarró el teléfono en el aire y se volvió hacia la puerta principal. Pasó junto a la dama de cabello blanco y atravesó la puerta abierta. Miró el teléfono. Presionó un botón y revisó una lista hasta que encontró el número de Frank. Resaltó el número y presionó llamar.

Frank respondió a mitad del tercer timbrazo. —¿Hola? — Su voz era suave y profunda. Había estado durmiendo. Jack miró su reloj y calculó que eran las dos de la madrugada en la costa este de Estados Unidos.

—¿Qué hiciste?

—¿Eh? ¿Quién es? — La voz de Frank se apagó. Jack supuso que estaba mirando su identificador de llamadas. —Alik, ¿eh? Jack, ¿Eres tú?

—¿Qué hiciste, Frank?

—Jack, ¿de qué estás hablando?

—Maldita sea, no me jodas. Acabaré contigo si no me dices la verdad.

—He estado trabajando para que te mudes. Lo tengo todo preparado para...

—¿Cómo lo supieron?

—Dentro de dos semanas. Habrá un chico… espera. ¿Cómo supo quién qué?

Jack no dijo nada. Se llevó el teléfono a la oreja. Exhaló rápido y pesado.

—Jack, ¿qué pasó?

—Fuimos emboscados. Esta mañana. En el café donde nos hemos alojado.

—¿Quienes?

—Rusos.

La línea quedó en silencio y por un momento Jack pensó que Frank había colgado.

—Esto es malo, Jack. Muy malo.

—No es broma, Frank. Alik ha resultado herido. ¿Qué vas…?

—Espera. Estoy pensando.

Jack se dio vuelta y miró más allá de la anciana en la puerta. Dos hombres sujetaban a Alik mientras el médico trabajaba en su pecho. Parecía que le habían insertado unas pinzas en la herida en un esfuerzo por recuperar la bala. Jack bajó los ojos hacia la mujer de pelo blanco. Ella levantó un cigarrillo. Sacudió la cabeza, se encogió de hombros y luego le tendió la mano. La anciana encendió el cigarrillo y se lo entregó. La primera calada le supo a la calle después del Mardi Gras y el humo le quemó los pulmones. Casi tosió. Pero dio una segunda calada y luego una tercera. La ráfaga de nicotina lo excitó y luego lo calmó en un período de veinte segundos.

—Cristo—, murmuró Jack en voz baja, decepcionado consigo mismo por aceptar el cigarrillo.

—¿Qué? — preguntó Frank.

—Nada—, dijo Jack.

—Jack, llámame en cinco minutos. Necesito llamar a alguien.

Jack miró a su alrededor, a través de los árboles, hacia el camino de tierra que conducía a la casa. Cinco minutos no serían suficientes para que alguien más terminara el trabajo que los tres rusos no pudieron completar.

—De acuerdo. Volveré a llamar en cinco.

Colgó el teléfono, dio una última calada al cigarrillo y lo dejó caer al suelo, donde lo aplastó con el talón. Pasó junto a la mujer en la puerta y asintió con una sonrisa mientras lo hacía.

—¿Como está?

El médico miró por encima del hombro. Sus manos continuaron trabajando, cosiendo y cerrando el agujero en el pecho de Alik.

—Él vivirá. La bala se alojó en su costilla. La costilla está rota. Destrozada. Pero si no hubiera detenido la bala, tu amigo estaría muerto.

Jack estaba al lado de la mesa. Miró a Alik. Los ojos del hombre parpadearon mientras pasaba entre estados de conciencia e inconsciencia. El médico le había recetado algún tipo de anestésico, pero Jack cuestionó su eficacia.

—Estará bien—, dijo el médico. —Sin embargo, debería estar en el hospital.

—No se puede. Viste lo que pasó en el café. Si ingresa en un hospital, no podrá salir.

—Entonces podrá quedarse aquí—, dijo la anciana.

El médico asintió. —Lo vigilaré durante los próximos días. Administre analgésicos para que no sufra. En unos días debería estar mucho mejor.

Jack miró su reloj y sacó el teléfono. Marcó el número mientras caminaba hacia la puerta principal.

Frank respondió después del primer timbre.

—Jack, está bien. Te sacaremos. Voy a enviar a uno de mis muchachos.

—Sólo yo—, dijo Jack.

—¿Qué quieres decir? ¿Alik está muerto?

—No, pero no está en condiciones de viajar.

—Maldita sea. Está bien, entonces enviaré a un hombre más para que se quede con él.

Jack volvió a mirar a los tres griegos y a la anciana. —Probablemente sea una buena idea.

—¿Dónde estás?

—A unos quince kilómetros de la ciudad. Trae a tus hombres aquí y llámame. Enviaré un coche.

—Estarán allí al anochecer.

La historia de Jack Noble continúa en Las Retribuciones de Noble… Haga clic en el siguiente enlace:
https://links.ltryan.com/muerte-en-grecia

ALSO BY L.T. RYAN

Buscar todos los L.T. Libros de Ryan en Amazon.

Disponible en español:

The Jack Noble Series

El Recluta

El Primer Engaño (Precuela)

Los Comienzos de Noble

Distancia Mortal

Línea Borrosa

Las intenciones de Nobel

Muerte en Grecia

Las Retribuciones de Noble

La Traición de Noble

Nunca vuelvas a casa

El Juicio de Noble

Nunca Ruegues por Misericordia

Fecha Final

Fin del Juego

El Ultimatum de Noble

La Leyenda de Noble

La Venganza de Noble

Disponible en inglés:

The Jack Noble Series

The Recruit (free)

The First Deception (Prequel 1)

Noble Beginnings

A Deadly Distance

Ripple Effect (Bear Logan)

Thin Line

Noble Intentions

When Dead in Greece

Noble Retribution

Noble Betrayal

Never Go Home

Beyond Betrayal (Clarissa Abbot)

Noble Judgment

Never Cry Mercy

Deadline

End Game

Noble Ultimatum

Noble Legend

Noble Revenge

Never Look Back (Muy pronto)

Bear Logan Series

Ripple Effect

Blowback

Take Down

Deep State

Bear & Mandy Logan Series

Close to Home

Under the Surface

The Last Stop

Over the Edge

Between the Lies (Muy pronto)

Rachel Hatch Series

Drift

Downburst

Fever Burn

Smoke Signal

Firewalk

Whitewater

Aftershock

Whirlwind

Tsunami

Fastrope

Sidewinder (Muy pronto)

Mitch Tanner Series

The Depth of Darkness

Into The Darkness

Deliver Us From Darkness

Cassie Quinn Series

Path of Bones

Whisper of Bones

Symphony of Bones

Etched in Shadow

Concealed in Shadow

Betrayed in Shadow

Born from Ashes

Blake Brier Series

Unmasked

Unleashed

Uncharted

Drawpoint

Contrail

Detachment

Clear

Quarry (Muy pronto)

Dalton Savage Series

Savage Grounds

Scorched Earth

Cold Sky

The Frost Killer (Muy pronto)

Maddie Castle Series

The Handler

Tracking Justice

Hunting Grounds

Affliction Z Series

Affliction Z: Patient Zero

Affliction Z: Abandoned Hope

Affliction Z: Descended in Blood

Affliction Z : Fractured Part 1

Affliction Z: Fractured Part 2 (Muy pronto***)***

ACERCA DEL AUTOR

L.T. Ryan es un autor superventas del Wall Street Journal y del USA Today, famosa por crear thrillers trepidantes que mantienen a los lectores al borde de sus sillas. Conocido por crear historias apasionantes y centradas en los personajes, Ryan es autor de la serie Jack Noble y de la serie Rachel Hatch, entre otras. Con su habilidad para combinar acción, intriga y profundidad emocional, los libros de Ryan han cautivado a millones de seguidores en todo el mundo.

Tanto si se trata del oscuro mundo de los operaciones encubiertas o de la incansable búsqueda de la justicia, las historias de Ryan presentan personajes inolvidables y tramas de alto riesgo que resuenan entre los seguidores de Lee Child, Robert Ludlum, y Michael Connelly.

Cuando no está escribiendo, Ryan disfruta creando nuevas ideas con coautores, dirigiendo una próspera editorial, y conectando con los lectores. Descubra la próxima historia que te mantendrá pasando páginas hasta altas horas de la noche..

Haz clic en el botón de arriba para recibir una alerta de Amazon cuando L.T. tenga un nuevo libro disponible.

Conecta con L.T. Ryan

Suscríbete a su boletín informativo para enterarte de las últimas noticias y recibir contenido gratuito ➜ https://ltryan.com/jack-noble-newsletter-signup-1 Únete al grupo privado de lectores ➜https://www.facebook.com/groups/1727449564174357

Instagram ➜ @ltryanauthor Visite el sitio web ➜ https://ltryan.com Envia un correo electrónico ➜ contact@ltryan.com